

# **LIBRO SEGUNDO**

## **EL TRIUNFO DE LA LUZ**

### ***Psicosofía***

**(Psicología Esotérica Occidental)**

## PREFACIO

La Tradición Occidental de los Misterios tiene su propia psicología, que en este libro recibe el nombre de Psicología. No se trata simplemente de un estudio moderno de la psique del hombre —aunque por supuesto también lo es—, sino que el entendimiento que de este estudio se desprende está orientado hacia el propósito del progreso esotérico del hombre, y es percibido a la luz de las tradiciones históricas y de las investigaciones de las Escuelas de los Misterios, así como de los grandes filósofos que han dado forma a la cultura espiritual occidental.

Los límites de este libro únicamente permiten una exposición del esquema básico de la Psicología, indicando esencialmente la relación entre los componentes de la psique y el sistema cabalístico de su evolución intensificada sobre el Sendero de Retorno. Para el estudio de este libro se precisa de un sustrato general de conocimientos psicológicos, tal como el que se deduce de las investigaciones de la psicología moderna, y en particular de los trabajos de Carl Jung. Ciertamente es que algunas de sus hipótesis difieren en algunos aspectos de los de la Aurum Solis, pero también es verdad que el propósito de su obra era diferente. No es necesario decir nada acerca de nuestra veneración hacia su trabajo y de nuestra deuda para con él. Confiamos en que esto será evidente por sí mismo en muchos puntos, y hemos recomendado sus obras a la seria atención de nuestros estudiantes. Además, aquél que desee una ayuda en el conocimiento de sí mismo, necesario antes de comenzar con el trabajo mágico avanzado, probablemente descubra que lo que más se adapta a él son los métodos terapéuticos y analíticos de la escuela Junguiana.

Antes de seguir adelante, debemos dar alguna cuenta de las principales divergencias de la Psicología con las conclusiones de Jung.

Esta diferencia estriba en la visión psicología de la estructura relativa de las psiques masculina y femenina. De acuerdo con Jung, la psique característica del hombre tiene una personalidad consciente masculina que está influenciada en mayor o menor medida por un componente femenino subordinado, en gran parte inconsciente, conocido como el Anima. La psique característica de la mujer, por otra parte, tiene una personalidad consciente femenina influenciada en mayor o menor medida por un componente masculino subordinado, también en gran parte inconsciente, conocido como el Animus. (Una de las necesidades más corrientes en terapia es separar estos dos grandes factores psíquicos de sus falsas asociaciones en el «inconsciente personal», e identificarlos con fuerzas arquetípicas altamente potentes, que es lo que realmente son.) El punto de vista Junguiano convencional sostiene que estas variaciones constituyen dos tipos distintos de psique humana: el tipo masculino que tiene (además de otros componentes, claro está) una personalidad consciente y su Anima, y el tipo femenino que tiene (además de otros componentes) una personalidad consciente y su Animus. Así, el tipo femenino no tendrá Anima y el tipo masculino no tendrá Animus.

*Entendemos la conveniencia de esta distinción desde el punto de vista clínico y empírico de la terapia, desde el momento en que, lógicamente, el componente masculino de la psique tiene un funcionamiento diferente como factor subsidiario en una personalidad femenina, de aquél que tiene cuando se identifica con el consciente como tal en una personalidad masculina. Sin embargo, para propósitos mágicos y místicos la división de la raza humana en dos grupos, cada uno con un tipo de psique separado y distinto, es inaceptable.*

Para empezar se observa que en un ser humano (cualquiera que sea su sexo físico) la verdadera personalidad puede estar centrada en cualquier punto entre los dos extremos de la polaridad sexual. Va más allá del objetivo de este trabajo, el discutir los múltiples factores físicos y psíquicos que causan las diversas orientaciones sexuales, pero casi nadie es, siquiera aproximadamente, «puramente» masculino o femenino en la personalidad consciente, mientras que la polaridad inconsciente (y por tanto normalmente proyectada) consecuentemente también varía. Aparte de este punto, observamos que en las cambiantes condiciones de vida en nuestra cultura, hombre y mujer intercambian, cada vez más a menudo, características de personalidad, y esto de un modo que sería impensable si la psique de cada uno fuera de modo inherente de naturaleza fija y separada. Otra consideración de gran importancia, tanto para la tradición mágica como para la mística, es la enseñanza de que cuando la psique está involucrada en un proceso hacia la madurez, debe alcanzar un equilibrio entre sus características, de modo que los Opuestos de masculino y femenino puedan reconciliarse totalmente. El punto de vista Junguiano de «integración» como objetivo, armoniza totalmente con esta doctrina oculta que a través de las fuentes cristiana y gnóstica ha sido reconocida como parte esencial de la Tradición de Occidente: pero si la diferencia entre la psique masculina y femenina fuera una parte fundamental de la naturaleza humana, entonces el perfeccionamiento de ésta a buen seguro necesitaría el

enaltecimiento de la diferencia, no su reconciliación. Es cierto que se observa que en el trabajo terapéutico de llevar a una psique inmadura hasta un completo desarrollo adulto, la confusión inicial de la infancia necesita ser disipada y establecidas las polaridades. Pero a pesar de todo, la meta última para la personalidad madura es hacer consciente ambas polaridades y una vez hecho esto, resolverlas.

Además, y esto es de vital importancia desde el punto de vista oculto, surgen dificultades sin cuento con el tema de la reencarnación, en aquellos casos en los que una persona demuestra indiscutiblemente memorias de una vida pasada en un cuerpo de sexo opuesto al de la presente.

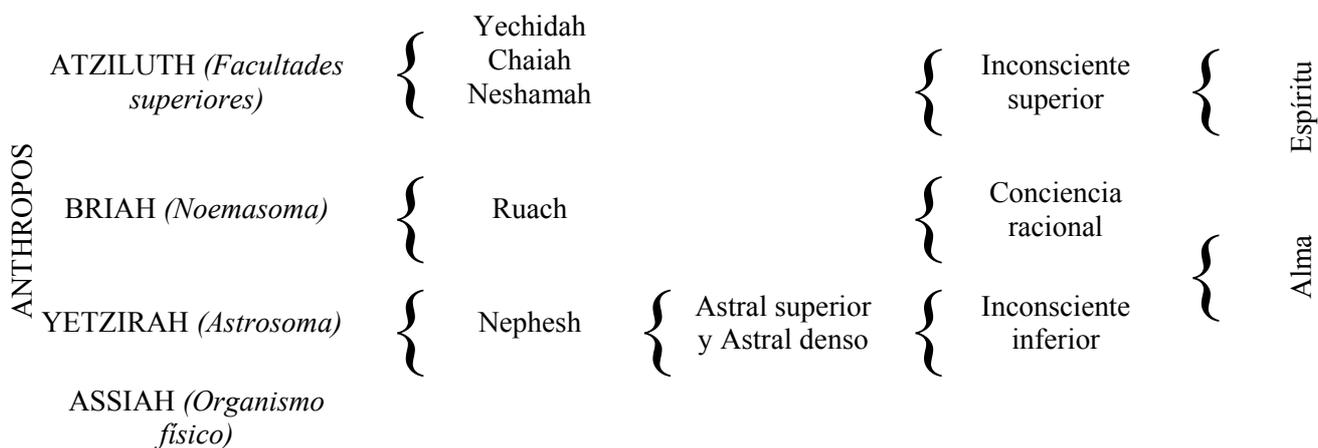
Sin embargo, más importantes para la Psicología son las implicaciones que conciernen a la columna central del diagrama del Árbol. Es bien conocido que tanto el *Ánima* como el *Animus* pueden ejercer una fuerte influencia inspiracional en la psique, de acuerdo con su desarrollo. A menudo se piensa en la psicología no mágica que son estas dos fuerzas arquetípicas las que contienen por propio derecho el carácter inspiracional. No es este el caso. En los capítulos de este libro se encontrará lo referente al descenso de la *Mente Intuitiva* a la psique del *Adepto*. La *Mente Intuitiva* se asocia esencialmente con la *Columna de Equilibrio*. En la psique que aún no está lista para su desarrollo, pero que está madurando en este aspecto, la *Mente Intuitiva* no es percibida como una entidad psíquica distinta, sino que su influencia oculta se confunden con el carácter del *Ánima* y del *Animus*, como *Musa* o como *Héroe*, y de este modo puede ser proyectada.

En este libro y para evitar frases muy largas, el *Aspirante* y el *Adepto* toman por lo general solamente el pronombre masculino. Debe tenerse en cuenta que el sistema psicósófico se aplica a hombre y mujer por igual: a menos que el contexto se refiera únicamente al hombre, tomemos «hombre» como raza humana, y el pronombre «él» se interpreta como un género común.

*M. DENNING.*

# PSICOSOFÍA PSICOLOGÍA ESOTÉRICA OCCIDENTAL

## PRIMERA PARTE



ATZILUTH	Principios psicoesenciales
BRIAH	Principios dirigidos noéticamente y complejos de energía.
YETZIRAH	Complejos de energía (cuerpos de energía)
ASSIAH	Pautas subatómicas, atómicas y moleculares

*La cuádruple naturaleza del Hombre: no meramente un «complejo de mente y cuerpo», sino una totalidad de espíritu/mente/emoción/cuerpo, por medio de la cual materia, energía, conciencia y voluntad pueden funcionar dentro de un Plan Divino.*

## CAPÍTULO I

### EL YO INFERIOR

La vida humana, en su ilimitada variedad, está compuesta por intrincadas series de relaciones entre factores físicos y no físicos. La Magia, por propio derecho, es un arte de interacción, dirigida por el hombre y altamente especializada, entre factores físicos y no físicos. Es, por tanto, esencial para la práctica de la magia poseer algún entendimiento de los principios básicos de la vida humana; y cuanto mayor el entendimiento, más exactamente puede ser dirigido el arte, dejando de lado otras consideraciones. Por lo tanto, una comprensión de la psicología general es de gran valor para el mago; y además, existen también ciertos aspectos especializados de la psicología que han de ser examinados en relación con la práctica mágica. (Las estructuras mágicas y las técnicas mismas serán examinadas en el Libro III de esta obra.) Se recomienda encarecidamente que además del presente trabajo, el estudiante adquiera para sí algunos libros de psicología general. Los libros de texto de psicología experimental dan una visión de los principios psicósomáticos básicos, mientras que de los trabajos basados en los aspectos clínicos de la psicología, deberán leerse uno o dos de los estudios pioneros de Freud para tener una perspectiva histórica de la materia, y los volúmenes de Carl Jung son muy especialmente recomendados. Al menos algo de este último debería formar parte de la biblioteca permanente del estudiante. Algunos escritores posteriores, particularmente de la escuela Junguiana, merecen especial atención, pero esto puede depender de la inclinación personal del estudiante y de su tiempo disponible.

Una objeción que surge a veces entre los ocultistas es la de considerar a la psicología como enemiga de la práctica de la magia, así como la creencia de que un estudio de la materia puede destruir o al menos disminuir, el poder del mago. Esta objeción generalmente se apoya en una doble base, ningún aspecto de la cual contiene causa real de preocupación, pero cuyos dos aspectos son merecedores de comentario por nuestra parte. En primer lugar, está la actitud escéptica de ciertos escritores, particularmente de la escuela freudiana. Tales escritores, en un intento de explicar cualquier tipo de magia, invariablemente crean la impresión de haberla superado. Es de notar también que en el fondo crean la impresión de haber superado todos los demás aspectos de la vida humana, excepto posiblemente el de una inclinación subconsciente al incesto. Este punto de vista es por necesidad algo deprimente, y ciertamente no es recomendable un curso intensivo basado en tales libros. Su impulso inicial lo hemos de encontrar en los trabajos del mismo Sigmund Freud, e invitamos al estudiante a leer atentamente alguno de ellos, aunque sólo sea con el propósito de analizar las raíces del concepto en cuestión y su modo de desarrollo. Además, uno puede también tropezarse en las propias lecturas generales, con autores de estas convicciones y es mejor estar familiarizado con sus puntos de vista que ser cogido por sorpresa. Estos autores, pueden generalmente ser reconocidos por su actitud de «esto no es sino», con la que tienen a desfigurar escritos que de otro modo podrían tener considerable valor sociológico y filosófico. Por ejemplo, ellos frecuentemente despachan a la magia como considerándola una protesta de los desvalidos. Ahora bien, ésta es una hipótesis bastante interesante: quizás también se aplique a muchas otras formas de esfuerzo humano, desde el momento en que la infancia, por ejemplo, es por naturaleza una condición de desvalido, a menos que el niño se convierta en «un consentido» y entonces no se esfuerce por nada. Mientras que, por otra parte, entre los adultos, incluso los ricos y con éxito pueden sentir y frecuentemente con razón, que su vida interior debería recibir una atención especial para compensar los años en que la han despreciado. Como una completa explicación de la magia, sin embargo, la hipótesis es inadecuada, porque no tiene en cuenta cómo funciona en realidad la magia. Se ve claramente que semejantes autores o bien no creen en la magia como realidad objetiva, o bien imaginan que, dado un motivo suficiente, el resto se sigue espontáneamente. Y además del hecho de que la actitud del «no es sino» es inherente al pensamiento Freudiano, debe tenerse en cuenta que un autor que escribe sobre psicología con un fondo clínico o principalmente clínico, con todo derecho basa su contribución al saber psicológico sobre sus observaciones de primera mano, y entre sus pacientes no es muy probable que en toda su vida haya encontrado muchos magos verdaderos, aunque sí que habrá tenido soñadores en abundancia. Sin embargo, alguno de estos libros, aunque tomados con reserva, pueden ser de una utilidad catártica, incluso para el estudiante serio de magia. Un examen de los motivos es siempre bueno.

La otra raíz de la objeción formulada por algunos ocultistas al estudio de la psicología, es una creencia, a menudo basada en la experiencia o en la observación personal, de que tal

conocimiento puede provocar de hecho una pérdida de poder mágico. Aquí debemos de nuevo hacer una distinción. La mera lectura de libros aporta poco o nada, a menos que se produzca una respuesta interna a dichos libros. La verdad detrás de la objeción ha de encontrarse en un sentimiento de pérdida que a menudo experimentan personas que reciben tratamiento psiquiátrico o psicoterapéutico, o incluso a veces simples lectores de libros escritos desde un punto de vista clínico, cuando el contacto del sujeto en cuestión con el aspecto clínico, resulta en que una motivación oculta se hace consciente y pierde con ello su poder dinámico, o bien en que una fascinación se resuelve en sus componentes y de este modo desaparece. Este tipo de desilusión, evidentemente, no lo sufren exclusivamente los estudiantes de lo oculto. Un hombre puede de repente, en pleno noviazgo, hacerse profundamente consciente de que la característica que él encuentra particularmente atractiva en su chica puede haber tenido un significado para los niveles más profundos de su mente bien distinto de aquél que aparece en la superficie. Un eclesiástico puede descubrir que sus actividades devocionales son el resultado de algo bien distinto a la convicción religiosa. En ambos casos, con la toma de conciencia se ha perdido una poderosa motivación. Lo que suceda a continuación es una cuestión que depende de cada caso particular. El desencantado puede simplemente dar un suspiro de alivio y disponerse a recuperar el tiempo perdido en los asuntos ordinarios de la vida; el sentimiento de privación puede ser lo bastante agudo como para iniciar la búsqueda de un interés sustitutivo; o, bastante más a menudo, puede ser sólo cuestión de recuperarse del shock, dejando que los motivos se reajusten, y después continuando como antes. En el caso del estudiante de ocultismo, al igual que en los otros, si encuentra que su fervor se ha basado enteramente en una motivación falsa, es mejor para él quedar curado y dejarlo que permanecer en su ilusión, mientras que si se siente atraído hacia la magia como su verdadero modo de vida, la desaparición de un factor irracional puede en verdad desposeerle de un medio de extraer energía de su inconsciente personal; sin embargo, dicha desaparición puede ser un paso necesario en su vida antes de que pueda aprender a inspirarse conscientemente en las verdaderas fuentes.

En cuanto al tema del antagonismo real o imaginario entre psicología y parapsicología, es por supuesto verdad que existen prejuicios en ambos lados, pero afortunadamente se deben únicamente a las idiosincrasias de las personas implicadas. Debe hacerse hincapié en que, aunque como ya se ha dicho, la actitud Freudiana tradicional es excesivamente reduccionista y escéptica, esto no significa que todos los psiquiatras hayan mantenido esta tendencia: los más progresistas se han distinguido por una voluntad verdaderamente científica de seguir las evidencias lleven a donde lleven, mientras que algunos de los más notables están haciendo un trabajo que hasta ahora habría sido considerado como totalmente dentro del terreno del ocultismo. La actitud abierta es más frecuente entre psicoterapeutas de otras escuelas. La telepatía es un hecho establecido, y otras formas de PES constituyen el tema de investigaciones continuadas en numerosos países, destacando notablemente Rusia, por ejemplo. Y del reconocimiento de estas fuerzas al reconocimiento de que pueden ser controladas y dirigidas, no hay más que un paso.

La existencia de entidades no materiales con un origen externo a la psique humana es quizá más difícil de establecer, pero al menos en este punto se ha comenzado a admitir el principio de que el mismo patrón de medida que ha resultado fiable para la determinación de la existencia de una entidad viviente material, debe de ser tomado —con los mismos baremos, ni más ni menos— para una entidad no material, y no descartarse su existencia basándose en meras razones apriorísticas de supuesta imposibilidad. Lo que se necesita en este diálogo entre ocultistas y psiquiatras es justamente esta completa aceptación de los hechos, sin ninguna construcción prematura de hipótesis al respecto. Desde el momento en que cada grupo simplemente establezca con sinceridad, «esta es mi experiencia...», se hace posible realizar una gran cantidad de trabajo fructífero sobre temas altamente complejos. Esto abre al mismo tiempo la puerta a serias investigaciones, así como a la naturaleza de ese mundo en el cual la psique participa: o como mejor deberíamos decir (teniendo presente los diferentes niveles, objetivo y subjetivo, de nuestra experiencia) a la naturaleza, no de ese mundo, sino de esos mundos.

El término psique, en su sentido moderno, significa el componente total no material de la personalidad humana individual, y comprende tanto el nivel de la mente consciente personal como aquellos niveles que normalmente están fuera de la conciencia personal. Estos otros niveles reciben, en la terminología Freudiana, el nombre de «subconsciente», una palabra que crea ciertas posibilidades de malentendido: nosotros preferimos el término Junguiano «inconsciente», con la advertencia no obstante de que incluso este epíteto necesita ser entendido en su sentido especializado. De los contenidos del inconsciente la mente consciente es totalmente ignorante: tan pronto como se percibe algún factor de sus contenidos, ese factor entra en la conciencia, es decir, en la mente consciente. No hay razón para asumir, sin embargo, que el

«inconsciente» es inconsciente en sí mismo en su propio nivel: no más que para asumir que nuestro vecino de al lado está en coma simplemente porque no le oímos moverse. Lo más probable es que esté muy atareado con sus propios asuntos. Igual con la parte inconsciente de la psique.

Los niveles «inconscientes» comprenden no sólo a aquellas regiones de la psique más próximas a lo material e instintivo que la propiamente consciente, sino también otras bastante más alejadas: para usar una metáfora familiar y conveniente, nos referimos a las primeras como inconsciente inferior y a las segundas como inconsciente superior. Esta división está de acuerdo con gran parte del simbolismo tradicional: sin embargo, en algunos contextos podemos encontrar más apropiado referirnos a los niveles material e «inferior» como «externos» y a lo más espiritual como «interno», coincidiendo de nuevo con un uso aceptado.

Dentro de la psique distinguimos, en primer lugar, dos grandes divisiones: una que incluye a lo que frecuentemente se denomina Alma y que comprende la animación unificada del cuerpo físico, con la naturaleza emocional e instintiva además de con la mente que se caracteriza por el entendimiento intelectual; y otra a la que frecuentemente se denomina Espíritu y que comprende los principios más elevados vitales y de aspiración, con el Genio Superior o Chispa Divina que es la esencia trascendental del individuo. Por tanto, el Alma, además de animar al Cuerpo, es el vehículo y el instrumento del Espíritu. Tiene por tanto un papel prevaleciente en el desarrollo y enriquecimiento de la personalidad, y en verdad que muchas de las experiencias vitales del individuo se desarrollan dentro de sus ámbitos. El inconsciente inferior es una parte de ella. Aquellos sucesos que pueden haber sido completamente olvidados por la mente consciente, tales como la misma gran aventura del nacimiento, imprimen en él su influencia, así como otros contenidos que son desconocidos para la mente consciente y nunca le llegarán de hecho a ser conocidos.

Surge entonces la cuestión acerca de las pautas heredadas de temperamento y conducta. Este es un terreno extremadamente polémico. Es bien sabido, por ejemplo, que los niños pueden reproducir peculiaridades de parientes que nunca han visto: tales factores son notables a temprana edad, pero frecuentemente tienden a desaparecer a medida que otras influencias, así como la propia naciente personalidad del niño, van adquiriendo control. Las causas para este fenómeno son variadas. Un padre, por ejemplo, puede darse cuenta de repente de que los primeros esfuerzos de su hijito para caminar sin ayuda son exactamente como los del tío Fulanito. La causa aquí puede ser enteramente física, una tendencia familiar a subdesarrollar un tendón secundario o algo parecido, o también que el padre, que evidentemente nunca se ha visto a sí mismo caminar, puede el mismo inconsciente imitar al tío Fulanito, y a ser a su vez imitado por el niño. Pero en donde la causa de una acción no es por entero manifiestamente física, debe sospecharse la existencia de una comunicación telepática inconsciente entre padre e hijo, o frecuentemente entre abuelo e hijo, antes de que surja cualquier cuestión de posible memoria heredada; sin embargo, parece que existen en verdad memorias heredadas y en algunos casos parece que ésta es la explicación más probable de determinados fenómenos. Serán suficientes dos ejemplos para mostrar la diferencia de énfasis.

Cierto señor que de joven fue a Extremo Oriente como soldado en la II Guerra Mundial, pasó en la jungla, y más tarde como prisionero de guerra, tales agonías físicas y mentales que cuando finalmente regresó a su hogar lo hizo en un estado de crisis nerviosa total. Después de algunos años se había recuperado lo suficiente como para haber logrado estar en una satisfactoria posición y poderse casar, pero el horror de sus experiencias pasadas aún le acosaba, hasta el punto de que todo aquello relacionado con dichas experiencias era un tema tabú. No las quería hablar con su esposa, salvo para expresar su deseo de que sus hijos debían ser educados como absolutamente pacifistas, y que nunca deberían saber demasiado acerca de cuál había sido su participación en el pasado conflicto. Sin embargo, su primer hijo, era un chiquillo hipertenso y extremadamente inteligente que desde sus dos años comenzó a mostrar un agudo interés precisamente por el tema prohibido. El padre, debemos mencionarlo, tenía especial miedo a hablar en sueños acerca de sus sufrimientos en la guerra, y por tanto se había asegurado de que, desde su nacimiento, Paul durmiera en una habitación que estuviera fuera del alcance de tales manifestaciones verbales. La madre declaró que, de hecho, su marido hablaba en sueños muy poco y aún menos era lo que se entendía, aunque de vez en cuando se despertaba con inarticulados gritos de pesadilla. Sin embargo, a pesar de todas las precauciones, el niño hacía girar su conversación siempre sobre la guerra, y, por extraño que parezca, no sobre la muerte, sino sobre las capturas, sufrimientos y penalidades de los prisioneros. Con un arte aparentemente extraño cogía al vuelo cualquier comentario hecho al azar por niño o adulto, cualquier historia medio oída, cualquier imagen de periódico o de televisión que pudiese contribuir a incrementar

su archivo de información. Así, para cuando cumplió los siete años —relata amargamente su padre— Paul sabía tanto sobre campos de concentración japoneses como si hubiera nacido en uno de ellos. Sin embargo, es agradable añadir que después la obsesión se desvaneció lentamente, y con un poco de ayuda el chico se volvió hacia otros intereses más corrientes para un inteligente jovencito.

En este episodio vemos funcionando a la vez varios factores. Aunque se ve claramente que el chico sacaba gran parte del material de su fantasía, por canales ordinarios, parece posible que su impulso inicial y subsiguiente en esa dirección surgió de un vínculo telepático real con su padre, y esto parece lo más probable a causa de la fuerte represión del asunto en la psique del padre, como evidencia por ejemplo su horror a hablar en sueños. Igual que en un circuito electrónico, la creación de una resistencia de este tipo puede crear una carga tremendamente poderosa. Repetimos, es casi inevitable que ambos padres ayuden inconscientemente a alimentar el interés de Paul negándose a discutir las historias y programas de televisión relacionados, mientras que presumiblemente discutirían historias y programas con cualquier otro tema. Sin embargo, los padres sentían que las preguntas que su joven hizo hacía sobre estas materias, y las inferencias que extraía, a veces estaban bastante por encima del nivel de inteligencia que había demostrado en otros temas: «podía suponer solamente, decía su madre, que alguna parte de su mente conocía ya la respuesta y que por eso mismo era capaz de encontrar la respuesta». En nada de esto, por muy interesante que sea desde el punto de vista de la telepatía o de la sugestionabilidad del chico, hay ninguna indicación de que Paul *heredara* realmente de su padre su inclinación hacia el tema, o cualquier conocimiento real acerca de éste. Si hubiera sido así, habría heredado seguramente también la actitud negativa; mientras que, de hecho, hasta que alcanzó la edad de la razón, el chico no sólo mostró un *rapport* marcadamente inconsciente con los niveles reprimidos de su padre, sino que también, gracias a su tan positiva curiosidad, actuó como una clase de válvula de seguridad para aquéllos.

Pasamos ahora a nuestro segundo ejemplo. Aquí nos encontramos con el caso de otro niño inteligente e hipernervioso. Esta vez se trata de una chiquilla nacida y criada en el ambiente de una gran ciudad inglesa, y dominada hasta los siete años por una horrible pesadilla de lobos. A Janice le gustaban los animales y tenía muchos libros de ilustraciones que mostraban leones, tigres, elefantes e incluso osos a los que amaba por encima de las más suaves criaturas. Sin embargo, ver un dibujo de cualquier cosa con el más leve parecido a un lobo la conmovía instantáneamente. Ella explicaba que era como las cosas de su mal sueño.

Aparentemente, este mal sueño lo había experimentado entero solamente dos veces, pero la había aterrorizado de tal modo que durante semanas había intentado en vano no irse a dormir, por miedo a soñarlo de nuevo.

En su sueño, siempre era época de invierno. Los árboles estaban pelados y sobre el suelo había una espesa capa de nieve. Estaba en campo abierto, en un vehículo sin ruedas tirado por caballos y que marchaba hacia delante a paso regular. Entonces se daba cuenta de que «ellos» estaban en la distancia: había un buen número y parecían negros contra la nieve. Lo normal es que los caballos salieran huyendo con ella, pero tenía que retenerlos. Esto era parte del horror, que ella sabía exactamente lo que debía hacer pero no por qué debía hacerlo. Tenía que ir lentamente para asegurarse de que «ellos» la habían visto. Después ponía los caballos al galope, pero ¡vaya carrera! «Ellos» estaban cada vez más y más cerca. Delante de ella vio un alto muro, con altos pilares de piedra como formando parte de un castillo. Entre ellos había una maciza puerta de madera. Cuando los caballos alcanzaron la puerta, ésta se abrió lo suficiente como para permitirles el paso, a «ellos» y al carruaje. Después se cerró dando un portazo y los hombres que estaban sobre el mudo, derribaron a los perseguidores. Este fue el modo en que terminó el sueño la primera vez que Janice recordaba haberlo tenido poco tiempo antes de su tercer cumpleaños. La siguiente vez, unos pocos meses más tarde, se había despertado antes del portazo final, y desde entonces una horrible cuestión la había acosado: ¿se habría cerrado la puerta con suficiente rapidez? Cuando tenía seis años, en la tercera ocasión en que pudo recordar claramente que había tenido el sueño (había habido una o dos pesadillas en las que intervenían lobos, pero no estaba segura de cuál había sido exactamente el tema), una especie de división acerca del carruaje sin ruedas había surgido en su mente (de lo cual no se había dado cuenta al parecer anteriormente): ahora, parte de su mente estaba consternada porque el carruaje en el cual tenía que escapar no tenía ruedas, e intentaba, por así decir, añadirselas. Mientras tanto, otra parte de su mente decía que todo estaba bien como estaba. Este conflicto al parecer la despertó nuevamente sin haber visto un final feliz para la aventura. Después de esto, su única experiencia del sueño fue fragmentaria, habiéndose transformado el pánico en curiosidad por saber si la puerta se abriría o no.

El hecho intrigante acerca del sueño de Janice era que, aunque desconocido para ella y para sus padres, lo que había descrito era en esencia un método polaco tradicional de cazar lobos, utilizando un señuelo para atraerlos. La treta del señuelo era llevada a cabo por un cazador intrépido, no por una chiquilla: el temor de la niña en esta poco apropiada experiencia onírica es más que comprensible. Preguntando, se reveló que su padre, aunque de descendencia europea mezclada y nacido en Francia, era parcialmente polaco. Permanecía abierta la cuestión de por qué entre todas las variadas posibilidades de su pasado ancestral había tenido acceso a este particular episodio de los lobos. Estaba ya claro que ella por su parte no había tenido experiencia excesivamente terroríficas con lobos o con perros grandes. ¿Había tenido quizás el padre semejante experiencia?

El padre, un hombre de una estructura excepcionalmente fuerte, desnudó el hombro por toda respuesta. Allí, marcadas profundamente en los músculos, estaban las cicatrizadas laceraciones de unos grandes dientes caninos «Janice nunca lo había visto», comentó. La historia de esta cicatriz, siguió explicando, era la de una ocasión en la que recuerda haber estado totalmente aterrorizado. Cuando era un chico, había vivido con sus padres, hermanos y hermanas, en su casa, en un pueblecito del norte de Francia, donde su padre tenía un enorme y salvaje mastín para cuidar de su propiedad. Esta criatura se pasaba el día encadenada en un patio y ningún chico se acercaba a aquel lugar. Pero, explicaba el narrador, había sido su costumbre, siempre que su padre estaba ausente, mostrar su bravura y agilidad entrando en el patio y hostigando al mastín, saliendo fuera del alcance de la cadena justo en el momento en que el poderoso animal se abalanzaba hacia él. Un día enrabietó al mastín hasta ponerle tan frenético que, de tanto estirar, sacó el extremo de la cadena de su mojón. Y antes de que el chaval hubiera podido sortearle (como incluso en tal momento hubiera podido haber hecho) su talón resbaló en el fango y se vio agarrado por el hombro y sacudido del mismo modo que un terrier sacude a una rata. Si no hubiera sido porque uno de sus hermanos, que había presenciado la escena, tuvo la suficiente presencia de ánimo como para ir corriendo a casa de un vecino a buscar ayuda, nuestro interlocutor sentía que con bastante seguridad no habría sobrevivido para tener una esposa o una hija.

Apenas quedan dudas de que esta experiencia, ocurrida años antes de su matrimonio, estaba de algún modo vinculada con el extraño sueño de Janice. Parece claro que, en este caso, sí podemos suponer la existencia de una genuina memoria transmitida por la herencia, pero de un modo indirecto. Hay que tener en cuenta que Janice aparentemente no había sacado nada de la experiencia personal de su padre, salvo quizás el único factor vital, aunque problemático, de deslizarse lo suficientemente rápido como para estar fuera del alcance del canino asaltante<sup>1</sup>. De modo que entonces parece como si la memoria no hubiera sido heredada por la hija, sino en realidad por el padre. Pero ésta nunca había alcanzado su mente consciente, aunque había permanecido activa en el inconsciente (¿qué era en realidad lo que le llevaba a provocar al mastín?). Desde su mente inconsciente, donde se había recargado con el horror de la embestida de la salvaje criatura, Janice había captado aparentemente por telepatía la memoria ancestral de la mordedura de lobo, y lo había trasladado al consciente por medio de su sueño.

No podemos extendernos más, pero destacamos que da la impresión de que estos aspectos nos aproximan —tan cerca como podemos esperar que la experiencia humana nos puede conducir— al pasado remoto en el que los instintos heredados se incorporaron a la Nephesh, la mente animal. Para el hombre civilizado, siempre hay algo de shock, de disgusto, en estas historias, por la toma de conciencia que provocan de dichos niveles; sin embargo, nuestra parte instintiva es una verdadera porción del mundo natural, y en ello estriba no sólo la justificación de su existencia, sino su necesidad para nosotros. Nosotros la necesitamos como un árbol necesita sus raíces, aunque, como las raíces, la naturaleza instintiva está en su mayor parte fuera de nuestra vista.

Se puede decir que la parte inferior del alma se halla limitada por abajo por el cuerpo físico, y más concretamente por el sistema nervioso autónomo; y su límite superior está en la interacción de la mente racional y de las emociones. La región de la psique así demarcada es conocida en

---

<sup>1</sup> Los estudiantes de Jung podrán sin duda tomar especial nota del cambio desde la experiencia del padre con un solo mastín, hasta la manada de lobos en el sueño de la hija. Esta observación, aunque válida, no atenta contra la exactitud histórica de su sueño. En cambio, quizás pueda contribuir a explicar su sintonización con este aspecto particular del asunto. Es claramente bastante inútil especular acerca de lo que Janice hubiera soñado de haber sido un chico.

terminología cabalística con el nombre de «Nephesh», mientras que la mente racional (que está aún incluida dentro del alma como parte de la naturaleza inferior del hombre) es llamada «Ruach». Al ser la Nephesh el marco de las emociones conscientes tanto como de los impulsos inconscientes, ya que sean éstos instintivos o no, por naturaleza tiende a continuas fluctuaciones, influenciada tanto por variaciones físicas como mentales. Estas fluctuaciones son la principal característica de la Nephesh y son transmitidas en mayor o menor medida a las regiones adyacentes. Por ejemplo: la mente racional puede recoger de cualquier otra fuente una información que produce una reacción emocional; esta emoción, actuando a través de la Nephesh, afecta, en mayor o menor grado, al cuerpo físico, provocando cambios en las secreciones glandulares, en la velocidad de respiración y de pulso, etc., y estos cambios provocan a su vez nuevas reacciones. O viceversa: un estado físico puede estar provocado por causas enteramente físicas, tales como resfriados, indigestiones o fatiga; este estado puede actuar por medio de la Nephesh afectando a las emociones y produciendo un estado depresivo que puede manifestarse en la conciencia como una vaga tristeza o incluso como un miedo irracional. La mente, alterada por esta irrupción emocional, puede entonces racionalizarla, reflexionando sobre problemas o dificultades previamente ignorados, o, de un modo más práctico, puede pensar en algún medio de apartar al organismo físico de las causas iniciales de la angustia, o de acabar con las causas mismas.

No es necesario que en este proceso de emoción implicada llegue a un estado muy evolucionado, es decir, no necesariamente más allá del dominio de la Nephesh. Los datos sensoriales, producidos por los nervios, y codificados por el cerebro, únicamente necesitan que la Nephesh tome conciencia de su desagradable intensidad para que inmediatamente tengan lugar reacciones tanto a nivel físico como a nivel racional. La mente racional puede cuestionar aún más los datos, y es interesante para el estudiante constatar que este examen no siempre tiene éxito a no ser por otros medios se obtenga información adicional. Esto puede deberse simplemente a que del cerebro ha llegado información inadecuada, como puede darse en el caso de un dolor de muelas, cuando el paciente no puede identificar el diente que le duele o está totalmente confundido al respecto (dolor reflejo). También los errores de esta clase pueden deberse a lo complicado que es el sistema nervioso, como por ejemplo ocurre con el nervio tricéfalo: el paciente puede sentir los síntomas de dolor de estómago como si el nervio gástrico estuviera siendo molestado y de un modo reflejo puede incluso pensar que puede identificar el producto alimenticio que causa la molestia, probablemente un alimento contra el que ya tiene una cierta predisposición emocional, mientras que el mensaje que su consciente tenía que haber recibido podía haber sido que su vista estaba cansada y era su nervio óptico la rama del tricéfalo afectada. Estos ejemplos cotidianos que pueden ser multiplicados indefinidamente, deberían indicar que «la evidencia de los sentidos» no siempre tan evidente como parece, y es de desear que se aporten todas las indicaciones posibles cuando lo que más interesa considerar es la certeza objetiva. Además, el cuerpo físico y sus sentidos son capaces de adaptarse a un rango de condiciones considerablemente amplio: esta adaptabilidad, que en sí misma es una excelente cualidad, hacer que nos resulte imposible considerar al mismo tiempo al cuerpo como un instrumento de medida digno de confianza. Se puede comprobar fácilmente cómo, por ejemplo, una luz eléctrica que no experimenta en sí misma alteraciones, puede parecer bastante débil cuando la percibimos después de haber estado en una habitación fuertemente iluminada o, en su caso, a plena luz del día, mientras que puede resultar dolorosamente cegadora si la encendemos de improviso después de haber permanecido largo rato en total oscuridad. Los buceadores, personas que mantienen los oídos tapados durante un cierto tiempo, experimentan una anormal agudeza auditiva cuando vuelven al mundo de los sonidos; en contraste, la capacidad del habitante de la ciudad para ignorar un volumen de ruido cada vez mayor provoca realmente una sordera física gradual. Un ejemplo instructivo para comprobar la evidencia de los sentidos consiste en colocar ante nosotros tres cuencos con agua, la primera tan caliente como podamos aguantarla sin quemarnos, la segunda completamente fría, y la tercera moderadamente templada. Sumergimos una mano en el tazón frío y otra en el caliente durante dos o tres minutos y después metemos ambas manos en el templado. Nos resulta prácticamente imposible creer que toda el agua del cuenco esté a la misma temperatura, porque la mano fría la percibe como caliente, y la caliente como si estuviera fría.

El estrecho vínculo entre la Nephesh y el cuerpo físico se manifiesta de muchos modos, desde variaciones en la postura física (incluyendo la expresión facial) de acuerdo con la dirección que tomen las emociones, hasta la marcha nerviosa del ansioso o los saltos y danzas espontáneas del que está invadido por la alegría. Normalmente la mente racional, la Ruach, se ve también involucrada en este estrecho vínculo, de modo que puede decirse que uno puede ver lo que la persona en cuestión está pensando. En algunos deportes y juegos ésta es una debilidad bien conocida. En

esgrima uno mira a los ojos del oponente para escrutar su próxima acción, ya que para cuando se haya iniciado el movimiento de brazo o de mano será demasiado tarde para parar o para tomar ventaja. El esgrimista experto entrena por tanto su mente para actuar lo más independientemente posible de sus emociones, de modo que su intención no se revele hasta el mismo momento en que los músculos sean dirigidos al ataque. Una intención parecida produce la cara de máscara del jugador de cartas. Este desapego mental conlleva un justo sentido de logro; sin embargo, no debería ser más que un ejercicio útil a ser compensado por otras vías, puesto que la auténtica perfección del hombre natural se expresa mucho mejor cuando el cuerpo físico, la Nephesh y la Ruach actúan armónicamente, como cuando, dirigiendo la razón y las emociones superiores, la naturaleza instintiva exulta y el cuerpo físico ejecuta una proeza atlética o una danza de concepción estética. (Ver en el Libro III el capítulo «La danza como instrumento de magia».) En estas actividades la Nephesh en particular está exaltada, porque su fluidez y sus cambiantes movimientos reflejan su propia naturaleza. La Nephesh no tendrá necesidad de ser demasiado apremiada para realizar los movimientos que mejor se adaptan al propósito mágico, porque es la sede de esas facultades calificadas comúnmente como psíquicas.

Junto a estos papeles indispensables de representante de los instintos por medio de las emociones, de intérprete del cuerpo físico y de guardián de la puerta del mundo astral, la Nephesh tiene también los defectos asociados a estas cualidades. El buscador psíquico sabe que, por cada fenómeno auténtico merecedor de ser conocido por el público, existen al menos una docena de otros, todos también totalmente autenticados, que prefiere dejar en el silencio. La Nephesh puede producir belleza y horror, es verdad. Pero puede del mismo modo unir la sentimentalidad más primaria con la chabacanería y el melodrama. Tales episodios de la vida psíquica pueden ofender al gusto crítico, que está dominado por la Ruach. No obstante ocurren, y para darse verdaderamente cuenta de lo que es la Nephesh, conviene mencionarlos, aunque sólo sea de pasada.

La Ruach es racional y lógica. También pertenecen a su ámbito las emociones más altamente organizadas, con la facultad del juicio moral. Puede trabajar con el sistema clasificador del cerebro, puede hacer deducciones a partir de premisas o principios básicos, pero no engloba en sus atribuciones a las cualidades superiores de organización y perspectiva espirituales que han dado nacimiento a expresiones tales como «inteligencia divina». Al igual que la Nephesh, constituye una parte esencial de la psique. Ella guarda y completa a la Nephesh y al cuerpo físico, dirigiéndolos en su trabajo, en conjunción consigo misma como fundamento e instrumento de las facultades superiores. Es también el centro consciente de la personalidad en el hombre civilizado y como tal corresponde al «Ego» de la psicología. La característica principal de la Ruach es su poder de reflexión, de autoanálisis. Puede considerar la actividad de cualquier otro componente de la psique o del cuerpo material en la medida en que sea consciente de ellos. Sin embargo, no puede considerar adecuadamente su propia actividad mientras que se encuentra en su estado primitivo, ya que sólo la inteligencia o conciencia Briática, que todavía duerme, la capacitará para llevar a cabo esta tarea<sup>2</sup>.

Es difícil negarle absolutamente a la Nephesh toda conciencia de sí misma, pues hemos de tener un modo de explicar las bromas evidentemente deliberadas que a veces ésta concibe y que se expresan en los sueños, igual que no podemos negar la evidencia de payasadas deliberadas, aunque totalmente espontáneas, que protagonizan los animales domésticos. La explicación puede estar en la instrucción de un cierto elemento tipo Ruach, el cual aparecería en sueños no sólo en forma de humor sino como interpolación crítica, como en el sueño de Janice cuando ésta pensaba que su vehículo «hubiera debido» tener ruedas. En el caso de los animales domésticos podemos suponer que se ha desarrollado un indicio de elemento tipo Ruach para compensar el debilitamiento de sus instintos, pero esto a su vez es solamente posible si presuponemos la

---

<sup>2</sup> Aunque la conciencia tipo Ruach (conciencia egoica) no puede ser consciente en su estado primitivo del mundo de Briah, es precisamente este mundo su propia morada. Esta es la paradoja fundamental de la naturaleza humana. La conciencia que tiene la Ruach del mundo astral, la adquiere por sus contactos con la sustancia de la Nephesh. La conciencia que tiene del mundo material, la adquiere por sus contactos con el cuerpo físico por medio de su vínculo con la Nephesh. Pero en el nivel Briático de Nephesh no está presente ni es útil. Hasta la aparición de la conciencia Briática, consecuencia del descenso de la Mente Instintiva, la Ruach permanece «Vuelta hacia dentro» a nivel Briático, aunque está «Vuelta hacia afuera» a través de la Nephesh en lo que concierne a los Mundos Yetzirático y Assiático (la mente instintiva puede ocasionalmente comunicar por el intermedio de la Nephesh, como en el caso de raras premoniciones o también en el caso de sueños de imágenes arquetípicas; pero estos casos fortuitos no pueden ser considerados como la norma).

presencia de una facultad ruáchica rudimentaria incluso en los animales salvajes. Esto sólo lo podemos calibrar cuando se ven confrontados con una situación creada por el hombre para la cual sus instintos no le han provisto de soluciones. La habilidad para vérselas con problemas no instintivos tiene evidentemente ciertos límites, que varían con las especies, edad, sexo y demás circunstancias. Para un animal no familiarizado (salvaje o doméstico), los coches y los trenes no aparecen peligrosos, probablemente porque los olores y sonidos de sus maquinarias no han sido registrados en su catálogo instintivo de señales de peligro. Cuando pasan un tren, las vacas echan a correr en la misma dirección: evidentemente no están haciendo más que seguir el instinto gregario, mientras que muchas otras criaturas, desde las perdices hasta los leones, dejan que se les aproximen los coches sin alarmarse en lo más mínimo. Nadie, por otra parte, que haya visto a un semental salvaje deshacer con sus dientes un complicado nudo, o a un toro semisalvaje cuidadosamente buscando a tientas con un cuerno el picaporte de una puerta, se dejará convencer fácilmente de que estas criaturas están totalmente desprovistas de toda facultad de razonamiento. Naturalmente que podemos objetar que no están haciendo otra cosa sino adaptar sus instintos, los cuales impulsarían al primero a castrar a su adversario y al segundo a destriparlo. Sin embargo, la facultad que permite adaptar el instinto es una forma de razón, exactamente como la razón humana ha propiciado el desarrollo de todas las capacidades que nuestra mano posee. Sin embargo, hemos ya de dejar de hablar acerca de la psicología animal porque no es una parte propiamente de nuestro estudio. La Ruach, pues, está por uno de sus extremos limitada por la Nephesh, a la que interpreta hasta un cierto grado, y en su otro extremo por las facultades superiores, a las cuales deberá ser receptiva. El hecho de que a menudo no se muestre receptiva a estas facultades, además de que también domine en exceso a la Nephesh, no significa que deba verse depuesta de sus funciones. Desde todos los ángulos la Ruach es una parte indispensable de nuestra organización total. Debe al mismo tiempo controlar a la Nephesh y trabajar con ella y (en la vida cotidiana) por medio de ella. La parte del trabajo de la Ruach que concierne a las lecturas e interpretaciones de las informaciones contenidas en el cerebro físico, es, aún en nuestros días, objeto de gran cantidad de investigaciones. Como es bien sabido, la capacidad de las células del cerebro para registrar conocimientos no constituye en sí misma la inteligencia, aunque siempre es una ventaja almacenar una buena cantidad de conocimiento. Se podría hacer un provechoso estudio psicológico acerca de los varios factores que inhiben la disponibilidad del conocimiento cuando éste se halla presente, porque, como hemos indicado, entre la Ruach y el cerebro físico se interpone la Nephesh necesariamente: como fuerza que anima, como activador instintual inconsciente de los procesos cerebrales y como guía para indicar a la Ruach el que está «en la buena pista». Pero siempre que la Nephesh está presente, se ofrece la posibilidad de una carga su-bracional que puede ignorar totalmente las exigencias esenciales de la situación, enfocada desde el punto de vista de la Ruach o incluso por el organismo como un todo. Así, por ejemplo, a un chico que posea un gran sentido espacial se le puede haber dicho que no debe resolver ciertos problemas por geometría, sino que los debe trabajar por medios algebraicos. En su vida posterior puede encontrarse en una situación en la que la rápida solución de justamente un problema semejante pueda resultar de vital importancia. La Nephesh, sin embargo, puede en algunas personalidades bloquear este proceso, siguiendo la voz del profesor de otros tiempos: «Debes resolverlo por álgebra». O también, al examinar un problema la Ruach quizá se dé cuenta de que un cierto factor puede representar una ventaja. La Nephesh, guiada por la pereza o por la inercia, puede influenciar a la Ruach para detener el examen en este punto, de modo que no se tengan en consideración las correspondientes desventajas. Esta es una causa frecuente de conducta humana «no inteligente», particularmente en los partidos políticos, dados a creer en cualquier panacea que se les presente. Lo que generalmente denominamos inteligencia depende directamente de la libertad de la Ruach, así como de la capacidad de ésta para actuar de un modo rápido y eficaz, extrayendo el material relevante que le llega por los sentidos y por el «banco de datos» del cerebro. En el primer ejemplo, se ve la necesidad de la Ruach de actuar independientemente de la Nephesh; en el segundo, vemos la necesidad de una estrecha cooperación entre las dos facultades. Conforme avanzamos se va haciendo más evidente que la Nephesh y la Ruach en solitario no llegarían a alcanzar este delicado balance. Es esencial por tanto un cierto grado de conciencia de las facultades superiores.

En esta coyuntura parece apropiado examinar un ejemplo que hasta cierto punto ilustra la interrelación de Ruach, Nephesh y cerebro. El sujeto, Laura, era una mujer soltera con un C.I. superior a la media, pero con una naturaleza emocional muy fuerte, y que había sido ocasionalmente «viajera astral» desde su infancia sin entrenamiento oculto alguno. En algunos casos había sido percibida por videntes de sensibilidad tan sólo moderada, que tuvieron la impresión de que llevaba un vestido largo con cola, de colores pálidos. La mujer también tenía su pequeña historia de sonambulismo al final de su adolescencia. Además de estas experiencias,

hacia el tiempo de nuestro examen estaba empezando con el viaje Heliónico<sup>3</sup>, que estaba en fase de superponerse a la proyección puramente Hecatea. No daba la impresión de que hubiese usado nunca ninguna técnica consciente para abandonar el cuerpo, que según su hermana yacía mientras tanto en una especie de sueño casi cataléptico e imposible de finalizar. Tenía que esperar aquellas ocasiones en las que, por razones desconocidas, «se encontraba a sí misma fuera», como ella decía, y entonces simplemente decidía a dónde debía ir y qué debía hacer. Nada conectado con esas aventuras la había asustado jamás, ni tampoco había experimentado nunca ninguna dificultad para volver después a su cuerpo. Debemos añadir que Laura estaba totalmente adaptada a la viuda de una gran ciudad, y tenía un empleo en el comercio de lo más corriente,

En la ocasión en cuestión, que ocurrió cuando contaba veintiséis años, Laura se despertó una noche y se encontró caminando por lo que parecía la calle de su casa. Varias circunstancias la convencieron de que no estaba soñando. Por ejemplo, hasta cierto punto, el hecho mismo de que se estuviera cuestionando el asunto, aunque no consideró que aquello fuera una prueba infalible. Después estaba aquel hecho que primero llamó su atención, y es que no escuchaba sus propios pasos mientras avanzaba. Además de esto, no sentía el más ligero soplo de aire sobre su piel, y más todavía —algo realmente curioso— estaba el hecho de que le parecía estar en un determinado momento de la noche, quizá como hacia la una de la madrugada, poco más o menos dos horas y media después de haberse acostado. En sueños, comentó, parece que es de día o de noche, pero nunca parece ser una hora concreta que se pueda relacionar con las horas en que uno se ha ido a la cama. Aparte de estas circunstancias, sintió, aunque no investigó la situación en todos sus detalles, que conservaba bastante su conciencia ordinaria. Y ahora, se había preguntado ¿en qué debía aprovechar esta oportunidad? Le vino a la memoria un hombre con el que trabajaba. Padecía del corazón, y aunque a ella le gustaba y le respetaba, sabía muy poco de él, porque era tranquilo y reservado casi en exceso. Ella sabía que este hombre vivía en la ciudad vecina, quizás a unos 12 km. (Decidió ir y ver si podía hacer algo para ayudarle a mejorar su salud.) El hecho de que no supiera su dirección no la preocupaba. En todo caso conocía el camino del núcleo urbano central, y decidió que cuando llegase allí «pensaría en el lugar en el que él estuviera y simplemente iría allí», según puntualizó.

Hasta este punto —es decir, hasta el verdadero comienzo de este viaje astral— su descripción de sus procesos mentales parece normal, en el sentido corriente de la palabra. Sólo conociendo su estilo usual es cuando uno se da cuenta de que hay algo demasiado ingenuo como para ser verdaderamente natural. Como si incluso al volver a recordar el episodio algunos años después, hubiera tenido que dejar de lado una parte considerable de su habitual vitalidad y racionalidad. No se hizo en ese momento ningún comentario, y Laura continuó su historia sin interrupción.

Como a media milla de su casa, tuvo que cruzar una carretera general. Era una amplia carretera arterial y en cualquier hora del día y de la noche tenía tráfico, frecuentemente bastante denso. Pero en aquel momento aparecía desierta. Pensó en cruzar su solitaria extensión. Pero aunque por algunos momentos dudó, las señales de tráfico permanecían en verde. No sabía qué hacer. ¿Sería visible para el conductor de un vehículo? ¿Sería el vehículo visible para ella? No estaba del todo segura. ¿Qué pasaría si un vehículo, quizá invisible para ella fuera a atropellarla en semejante estado? Permaneció junto al semáforo intentando resolver el problema partiendo de principios básicos y lentamente se dio cuenta de que «su cerebro no estaba trabajando». Luego, perdida la esperanza de hallar una respuesta y sintiendo que estaba pasando un tiempo precioso, hizo acopio de coraje y se puso a cruzar la carretera.

Su narración no contiene nada que interese a nuestros propósitos hasta que nos la encontramos delante de una alta casa independiente en la cual supo que vivía su amigo. Dudó entre trepar hasta una ventana abierta o ir a la puerta principal. Luego se decidió por la puerta lateral, porque «la gente a menudo deja abiertas las puertas laterales». Encontró la puerta y estaba a punto de girar el pomo cuando de repente recordó que daba igual que estuviera abierto o cerrado, porque sus manos no tenían fuerza física. Nuevamente le sobrevino un desalentador estado de indecisión durante unos instantes hasta que llegó la respuesta: puesto que «estaba fuera de su cuerpo» la puerta no podía representar una barrera para ella. No tenía más que ir hacia delante con resolución, desear estar dentro de la casa, y dentro estaría. Después de un momento se dio cuenta que había unas cuantas personas en la casa. En consecuencia centró su pensamiento en la personalidad de su amigo y cuando acertó a singularizar el particular sentimiento de su presencia, lo siguió a medida que se hizo más fuerte, hasta la siguiente habitación. Luego subió la escalera y llegó a otra puerta cerrada. Una vez más, llevada por la experiencia, pensó que avanzaría sin obstáculos, pero en esta ocasión, a pesar de sus esfuerzos, no tuvo éxito

---

<sup>3</sup> Técnicas básicas de proyección de Nephesh y Ruach. Véase Libro III

inmediatamente. Consideró entonces deliberadamente su intención de llevar a cabo un trabajo de curación que era el propósito que la había hecho llegar hasta allí. Y redobló sus esfuerzos para entrar. Al fin tuvo éxito, pero, según puntualizó, «era como ir a través de un tamiz de malla fina». Cruzó la habitación, se fijó en una lámpara de mesilla que más tarde describiría con precisión, y observó a la persona que yacía en la cama. Obligándose a sí misma a ver bajo la superficie, llegó a una conclusión acerca de la naturaleza de su enfermedad y después llevó a cabo su tarea de curación. De su vuelta a casa apuntó que únicamente recordaba el momento en que se encontró al lado de su propia cama observando a su cuerpo inconsciente. Después, se inclinó sobre él y, para decirlo una vez más con sus propias palabras, «en un momento yo miraba hacia abajo, y luego hubo una especie de clic y me encontré con que estaba mirando fijamente al techo, tumbada en mi cama boca abajo». A la mañana siguiente, en el trabajo, su amigo le dio las gracias por «lo que ella había hecho», y le dijo que era la primera mañana en varios meses que había podido comenzar el día sin digitalina. Hubo también evidencias posteriores acerca de la autenticidad de la mejoría de su estado.

El relato de Laura, pues, nos da una visión lo más directa posible de los niveles de experiencia en los que la mente puede operar sin ayuda del cerebro físico. Con respecto a la limitada capacidad descriptiva mencionada anteriormente, cuando terminó su historia, se le preguntó a Laura por qué había sentido que era necesario hablar de esa manera. Ella replicó que había hablado tal como se había sentido en el momento del suceso porque quería estar segura de no añadir nada. Su pensamiento había sido muy simple durante la experiencia, porque se había sentido más o menos como si estuviera parcialmente aturdida: «En el caso de haber sido golpeada en la cabeza sin sentir ningún dolor o malestar por ello, pienso que me habría sentido como lo hice cuando estaba fuera de mi cuerpo. Es como una especie de estar continuamente volviendo a la realidad.»

En otras palabras, Laura tenía la impresión de que su sentido de continuidad había sido dañado ligeramente como en una contusión leve. Esto es interesante comparando casos de otras personas que se diferenciaban del de Laura en que estas personas no eran asiduos viajeros astrales, sino que achacaban sus experiencias aisladas de conciencia separada a caídas, delirios (por ejemplo en la malaria) o a circunstancias similares.

En las investigaciones, no se encontraron datos comparables en la historia de Laura, puesto que tanto ella como sus padres gozaban de vigorosa salud, y ninguna de sus experiencias de conciencia extracorpórea se había asociado a ninguna enfermedad, accidente o droga. En todos los casos, ella simplemente se había ido a la cama como de costumbre, ni tan siquiera una premonición de lo que iba a ocurrir. Por tanto, puede proponerse con tranquilidad que el estado mental «conmocionado» que Laura describe era un efecto, y no una causa, de la separación de la conciencia de su cuerpo.

Percibimos, pues, que su mente busca pero no encuentra el acceso al índice cerebral que le es familiar. Desde el punto de vista psicológico interesa destacar que al ser privado de dicho material, el veto inculcado a cruzar la carretera con desprecio de las señales de tráfico impone considerablemente mucha mayor autoridad de la que tendría sobre su forma normal de pensar. En circunstancias ordinarias, su sentido práctico no hubiera dudado en cruzar una carretera a todas luces desierta sin hacer caso alguno de las señales, pero en su estado de proyección, la autoridad de los semáforos tiene que ser racionalizada, de modo que Laura incluso olvidó que era ahora *menos* vulnerable al daño material que con su cuerpo físico. De nuevo encontramos sus dudas acerca de cómo entrar en la casa. Es evidente que, aparte de cualquier otro aspecto de la cuestión, si exceptuamos a las sensaciones amnésicas percibidas de un modo leve y fugaz, a Laura no le pareció que su conciencia en su cuerpo astral fuera esencialmente diferente de la correspondiente a la situación cotidiana en su cuerpo físico.

Algo muy diferente tiene lugar cuando intenta entrar en la habitación de su amigo. Es un hecho bien conocido que el desarrollo de las facultades superiores da al aura una cualidad resistente que la permite repeler a visitantes astrales extraños. Sin embargo, es en verdad raro que el visitante repelido nos dé una versión que coincida con este punto de vista. Es digno de mención que el límite de la barrera psíquica es identificada en este caso concreto, probablemente con acierto, con el obstáculo de la puerta material<sup>4</sup>. Pero la presencia de Laura no es Hacatea sino Heliónica; y su reacción ante la dificultad es de lo más interesante. Una de las características que dan validez a su historia es que Laura no poseía en absoluto ningún entrenamiento o conocimientos ocultos, ni cuando tuvo la experiencia ni cuando la relató. Aquí está, pues, frente

---

<sup>4</sup> De un modo semejante en otras circunstancias, las barreras y las salidas señaladas por el hombre son efectivas incluso más allá del nivel material. El que entidades no materiales y fuerzas psíquicas acepten barreras materiales que por su naturaleza podrían atravesar es una característica que sucede frecuentemente en tales fenómenos.

a la puerta, con todos los atributos (salvo con su organismo material) de su personalidad total, espiritual, emocional e instintiva. Fortalece espontáneamente sus poderes al realizar lo que solemos denominar una declaración solemne de su propósito mágico. Su propósito es curar: esto estaba claro de un modo tácito cuando declaró que no había ido para hacerle daño o para seducirle. Bastante probablemente, incluso aparte del efecto de su declaración sobre los desarrollados poderes intuitivos del hombre al que se estaba acercando, era necesario que ella deliberadamente recordara sus motivaciones para que sus propios poderes quedaran liberados. Hemos visto cómo dudaba en cruzar una carretera vacía desafiando a las normas de tráfico. El convencionalismo corriente de entrar en el dormitorio de un hombre al que ella respetaba podía muy bien formar parte de su dificultad en traspasar el umbral. El hecho fue que, tras declarar su intención, con un esfuerzo más, fue admitida.

Una vez llevado a cabo su propósito de curación, parece como si su vuelta a casa hubiese sido inconsciente, o más probablemente, fuera simplemente olvidada de inmediato cuando retornó a su conciencia corporal (y seguramente transcurriría sin incidente hasta el momento antes de volver a entrar en su cuerpo físico). Semejante esfuerzo sostenido, como este trabajo nocturno, pudo haber resultado agotador para un practicante sin entendimiento oculto y con muy corta experiencia.

Debemos ahora volver, sin embargo, al desarrollo de nuestra exposición sobre los niveles inferiores de la psique, con sus relaciones e interacciones. A pesar de que para las facultades superiores de la psique es posible actuar por medio de las regiones inconscientes de la Nephesh, esto no es ni adecuado ni deseable para el mago, porque tal acción, al no ser percibida por la mente racional, no puede ser controlada conscientemente y, por tanto, fomentar ese desarrollo tiende a colocar a la misma Nephesh en una posición de dominio sobre la personalidad total. El vehículo correcto de las facultades superiores es la Ruach: ahora bien, si ésta evita cumplir con dicho propósito (y la razón consciente presenta una resistencia muy real a subordinarse a ningún tipo de autoridad), entonces, lejos de mantener su ascendencia sobre la Nephesh, la Ruach va perdiendo imperceptiblemente esa dignidad natural. Por muy hermoso que sea, sin duda, el mundo de Nephesh, por muy inagotablemente misterioso, aún así no se la puede permitir que gobierne la vida entera de aquél que ha puesto el pie sobre el sendero de Retorno. Debe, sin embargo, dejarse sitio para ella, tanto para su correcto desarrollo como para el placer y bienestar de todo el ser. Además, el estudiante necesita conocer su carácter por experiencia práctica. Pero la dirección en la que la Nephesh opera es contraria a la corriente de la evolución, contraria al camino de la integración. De ahí que ponerse uno mismo totalmente bajo su dominio sería, para la mayoría de los que han alcanzado algún conocimiento de lo oculto, como negar el propósito de la encarnación y sería contrario a la búsqueda de la Verdadera Voluntad. Aquí la advertencia va fundamentalmente dirigida a aquellos que quisieran sumergirse en la atracción de las esferas elementales, o que quieren perseguir una fascinación similar por medio de las drogas. Pero hay para la vida mágica también peligro en los patrones de conducta, completamente «respetables» pero vacíos y sin propósito, seguidos por esa mayoría que carece del conocimiento oculto. El estudiante de magia no puede aceptar sus normas. Tales vidas están gobernadas por impulsos de masa, meramente instintivos y emocionales hasta un punto mucho más allá de lo que generalmente se cree. Por supuesto que no es porque la Ruach sea inoperante en ellos, sino porque como no implica a ninguna de las facultades superiores, fracasa en su propósito. Sin embargo, el mago, el poeta, el artista a los cuales la sociedad mira con sospecha, como si vivieran en el mundo de los sueños, deben, si es que quieren llevar a buen término sus obras, gobernar y dirigir sus mundos de sueños por medio de las facultades superiores que actúan a través de la Ruach, como el auriga que conduce a su tipo.

## CAPÍTULO II

### EL CUERPO ASTRAL Y EL CUERPO MENTAL

El hombre encarnado existe simultáneamente en los cuatro planos del universo, aunque su grado de conocimiento de dichos planos esté limitado por su condición. El cuerpo físico es de la materia del Mundo de Assiah, y está sujeto a las condiciones de vida y de existencia de ese mundo: viene al ser, crece hasta su madurez, se sumerge en la muerte y desaparece. Es capaz de reproducirse y combina también en sí mismo todos aquellos sentidos y facultades con los cuales es capaz de crear o de llevar a cabo cambios en los fenómenos del Mundo de Assiah. Como es bien sabido, en condiciones psicosomáticas, el cuerpo físico está influenciado, a veces hasta un extremo considerable, por factores no materiales, mientras que existen también muchas formas mediante las cuales el cuerpo físico puede a su vez afectar a las funciones de la Nephesh, e incluso de la Ruach.

La Nephesh, que es una parte de la Luz Astral, es a menudo llamada cuerpo astral o Astrosoma. A veces se la denomina también cuerpo etérico, mientras que el término «etérico» se reserva en muchas escuelas de pensamiento a aquella región inferior de la Nephesh a la que nosotros preferimos designar como el «bajo astral» y que está directamente vinculada con el cuerpo físico. Esta distinción es útil cuando, por ejemplo, describimos el estado de la psique en proyección o en la muerte, porque entonces es cierto que tiene lugar una división entre los dos niveles del cuerpo astral. El término «Partir la Luna» que otras escuelas aplican al proceso de la proyección indica un reconocimiento de que las partes así separadas no lo están intrínsecamente, sino que ambas comprenden el nivel de la psique que pertenece al mundo astral o «Esfera Lunar». Aparte del fenómeno de la proyección o de la muerte, el astrosoma funciona como un todo, y sus niveles se interpenetran hasta un punto que varía de individuo en individuo y de ocasión en ocasión<sup>5</sup>. Se considera correctamente al astrosoma como si fuera un «cuerpo», ya que se corresponde con el físico hasta sus más mínimos detalles, y también porque es una de las partes de la personalidad total que actúan como vehículo de las facultades superiores. Sin embargo, el astrosoma tiene ciertas características distintivas propias. En él, y en correspondencia con la mayoría de los centros neutrales y glandulares del cuerpo físico, se encuentran ciertos Centros de Actividad, a los principales de los cuales nos referiremos más adelante en el capítulo V. Estos centros principales no son, sin embargo, los únicos que existen en el cuerpo astral, el cual, cuando estos centros son vistos mediante clarividencia, puede darnos una impresión de conjunto que se asemeja mucho a un complicado cruce de vías visto por la noche, destelleando con señales luminosas de diferentes colores y de intensidades ampliamente variables, con el reflejo aquí y allá de uno o más de dichos colores sobre una línea imaginaria que los conecta a todos. A pesar del carácter cambiante de la Nephesh —lo que hace que la sustancia astral permanezca en un continuo estado de fluctuación (en respuesta, por ejemplo, a estímulos emocionales, a la influencia de la salud corporal o de ejercicios espirituales)— puede decirse que ella tiene con respecto a sus principales rasgos al menos la estabilidad de su cuerpo físico. Asociada con el cuerpo astral tenemos el aura, una emanación de energía de la personalidad total irradiada por el cuerpo astral: nos referimos a ella técnicamente como el campo de fuerza Beta, mientras que su contrapartida física sería el aura eléctrica o campo de fuerza Alfa, que es irradiada por el organismo físico. Muchos de los fenómenos que comúnmente se creen de origen psíquico están, de hecho, producidos por el aura eléctrica, mientras que las facultades verdaderamente psíquicas tienen su asiento en la Nephesh. En esta obra, el término «aura» se usa para designar el campo de fuerza Beta. Al igual que la Nephesh, el aura responde a toda influencia, cualquiera que sea su nivel de origen. Cuando la psique queda infundida con energía de una vibración espiritual elevada, el aura (o Argyrai-gis, para darle ahora su título esotérico) se convierte en una barrera protectora que excluye con efectividad toda fuerza Yetzirática externa de una vibración inferior a la suya propia. Sin embargo, a voluntad del mago, la esfera de sensación<sup>6</sup> es puesta en sintonía

---

<sup>5</sup> El nivel de conciencia que marca con fines prácticos el límite entre los dominios de la Ruach y de la Nephesh en una persona y en un momento dado, es de hecho ampliamente variable. La conciencia puede llegar a descender muy hondo con una introspección habituada a ello, mientras que, por otro lado, todo el área emocional de la Nephesh está tan sujeta al poder del inconsciente como las resacas litorales de Limna al poder de la diosa del Océano Dictynna (véase Eurípides, Hipólito).

<sup>6</sup> Otro nombre del aura (N. del T.).

con influencias externas del mundo Yetzirático, y de este modo puede admitirlas.

Una característica de lo astral cuando en proyección es el «cordón» que le une con el bajo astral, o sea aquella parte de la Nephesh que debe continuar en contacto inmediato con el cuerpo físico mientras que este último continúe con vida.

En la proyección, el vínculo se mantiene aunque puede no ser notado, especialmente cuando la distancia entre el cuerpo físico y la presencia astral provoca una considerable atenuación del «cordón». Frecuentemente participa en la proyección una cierta proporción de la sustancia del bajo astral, y cuando ésta es excesiva se produce una «hemorragia astral» (ver el Libro III).

La envoltura mental, el Noemasoma, tiende a ser percibida con la apariencia externa del sujeto, pero tiene una luminiscencia particular que varía en grado con el individuo. Normalmente no se la llama «cuerpo», porque la mayoría de la gente supone que la Ruach es la «verdadera identidad» que es conducida por los vehículos material y astral, pero participa en la forma corpórea en virtud de su relación causal<sup>7</sup>, a través de la Nephesh, con el cuerpo físico, así como en virtud de esos niveles más sutiles de la Nephesh que están prácticamente asimilados al nivel mental. La psique no es un sistema de límites drásticamente definidos.

Particularmente difícil resulta definir el límite entre Ruach y Nephesh cuando observamos aquellas emociones altamente evolucionadas que, en su plenitud, pertenecen claramente al dominio de la Ruach, pero que, sin embargo, se originan en las regiones inconscientes de la Nephesh. En estas regiones de tan problemática delimitación encontramos los grandes amores y las creaciones estéticas de la humanidad, así como ciertas emociones con un matiz moral como ira o compasión. Por supuesto que no puede olvidarse que, sin importar la conclusión a la que lleguemos acerca de cuál es el origen de todas estas cosas, hay una persona total que las anima o manifiesta, no una parte de la psique o del cuerpo material de esa persona. Es Hipólito, no su lengua o su corazón (a pesar de sus protestas), quien le jura a Fedra que su secreto será respetado. De igual manera, fue la personalidad total de Renoir la que produjo las pinturas de Renoir, y no meramente una pieza, bien que importante, de su anatomía a pesar de su convincente respuesta sobre la cuestión a Modigliani. Para el mago, no obstante, es de gran importancia un entendimiento de los motivos y de las estructuras de la psique, para ayudarle a determinar si su trabajo en particular debe ser llevado adelante y, de ser así, por qué medios y a qué nivel puede ser completado con más eficacia. También con el propósito más amplio de permitirle ver el lugar que dicho trabajo, y que cualquier trabajo, ocupa en el plan particular de su vida actual, con alguna luz también, si ello es posible, acerca del lugar de ésta en su desarrollo cósmico.

Es de desear también la mayor claridad posible para evitar esa confusión de personas y de niveles a la que las operaciones de la Nephesh tiende especialmente, incluso cuando a través de estas facultades se produce (por poner un ejemplo) una predicción que es fundamentalmente verdadera y que trasciende el marco de la mera conciencia. La imaginación creativa puede enredarse torpemente, mezclando verdad con fantasía; o también, el sistema nervioso puede enredarse con las facultades de la Nephesh de modo que lo que se percibe mentalmente o imaginariamente tiende a ser también experimentado a nivel físico. Todas estas confusiones, de las que podemos encontrar una plétora de ejemplos, son síntomas de falta de entendimiento y de comprensión, y de ahí que sean características de los niveles inferiores de la «experiencia psíquica». No obstante, hemos seleccionado dos para ilustrar algunas de las cuestiones implicadas. Uno de ellos se refiere a un sueño profético, suficientemente detallado y exacto como para alejar cualquier posibilidad de coincidencia, pero con diferencias materiales entre el sueño y su cumplimiento.

En sus días de estudiante, Henry W. se había sentido fuertemente atraído por una joven de personalidad y aspecto muy vitales, que acababa de embarcarse en la carrera de secretaria.

---

<sup>7</sup> La formación involucionaria primitiva de la psique humana parte de un impulso de la Yechidah en la Mente Divina, y de ahí son proyectadas a su vez la Chaiah, la Neshamah, la Ruach, y de ésta la Nephesh y, finalmente, el cuerpo físico, vehículo de la encarnación; por tal razón el escolástico suele decir que el alma es la «forma», esto es, la pauta o prototipo del cuerpo. De este modo, por tanto, encontramos que, cuando la involución da lugar a la evolución y el organismo humano busca su plenitud espiritual, ciertas pautas primarias se muestran como si hubieran sido «establecidas» desde el principio. Vemos cómo el nivel instintivo de la Nephesh es en parte estimulado y en parte reforzado por las reacciones físicas, nerviosas y glandulares; vemos cómo el nivel emocional se desarrolla a partir de los instintos, pero al mismo tiempo se desarrolla dentro del nivel superior preexistente de la Nephesh, y del mismo modo sucede con la Ruach. Luego, la Ruach, bajo la influencia de la débilmente percibida Neshamah, debe desarrollarse más.

Sin embargo, dos de las cualidades de Silvia le asustaban: su intensidad emocional y su posesividad. Así pues, llegó a la conclusión de que a toda costa debía romper este encaprichamiento, y tan pronto como se le presentó la oportunidad, se marchó al extranjero durante unos años. Durante ese tiempo, los nuevos escenarios y rostros, además de una nueva experiencia amorosa, le mantuvieron tan ocupado que pudo dedicar pocos pensamientos conscientes al objeto de su antigua obsesión. Pero una noche, poco antes de la fecha en la que tenía previsto regresar, tuvo un sueño acerca de ella singularmente claro y detallado. En su sueño él iba caminando por una calle, cuando inesperadamente Silvia salió a su encuentro. Llevaba una ropa de un tipo y color que nunca hubiera asociado con ella: una elegante bata de seda color azul con aguas, bastante escotada, y una falda larga y amplia. Su rubio cabello, que él recordaba corto, le caía ahora hasta los hombros. Estaba encantado de verla y entablaron una agradable conversación acerca de sus viajes, hasta que de repente un chico, de aproximadamente diez años de edad, que no se parecía a nadie que él conociera, se apareció también y le dijo: «Si la conocieras realmente no querrías tener nada que ver con ella.» Henry preguntó cuál era la razón y el chico replicó claramente: «Ella está viviendo como la concubina de su anterior jefe.» Inmediatamente después en el sueño, Henry se volvió hacia Silvia y le preguntó si era verdad. Ella no contestó. Él la intentó obligar a hablar. Al final la agarró por el cuello exigiéndole una respuesta. Ella cayó limpiamente al suelo, y él se dio cuenta de que la había asesinado. Se despertó estremecido por este horrible sueño, y se encontró con que se estaba desencadenando una violenta tormenta: de hecho los rayos habían caído sobre varias tejas del propio tejado de su casa, justo sobre la habitación en la que dormía. Reflexionando, se sintió inclinado a atribuir su sueño enteramente a la tormenta, pero poco tiempo después se le presentó la oportunidad de discutir el asunto con un amigo que tenía experiencia en el sistema Junguiano y le contó todo. No fue difícil interpretar los diferentes elementos del sueño de la forma usual: una chica joven, atractiva y de mentalidad progresista, abriéndose camino en el mundo, era seguro que iba a causar cierta ansiedad suprimida, por no decir celos, a sus amigos y admiradores, mientras que el papel asignado en el sueño al jefe no era sólo un lugar común melodramático, sino que pertenecía en gran medida al arquetipo del jefe. El atuendo poco familiar que en el sueño llevaba Silvia también tenía su significado. Era azul y de seda *haciendo aguas*, y de una forma que dejaba entrever bastante los hombros y el busto mientras que ocultaba completamente las piernas. Este detalle y su largo cabello la identificaban con una sirena, y el carácter de una sirena representaba exactamente aquellas cualidades que Henry había temido de ella anteriormente: pasiones cambiantes y posesividad. Más aún, esta identificación innegablemente explicaba el encaprichamiento de Henry de un modo suficiente: él había aceptado inconscientemente la figura de Silvia como representante del Anima en su psique, y éste era el aspecto marino del Anima como la Gran Madre. El niño del sueño era una figura del *puer aeternus*, que parece con bastante frecuencia en sueños y que no necesita mayor explicación: aquí se nos muestra como una figura infantil de completa inocencia, sin parte deliberada en la tragedia resultante de sus palabras. Esta tragedia, que era mera ficción, contenía un aspecto de importancia: Henry, un joven siempre estudioso, debía tener cuidado de que su resentimiento hacia la Silvia simbólica no degenerara en un resentimiento de su intelecto racional contra el Anima inspiradora. Henry sintió que todo esto encajaba, y después de haber consignado su sueño por escrito a efectos de tal discusión, prácticamente lo olvidó.

Después de algunos meses volvió a casa, y habiéndose establecido de nuevo, un día se sintió vencido por un impulso a llamar a la oficina en la que Silvia había trabajado y preguntar por ella. Una voz de chica respondió: «Ya no trabaja aquí, pero puedo facilitarle un número en el que se la puede encontrar casi todas las tardes.» Así que Henry entró en contacto con Silvia de nuevo y acordaron una cita.

Él la vio llegar por una calle de un modo similar a su sueño, pero ella llevaba un elegante traje negro, y su cabello, aunque realmente se lo había dejado crecer, estaba recogido en un moño alto a la moda. Una vez que hubieron intercambiado los saludos, ella le invitó a casa a tomar café, y le condujo a un confortable apartamento. Como ya le había contado las noticias más importantes, le acomodó frente a la televisión con el café, y salió de la estancia para cambiarse su ropa de calle. Henry pasó la mayor parte del tiempo contemplando atónito la habitación en la que se encontraba, con su pesado mobiliario y sus paredes con hileras de libros. Pero su asombro fue pequeño en comparación con el que experimentó cuando al rato Silvia volvió a entrar en la habitación, con sus cabellos cayendo en suaves hondas hasta los hombros, y vistiendo su esbelta silueta con la misma larga bata escotada de moiré azul con la que él la había visto en su sueño. El consiguiente razonamiento acerca de lo que estaba pasando era que no lo podía aceptar. Se aferró a pensar que si miraba a la ropa de un modo diferente podría encontrar que el color, o la forma, o el tejido eran en realidad diferentes a los de su sueño, pero por mucho

que lo intentó no pudo llegar a convencerse de que existiera ninguna diferencia. Era la misma ropa.

A pesar de su preocupación, aún encontraron mucho de qué hablar hasta que, de repente, Silvia miró al reloj. «Henry, tengo algo que decirte. Este no es mi apartamento. En realidad he vendido el mío porque pasaba muy poco tiempo en él. Yo...»

«Tú estás viviendo como la concubina de tu anterior jefe», Henry oyó su propia voz hablando de una manera curiosamente automática.

«¡Qué divertida pomposa manera de decirlo! ¿Cómo lo sabes? Bueno, supongo que las chicas de la oficina lo sabrán después de todo. ¿Estás furioso, Henry? Por favor, no lo estés.»

Henry no estaba furioso. No experimentó nada de la rabia que le había poseído durante su sueño: simplemente se sintió algo mareado, sorprendido y desamparado. En cualquier caso, antes de que pudiera formular alguna respuesta apropiada la puerta se abrió, y entró un hombre de mediana edad, impecablemente vestido. Rápidamente Silvia los presentó: «¡Ah. Henry, el antiguo novio de Silvia!», dijo el recién llegado, extendiendo la mano en gesto cordial. «He oído hablar mucho de ti. ¿Qué le has dado para beber? ¿Café? Debemos hacer algo al respecto...»

Henry nunca la volvió a visitar, y nunca más la volvió a ver, pero al menos nadie mató a nadie, de modo que el incidente más vívido y dramático de su sueño no llegó a suceder. Es interesante el que el hecho de que muchos detalles de su sueño fueran comprobadamente proféticos, no disminuye lo más mínimo la calidad de la interpretación que le habían dado anteriormente. La persistencia de su atracción por Silvia indicaba que era para él, de algún modo, una verdadera imagen del Anima. Y fue la Silvia con la que él tenía esta extraña afinidad, la que probablemente escogió el moiré azul porque sentiría que era «apropiado» para ella. La larga falta y el busto descubierto son tan característicos de la Diosa como lo es la figura de la Sirena, tal como testifican ejemplos Minoicos y Célticos. Sin embargo, fue ciertamente a través de los niveles inconscientes de la Nephesh como el verdadero mensaje fue llevado hasta la conciencia de Henry. Un síntoma de esto es el lenguaje «divertido, pomposo», lenguaje que Silvia hizo notar. La Nephesh se caracteriza a menudo por formas de expresión pasadas de moda e incluso ritualísticas: nos recuerda continuamente de un modo u otro sus vínculos, a través del inconsciente colectivo, con toda la historia pasada de nuestra raza, incluso de nuestro mundo. En cuanto al alto componente femenino de la psique, el Anima, hay que destacar que, de hecho, Henry no perdió la cualidad «inspiracional» por el hecho de haber roto definitivamente con Silvia. En este sentido debemos puntualizar aquí que aunque muchos junguianos contemplan el papel de inspiradora como perteneciendo intrínsecamente al Anima (o al Animus en el desarrollo de la psique del tipo femenino) hay algo más que decir sobre el asunto, como se explicará más adelante cuando hablemos de las facultades superiores. Mientras tanto, volviendo al sueño de Henry, sospechamos que la muerte de Silvia presagiaba la deposición de su imagen del lugar que ocupa como representativa del Anima. Podemos también sospechar, por la violencia del sueño, un cierto grado de rebelión por parte de un instinto de agresividad suprimido, en compensación por la certeza de que en la vida real el joven altamente civilizado e intelectualmente desarrollado reaccionaría de un modo completamente distinto. A pesar, sin embargo, de estos evidentes factores subjetivos (incluyendo la figura del muchacho como mensajero entre los mundos consciente e inconsciente, como un joven Hermes, e incluyendo asimismo otras confusiones menores que no necesitan ser repetidas) permanece la cualidad esencialmente profética del sueño. Es en verdad posible que la gran tormenta que se había desatado hubiera sido la causa inmediata de ese momento de verdadera visión, del mismo modo que un golpe físico puede dar lugar a un período de proyección astral. ¿Quién, realmente, sabe cuán fraccionario pudo haber sido el desplazamiento de los elementos por el cual Henry escapó a la muerte cuando el rayo cayó en las tejas de sobre su cabeza? O ¿cuán grande debió haber sido el shock para su aura extendida?

Nos detenemos ahora en las experiencias en estado de vigilia de la Sra. D., clarividente natural que se retiró hace algunos años, pero cuyas capacidades y limitaciones son por igual muy interesantes. Hemos considerado relevantes unos pocos detalles biográficos para darnos cuenta de cómo a menudo este tipo de psiquismo lleva asociadas energías que se mueven muy poderosamente y en estrecho contacto con la naturaleza.

La Sra. D. había nacido en un pueblo de uno de los distritos de Gales más remotos. Era psíquica en cierto modo desde su infancia, pero esto no era visto como algo poco frecuente en su comunidad, y ella trabajó, creció, y a su debido tiempo cortejó, como todas las demás chicas. La forma de pasar el tiempo durante su noviazgo fue, sin embargo, algo poco usual, incluso en aquella región. Las agrestes montañas que rodeaban al pueblo eran el lugar tradicionalmente aceptado para las citas de los amantes, y, merodeando por aquellos lugares, la joven y su enamorado encontraron un día una hermosa cascada, poco conocida, a la que ellos

inmediatamente tomaron como «suya». Al lado de la charca formada al pie de la caída, se habían apilado gran cantidad de cantos rodados, arrastrados por la corriente en tiempos pasados. Y esta esforzada pareja, en lugar de simplemente retozar al sol como los jóvenes amantes de Kingsley «en la espesura de Airlie Beacon», pasaron sus días de noviazgo reuniendo los cantos rodados (y dispersando las numerosas colonias de arañas, que habían morado durante largo tiempo sin ser molestadas) para construirse una casita cerca de la catarata, juntando las piedras sin mortero a la usanza inmemorial de su gente. Esta casita a la que dieron el nombre galés equivalente a «Castillo de las Arañas», se convirtió en su hogar cuando se casaron, y a medida que la familia aumentaba, sencillamente hacían añadidos a la construcción. Incluso allí, con sus días ocupados en el trabajo de mantener la casa y de cocinar en condiciones absolutamente primitivas, la Sra. D. empezó a ser visitada por gente que pedía consejo o que quería que le adivinaran el futuro. Llegó el momento, con los hijos crecidos y ya viuda, comenzó a hacer caso de la invitación de algunos de sus parientes, apoyada por una convicción interna de que por ese camino podría prosperar. Empaquetó sus escasas pertenencias y, dejando el «Castillo de las Arañas» a sus anteriores habitantes, partió para las Midlands inglesas. Allí, en las afueras de una ciudad industrial, unas cuantas predicciones bien juzgadas la posibilitaron el establecerse en pocos años como clarividente de reputación creciente. Incluso en esto no eligió nada de particular. Su método ostensible consistía simplemente en leer en los posos de té. Sin embargo, una somera investigación era suficiente para atisbar que el modo en que la Sr. D. usaba una taza de té, estaba mucho más cerca de mirar por la bola de cristal que de los métodos empíricos que usan muchos de sus colegas. Las hojas de té, que percibía únicamente al principio de la lectura, actuaban como un punto de partida para su imaginación visual. La intensidad de su visión rápidamente llegaba a ser alucinatoria, de modo que ella podía declarar, sin ninguna duda, que las escenas y personas que describía podía verlas dentro de la taza de té. Esperaba que sus consultantes fuesen capaces de ver lo mismo que ella, y cualquier vacilación o expresión de duda podía ponerla tan excitada que incluso la continuación de la consulta estaba amenazada.

A menudo la precisión y el detalle de sus predicciones eran de muy alto nivel. Por ejemplo, en aquellos primeros días en los que empezaba a ser conocida, recibió una visita de un hombre joven que iba con un traje de tweed<sup>8</sup> y un sombrero de hongo, y que le pedía una lectura. Apenas se necesitaba ningún talento especial para deducir su profesión, y cuando la Sra. D. le dijo que era detective comenzó a hacer ademán de marcharse, sintiendo que había sido frustrado en su propósito. «Siéntese otra vez», le dijo la Sra. D. «Estás al principio de tu carrera, y éste es tu primer trabajo en traje de paisano. Creo que deseas ayudar a la gente, y te voy a decir dos o tres cosas.» Comenzó con la lectura, hasta que de pronto una oscuridad descendió sobre ella y en lugar de ver lo que debería pasar, sintió como si una parte de su conciencia estuviera viviéndolo: «Estoy en un bosque de noche», dijo, «Estoy esperando a alguien —a algunos hombres que quieren asaltar una gran casa que hay cerca. Estoy atenta al más mínimo ruido— ¡oh!, alguien me sujeta por detrás. Me está golpeando en la cabeza, pero yo también le agarro a él. Estoy gritando pidiendo ayuda, y oigo a otros hombres que escapan. El que me tiene a mí forcejea también por verse libre, pero yo le sujeto y sigo gritando mientras él me pega. ¡Oh, qué dolor en la cabeza! —pero no debo dejarle escapar, ¡no debo dejarle escapar!—. Después llega la ayuda. ¡Estoy salvada!» Abrió los ojos y miró aturdida a su visitante. «Eso es todo lo que puedo decirte: pero debes recordar cuando llegue el momento, que *no debes dejarlo escapar.*»

Y sucedió exactamente como lo había descrito: el joven detective casi se vio vencido por su asaltante en el bosque, pero las palabras de la Sra. D. le volvieron a la mente y le agarró a pesar de la lluvia de violentos golpes que caía sobre su cabeza. Fue ascendido y se reconoció su coraje, y la Sra. D. recibió una valiosa carta que certificaba que no era «adivina» sino una verdadera clarividente.

Uno de los rasgos más interesantes de su trabajo era su facilidad, como se ilustra en este episodio, para verse afectada por el dolor físico asociado con el problema sobre el cual tenía que adivinar. Casi nunca, dijo, era un dolor que el consultante tuviera en ese momento. Más bien era un dolor que la persona tendría en el futuro, o más a menudo, que alguien cercano a esa persona estaba sufriendo ya, «Ven a verme con reuma, dolor de cabeza, dolor de muelas, lo que te parezca», solía decir, «pero si tienes en casa a alguien sufriendo de tales males, entonces por favor no te acerques, ¡o yo también tendré que sufrirlos!» Una de las características que demostraba inconscientemente así era el nivel astral extremadamente bajo al que operaba su clarividencia, así como su estrecho vínculo con el sistema nervioso físico. También una particularidad que es de algún modo semejante a la encontrada en comprobaciones de PES (cartas Zener): una cantidad de sujetos dan habitualmente la carta siguiente a la que se va a girar,

---

<sup>8</sup> N. del T. Típico tejido de lana inglés.

o la inmediatamente anterior, cuando el objeto del ejercicio es obviamente nombrar la carta que se gira en ese momento. Es como si lo que estuviera sucediendo en el momento presente se usara por la motivación inconsciente sólo como una valla a saltar, como un trampolín para lo que está más allá. La historia de la lectura del té del detective se ofrece aquí casi literalmente tomada de las reminiscencias personales de la Sra. D., pero ha sido comprobada independientemente hacia cierto punto, y es, para todos los efectos, completamente consistente con todo lo que se ha podido conocer acerca de esta extraordinaria mujer. Nuestro propio investigador no hizo intentos de engañarla y «se sentó» en algunas de sus lecturas, que eran informales hasta cierto punto, siendo casi todos sus consultantes personas de la vecina área industrial. Una serie de sucesos interesantes tuvieron lugar pocos años antes de que se retirara la Sra. D. Un día le dijo confidencialmente a nuestro investigador: «Creo que tendré que cerrar pronto este negocio, porque está afectando a mi corazón. ¿Has oído alguna vez que adivinar por la taza de té dañe el corazón de una persona?»

Tranquilizada al respecto, continuó: «Yo no sé lo que es, entonces, pero no creo que lo pueda aguantar mucho más. Siempre sucede cuando voy a hacer una lectura, no en cada lectura y no cada día, pero sí unas cuatro o cinco veces a la semana —estar justo en medio de una lectura, y ver cosas bonitas y agradables casi todas, cuando de repente, ¡bang!, es como un gran estallido sin ruido. Todo se pone oscuro y yo siento que no estoy allí sentada por más tiempo, siento que caigo en una enorme neblina: pienso que por un momento pierdo la conciencia. Luego me esfuerzo por volver y ahí estoy en mi silla y no ha pasado ni un minuto, pero es tan horrible que me horroriza, y lo peor es que se presenta sin avisar.»

El cuadro se asemejaba de tal modo al de una afección cardíaca que nuestro investigador recomendó a la Sra. D. que se sometiera a vigilancia médica. Pero un desconcertante chequeo encontró que esta sexagenaria, que en su momento había dado a luz a nueve hijos sin asistencia médica, era una mujer increíblemente sana para su edad. Lo único que pudo recetarle fue un mes de vacaciones. Y así lo hizo, y durante ese tiempo no tuvo ataques. Sin embargo, tan pronto como volvió con las lecturas, éstos empezaron de nuevo, pero sólo por poco tiempo. Una noche, una gran explosión en una de las fábricas sacudió al distrito entero. Se rompieron ventanas por la onda expansiva hasta una distancia considerable. Las víctimas mortales y los heridos se contaban por cientos. Casi todos hombres, porque el turno de noche estaba trabajando en ese momento. Los «ataques al corazón» de la Sra. D. cesaron en el acto. Las lecturas que había hecho cuando éstos tenían lugar eran todas para las mujeres de los hombres afectados por la explosión. De todos modos, la experiencia la intranquilizó considerablemente. No podía olvidar la posibilidad de que algo similar pudiera pasar de nuevo. Después de un par de años sacó todos sus ahorros de debajo de una tabla del suelo medio suelta y se compró una casa de campo en su tierra natal, más confortable que el «Castillo de las Arañas». (No podemos dar todos los detalles de su horóscopo pero tenía el Sol natal en Leo, ascendente Cáncer, fuerte Neptuno en Aries y Urano en Leo, para información de los interesados por la Astrología.)

No es solamente al estudiar una clarividencia de este tipo cuando nos encontramos con la transferencia involuntaria de sensaciones físicas de una persona a otra. Los «curanderos» no entrenados o mal entrenados son especialmente propensos, e incluso algunos de ellos acarician la creencia errónea de que la participación en las «condiciones» del paciente es una prueba de la eficacia de su trabajo. En realidad esto no prueba nada, aunque indica una probabilidad de que se haya establecido un contacto con el nivel del bajo astral. Del mismo modo que un dolor de cabeza no es algo cuantitativo, el hecho de que el «curandero» soporte una cierta parte de él no reduce necesariamente el dolor del auténtico enfermo en una sola punzada, aunque el contacto astral mismo, que en estos casos está marcado por la transferencia, puede por varias razones causar alivio real. Debe quedar claro a los que operan de esta forma, que la transferencia de síntomas del modo descrito no es ni necesaria, ni deseable. Más bien nos señala a una técnica errónea en la que las energías personales del operador se mezclan con las del beneficiario; y si se emprende semejante trabajo, se necesita un método apropiado que prevea la transformación de todas las energías que entran o dejan la psique, a la vez que su reabastecimiento adecuado desde las fuentes superiores. Cuando el nivel de la operación se lleva a cabo de esta manera, el receptor frecuentemente ve su beneficio muy incrementado, mientras que los efectos dolorosos y agotadores que la operación tiene sobre el operador cesarán completamente. El tema de la curación psíquica es extremadamente complejo, y los métodos de los diferentes operadores muestran variaciones considerables e involucran principios muy diferentes. Es mencionada aquí fundamentalmente por su relación con otras cuestiones. Si, por ejemplo, un paciente puede sin querer causar síntomas físicos a un curandero descuidado o, incluso a distancia, a un clarividente no entrenado, entonces, ¿cuál es la probabilidad de que un ser humano o una entidad

desencarnada pueda, con intención, causar cambios por medios no materiales, en la psique de otro ser humano?

Esta es una cuestión de gran importancia en la historia de la psicología mágica, habiendo sido debatida desde la Edad Media por lo menos. Podemos tomar como ejemplo, para clarificar el exacto alcance del debate, la cuestión de las maldiciones impuestas solemnemente. Para ponerlo de una manera general: A, con un motivo de queja contra B, real o imaginario, declara solemnemente, asistido o no por actos rituales, que B deberá morir o sufrir algún daño o pérdida, de una manera determinada o en un plazo fijados. B, en un número de casos, muere o sufre tal y como A declaró: bien porque 1) B iba a morir o sufrir de aquel modo en cualquier caso, y A, quizás «fuera de sí», en un acceso de rabia o de dolor, previó el hecho, o 2) que B conociera conscientemente las declaraciones de A y adecuara su comportamiento mediante un proceso inconsciente de aceptación interna, o 3) las palabras o las acciones rituales fueran en sí mismas potentes para afectar al cuerpo mental, o al astral o al cuerpo físico de B sin su conocimiento consciente. Es conveniente incluir bajo este apartado también a la posibilidad de que alguna fuerza desencadenada actuase por medio de A. Existe otra posibilidad 4), la de la pura coincidencia, por la cual la declaración de A en modo alguno sería la causa de la correspondiente conducta ulterior de B, ni la conducta posterior de B sería evidentemente causal de la declaración de A. Estas cuatro opciones pueden ser asimismo aplicadas *mutatis mutandis* a aquel otro apartado favorito de la brujería perenne: el de los sortilegios amorosos: pero existe una quinta posibilidad para complicar el asunto aún un poco más: A, que ha llevado a cabo sin conocimiento de B un rito para ganarse su afecto, puede, de un modo bastante inconsciente, comenzar a comportarse con respecto a B con una confianza en sí mismo muy incrementada y una sutil suposición de intimidad que le hace conseguir una respuesta favorable, suficiente para hacer que el deseado progreso evolucione hasta conseguir el éxito. Por consiguiente, aunque tanto la maldición como el sortilegio amoroso son ejemplos de lo que los medievales tenían por «fascinación», la primera nos da una imagen más claramente definida de un ejemplo de la posibilidad 3), que es el verdadero objeto de nuestra cuestión. No se puede aducir un ejemplo concreto, porque en cualquier caso dado se necesita un conocimiento detallado de los hechos para excluir las posibilidades 1), 2), y 4). Únicamente comentamos estas posibilidades, para puntualizar que incluso manteniendo una actitud de saludable escepticismo contra una aceptación excesivamente fácil de 3), el investigador debe tener cuidado de no irse al otro extremo y aplicar 1) ó 4) cuando estas posibilidades pueden ser absurdas. La 2) necesita y merece una consideración más cuidadosa, porque incluso cuando B actúa porque conoce la declaración de A, el efecto que este conocimiento por *sí mismo* puede producir variará tremendamente de acuerdo con la constitución física y emocional de B. En algunos casos, un sentimiento de culpa por parte de B puede llevarle a echar mano de la declaración de A como una forma apropiada de auto-castigo. Pero en este caso nuevamente hay que tener cuidado con la interposición, porque el asunto por el que B tiene un sentimiento interior de culpa puede no ser en absoluto el mismo que provocó las iras de A. Las «confesiones patológicas», especialmente de asesinato, son un fenómeno bien conocido. Aquellos que las hacen son generalmente criticados como buscadores de publicidad, pero algunos al menos están simplemente buscando un castigo. Estas personas pueden haber cometido crímenes inconfesados, pero es también probable que su sentimiento de culpa se haya desarrollado sobre supuestos falsos, provocado por ejemplo por padres o profesores mal predispuestos o sádicos, produciéndose de este modo un «complejo» sub-racional. La misma posibilidad se presenta cuando alguien acata las instrucciones de una maldición. Sin embargo, cualquiera que sea la causa, esta sumisión interna puede producir fenómenos asombrosos.

Habiendo considerado atentamente estos puntos, aún permanecen un resto de ejemplos bien documentados que parecen ilustrar bastante claramente la posibilidad 3) y descartar las otras, de forma que el único argumento que puede ser esgrimido en contra, como de hecho ha sucedido en ocasiones, es un argumento *a priori* de que dicha influencia es imposible. Este argumento se ha debatido durante siglos.

Y aquí debemos introducir a un pensador medieval de primera magnitud, al cual haremos referencia más adelante en conexión con asuntos muchísimo más elevado que el que en este momento nos ocupa: el persa Ibn Sina, conocido en Occidente como Avicena. Nacido en el 980 de nuestra era, era médico en ejercicio a la edad de dieciséis años, y desde entonces hizo de la filosofía la preocupación preeminente de una vida brillante y llena de sucesos. Estudió extensamente a los filósofos griegos, basando gran parte de su trabajo personal en los neoplatónicos, pero desarrollando sus ideas en parte a la luz de las escuelas Islámicas (entre ellas fundamentalmente la Persa, en la que ya anteriormente a aquella época, los conceptos Neoplatónicos y Maniqueos habían formado una amalgama que nunca sería completamente

asimilada a ningún credo, fuera éste Musulmán, Judío o Cristiano) y en parte a la llama transmutadora de su propio genio. La proposición de Proclo, que trata de la cadena de emanaciones de energía Divina, más limitadas progresivamente en su naturaleza a medida que cada emanación se aleja más de su fuente, reaparece en Avicena con algunos añadidos: en este caso son diez «inteligencias que emanan, diferente una de otra, no en naturaleza puesto que todas son divinas, sino en clase, a consecuencia de la disminución de la «simplicidad» a medida que la cadena se desarrolla hacia más lejos de la Unidad primordial. De modo que la segunda emanación participa del carácter de la dualidad, la tercera de la triplicidad, la cuarta de la cuaternidad, y así sucesivamente. El que en Avicena estas emanaciones tengan que ser diez, es en su origen probablemente debido a la influencia de Pitágoras. Se hace absolutamente evidente que Avicena es uno de los padres del Sistema Occidental. Sin embargo, hemos tenido en consideración sus ideas, como las de cualquier otro pensador, por su valor intrínseco, y no meramente por la autoridad que se les atribuye. El marco histórico tiene su interés, porque muestra el nivel y la calidad del pensamiento que podía esperarse.

En su «Libro Sexto de Temas Naturales» (*Sextus Naturalium*) Sección 4.<sup>a</sup>, capítulo 4.º, Avicena explica que el alma es más perdurable que el cuerpo y de un orden superior en virtud de su naturaleza espiritual; de ahí que sea similar a aquellos principios espirituales por los que la materia se forma y evoluciona siguiendo el curso normal de los acontecimientos. Por ello, el poder que el alma ejerce sobre la materia, no se limita al cuerpo que habita.

Este pasaje es uno de los preferidos entre escritores posteriores a causa de su posible relevancia para la transmutación material, que es de hecho una de sus aplicaciones más simples. Pero cuando el material que se trabaja es el cuerpo de otra persona viva, B, se sigue lógicamente de las palabras de Avicena que el «alma» (y el espíritu) de B es del mismo modo libre por naturaleza para guardar y proteger su envoltura terrena particular del daño causado por la intervención de A, es decir, siempre que no haya una causa interior que inhiba dicha defensa, como por ejemplo el «complejo de culpa» que hemos mencionado anteriormente. Toda la fuerza de la evaluación de Avicena acerca del dinamismo y pasividad, respectivamente de alma y cuerpo, no puede ser apreciada sin tener algún conocimiento de su punto de vista metafísico sobre las naturalezas de espíritu y materia. Avicena concibe el universo existente como una graduación de existencias desde la total actualidad del Espíritu puro indiferenciado, hasta llegar a la potencialidad total de la Materia prima indiferenciada, con toda clase de entidades espirituales, seres vivos y materia inanimada en sus estadios respectivos entre los dos. La potencialidad total de la Materia prima indiferenciada, desde el momento en que es concebida de una sustancia aún rudimentaria, sin la impronta de ningún propósito específico, es considerada por Avicena como «mala», acomodándose entonces, y al mismo tiempo despojándose de toda implicación moral, a la noción de la naturaleza mala de la materia<sup>9</sup>, que había heredado quizás de los Maniqueos Persas (así como de Plotino que de nuevo cuida de no unir sugerencia alguna de bajeza con el universo material). Sin embargo, de un sentido real de jerarquía a la gradación que hace de las existencias, no dejando lugar a dudas de que cualquier entidad que por naturaleza es más material que otra, debe de estar por consiguiente subordinada a ésta de un modo implícito cuando menos.

Esta visión del universo fue enseguida, y con toda razón, percibida como una importante declaración de la filosofía mágica. En consecuencia, se ganó una buena ración de ataques de las filas eclesiásticas en los siglos trece y catorce, cuando la Iglesia se había propuesto por varias razones acabar con toda creencia en la posibilidad de una transmutación material. El principal aliado de la iglesia en esta campaña como campeona de la ignorancia, que naturalmente la arrogante mente racional, la Ruach no iluminada del ignorante, jubilosa, como siempre ocurre, de negar la posibilidad de cualquier cosa que no pueda por naturaleza dominar: sin embargo, la Verdad tiene un modo de salir victoriosa a través de los mismos medios que se invocan en su contra, y la verdad que trata de los poderes del alma y del espíritu humanos no tiene nada que temer de la investigación científica, siempre que ésta sea científica con toda sinceridad. El profesor Vasiliev, de la Universidad de Leningrado, en el período comprendido entre las dos Guerras Mundiales dirigió un programa de investigación sobre la transmisibilidad del pensamiento bajo las más estrictas condiciones de laboratorio, que incluso preveían la aparición en pantalla del pensamiento transmitido caso de ser éste debido a una sutil forma de electromagnetismo (o en su caso de radiactividad, porque se usaron cámaras aisladas con plomo,

---

<sup>9</sup> Del mismo modo que Freud describe la sexualidad no dirigida de un niño como la de un «perverso polimorfo» sin derivar de ello ninguna censura moral. Se hace evidente que cualquier fuerza no dirigida es vista como si perteneciera a la naturaleza del caos, y de ahí como «mal», es decir, contraria a la organización personal o social.

herméticas y con cables de toma de tierra). El profesor encontró que bajo esas condiciones era posible para el receptor, no sólo ser agudamente consciente del pensamiento transmitido a escasos minutos o incluso segundos de la transmisión, y eso aún sin haber sido informado de antemano de que la transmisión iba a tener lugar en aquel momento, sino también reaccionar a las órdenes así transmitidas, como por ejemplo quedarse dormido o despertar; y todo esto a la distancia, en algunas pruebas, entre Leningrado y Sebastopol. Es bastante evidente que el profesor Vasiliev dirigió estas investigaciones con completa integridad e imparcialidad, e incluso que no tenía ningún motivo aparente para desear que el resultado de su trabajo fuera el que fue, desde el momento en que los hallazgos de su gran programa de investigación, que habían recibido inicialmente el apoyo oficial del Gobierno Soviético, fueron por esta causa relegados por dicho Gobierno durante unos veinte años en aras del materialismo, hasta que otros acontecimientos políticos provocaron afortunadamente su publicación.

Volviendo a nuestra cuestión sobre la comunicación de pensamientos, de imágenes y de ideas, debemos echar un vistazo aquí a otro aspecto que destaca si comparamos los descubrimientos de Vasiliev con los de Avicena. Para emplear términos que ya hemos definido, ¿habla la Ruach a la Ruach, o la Ruach del comunicador «manda un mensaje» que es recibido por la Nephesh del receptor, y que después «surge» como una impresión *aislada* desde las profundidades del inconsciente inferior hasta la conciencia racional? ¿O trabaja la Ruach del comunicador con la ayuda de su propia Nephesh para alcanzar la Nephesh del receptor con los resultados antes mencionados? Esta última opción es la que tiene más posibilidades de suceder: la facultad superior dirige a la inferior, pero a su propia facultad inferior más bien que a la de la otra persona<sup>10</sup>. (Por trabajos experimentales privados, los autores han comprobado que al menos en algunos casos, la Ruach del comunicador influencia a su propia Nephesh, que a su vez produce un efecto en el *campo de fuerza Alfa* por medio del sistema nervioso autónomo. El «mensaje» es entonces transmitido al *campo de fuerza Alfa* de B, y es recibido como un auténtico dato sensorial por la Nephesh (y de ahí por la Ruach) de B. Esto aclara alguno de los mecanismos de casos en los que, en lenguaje común oculto, una maldición «rebota»: «y a causa de que la comunicación rebota en el nivel en el que está operando, no es la Ruach de A la que recibe la repercusión, sino su Nephesh, probablemente más vulnerable, o de nuevo su *campo de fuerza Alfa* y sus sistemas nerviosos»<sup>11</sup>. Puede presumirse que en casos tales como los de mandar a dormir o hacer despertar al receptor, como en los experimentos de Vasiliev, la orden dirigida a la Nephesh de B no necesita de hecho penetrar en su Ruach antes de tener efectos, ya que tales actividades no están necesariamente controladas por la mente consciente. Ciertamente que la mente consciente *puede* normalmente intervenir. Esto, sin embargo, no es probable que ocurra en condiciones experimentales, ya que el receptor, que es un participante voluntario en el programa de investigación, no tiene ningún motivo para inhibir a su Nephesh de modo que ésta no obedezca a ninguna orden del tipo de las que pudiera recibir. La jerarquía del ser de Avicena es pues así mantenida. Una jerarquía que es, podemos observar, sugerida, al menos en principio, por las palabras de Hamlet cuando se refiere al espectro.

Pues ¿qué habré de temer? Yo no aprecio mi vida en lo que vale un alfiler, y en cuanto a mi alma ¿qué podrá hacerle, siendo, como él mismo, una cosa inmortal?...

Esto, hablando claramente, no se corresponde con nuestra terminología. Porque en este contexto, suponemos que se entiende por «vida» la del cuerpo físico y quizás el astrosoma que la anima. Y por «alma» debemos sustituir el noemasoma y las facultades superiores. Sin embargo, se infiere claramente el principio fundamental de que la influencia psíquica interpersonal no puede involucrar a los niveles superiores sin su consentimiento. Lo que se debe añadir al concepto de Avicena es que, mientras que el noemasoma puede indudablemente dirigir a los niveles inferiores, no se puede negar que está acostumbrado a que aquellos le manden información. Y así, la Nephesh recibe información del sistema nervioso, y la Ruach recibe información de la Nephesh.

De este conjunto de hechos podemos deducir evidencia suficiente para mostrar cómo una persona puede en circunstancias propicias ser llevado a cumplir los términos de una maldición que quizás su mente consciente jamás llegue a conocer. Esto no excluye un cierto grado de apercibimiento, como indicábamos en nuestra posibilidad 1), por parte de la persona que lanza la maldición, de los puntos débiles en la «armadura» emocional de la víctima: debilidades causadas por estados inconscientes de salud, o por aceptación de peligros en el trabajo, o por supuesto por

---

<sup>10</sup> Una impresión recibida directamente por la Nephesh desde una fuente externa no necesariamente «surge» en la conciencia, pero puede ser un foco de molestias al nivel de entrada, dando lugar a pesadillas o a ideas obsesivas.

<sup>11</sup> Autónomo o cerebro-espinal.

sentirse culpable. Las bendiciones, ciertamente son igualmente efectivas si se aplican con el mismo cuidado y de un modo apropiado, pero normalmente los efectos adversos son los que más se conocen, y lo más corriente es que las malas noticias sean las que ocupen las primeras planas.

La cita de Hamlet nos lleva a otra cuestión, la de la separación en la muerte de las partes inferiores de la psique. Este tema requiere, para recibir un tratamiento adecuado, una cierta consideración acerca de las facultades superiores. Sin embargo, existen importantes aspectos del problema que pertenecen esencialmente al campo que consideramos de las facultades inferiores. Muchos pensadores y observadores han generalizado sobre este tema en exceso: de donde una gran medida de su desacuerdo.

Cuando acaece la muerte<sup>12</sup> el bajo astral puede en algunos casos ser reasimilado por el astral (no estamos discutiendo en este pasaje lo que ocurre cuando las facultades superiores están lo suficientemente desarrolladas, como en el Adepto, para asimilar a sí mismas las partes inferiores de la psique), aunque más corrientemente el astral y el bajo astral son separados. En este último caso hay varias posibilidades: el complejo del bajo astral puede llegar a (i) estar dissociado completamente del cadáver físico<sup>13</sup>, o (ii) permanecer vinculado al cadáver. En ambos casos (i) y (ii), el bajo astral acaba disolviéndose en las corrientes de la existencia astral<sup>14</sup>, mientras que las fuerzas unificadoras y vitalizantes son de él retiradas. Pero el complejo del bajo astral es capaz de existencia independiente, aunque ciega, durante un período más corto o más largo antes de que tenga lugar la disolución. En (ii), sin embargo, mientras que continúe existiendo, el bajo astral reflejará el estado del cadáver: por *sí mismo* permanecerá «dentro» del cuerpo. En (i) el complejo del bajo astral será, por así decir, arrastrado, porque no tiene voluntad. (iii) El difunto puede por ideas equivocadas o por una particular tenacidad en aferrarse a los niveles materiales, o por un deseo de comunicarse con los vivos, puede, decíamos, intentar conservar su vínculo con el bajo astral. (iv) Puede que el difunto estuviera dominado en vida por la naturaleza emocional e instintiva y el astral, después de su separación del bajo astral, puede, sin embargo, en algunos casos retener una afinidad mayor por la descartada Nephesh inferior que por la Ruach. En tales casos, el astral puede formar un nuevo vínculo subracional con el astral inferior que no involucre a la neutralizada Ruach. En cuanto a la comunicación con referencia a (iii), debemos suponer que la evolución de nuestro difunto sujeto no había alcanzado el estado de conciencia mental (porque aunque no se deben establecer reglas para aquellos que han logrado la conciencia Briática, al mismo tiempo es improbable que ellos mismos busquen comunicarse de este modo). En consecuencia, la Ruach de nuestro sujeto funciona por medio del fino material astral de su Nephesh, y tiene conciencia del mundo astral. El ilícito deseo de comunicarse por medio del bajo astral normalmente resulta del fracaso de los pretendidos receptores en reconocer sus vibraciones elevadas. Pero cualquiera que sea el motivo, los resultados pueden ser de lo más desagradables si (iii) ocurre con (ii), tal como muestra el caso del *erudito* relatado más abajo. La comunicación es, por supuesto, lograda con bastante frecuencia por personalidades de este nivel de desarrollo general, sin tener que recurrir al descartado bajo astral.

En este punto es interesante notar que el trabajo de la necro-mancia requiere un cadáver recién enterrado: la razón para ello es la mayor probabilidad de que (iii) ocurra en conjunción con (ii) en un cadáver recién enterrado que en uno que lo ha sido tiempo ha. Pero incluso si funciona (ii), la necromancia no tendrá éxito si (iii) no lo hace, y ninguna clase de coerción o brujería puede imponer (iii) si el difunto ha roto los vínculos.

Cuando (iii) tiene lugar con (i), o incluso con (ii), no se hace un daño permanente si el difunto lucha por mantener los vínculos si es por buenos motivos: un mensaje llevado con éxito o una bendición llevada a los vivos y reconocida por ellos, es normalmente todo lo que se ve. Pero cuando (iii) tiene lugar con (i) o con (ii) por razones tales como el agarrarse a niveles materiales, puede causarse auténtico daño tanto para el difunto como para los vivos. Cuando la psique inferior invierte su evolución, ella misma se corta de las fuentes de la vida cósmica y entonces se encuentra sufriendo de carencia espiritual, y en un intento de sentirse llena se vuelve hacia el vampirismo astral, justo como en la carencia física de alimentos, los seres humanos se pueden volver a veces hacia el canibalismo.

A veces, desgraciadamente, cuando (iii) tiene lugar con (ii), el difunto puede tener una conciencia indirecta del cadáver.

---

<sup>12</sup> Todos los detalles de lo que puede ocurrir a la muerte y más allá de ésta no se pueden introducir en el presente estudio, ya que el abanico de posibilidades es demasiado amplio para admitir aquí un tratamiento adecuado.

<sup>13</sup> (ii) es más corriente que (i).

<sup>14</sup> Se conceden ciertas excepciones en las que el bajo astral puede verse atado por una entidad astral que lo toma como «morada», y de ahí hallarse perpetuado por una fuerza extraña durante un período quizás de siglos.

En casos extremos y raros, cuando se dan condiciones del tipo (iii) y (ii), la conciencia personal del difunto puede vincularse con el cadáver mismo. En la A.S. está prohibido dar detalles de este tema porque son demasiado repugnantes para la naturaleza humana y, tratando sobre los «no muertos» contrarios al bien público.

Aún así, veamos dos ejemplos generales tomados de la experiencia de personas inocentes.

En uno de los casos un erudito se comprometió solemnemente con la promesa bastante corriente, pero en esta ocasión hecha a sus hijos, de que si se vive más allá de la muerte física, él regresaría si le fuese posible para hacérselo saber. A intervalos después de su partida, el joven y su hermana se veían espantados por fugaces visiones de aquél, con evidente avidez de impartir sus noticias, y aparentemente bastante inconsciente de que se estaba manifestando en la guisa de un cadáver progresivamente más descompuesto. Sin embargo, todo lo que se necesitaba (aunque esto requería un cierto heroísmo por parte de los jóvenes) era convencerle de que su mensaje había sido cariñosamente recibido y comprendido y que él debía partir ahora a moradas más altas.

El otro caso, igualmente angustioso en sus implicaciones, se refiere a una desconsolada madre que, algún tiempo después de haber visto el cuerpo embalsamado de su único hijo, enterrado en la debida forma tanto religiosa como cívica, comenzó a ser perturbada por sueños en los cuales su imagen se aparecía y le decía: «No puedo descansar, estoy yaciendo en el agua.» Tan frecuentes llegaron a ser estos preocupantes sueños, que al fin la tumba fue abierta y se encontró con que una fuente se había abierto paso a través del subsuelo del cementerio. En este ejemplo, debe puntualizarse que era una figura onírica lo que una y otra vez veía la madre, añadiendo cualidades recordadas de habla y movimientos, y que no hay evidencia real aquí de que la conciencia del hijo estuviera involucrada en este episodio. Con mucha más exactitud los sueños representan una comunicación de Nephesh a Nephesh. Sin embargo, permanece el hecho de que existía un poco deseable vínculo entre el astral del hijo y su bajo astral ligado al cadáver. Esto no es una súplica para que se mejoren las condiciones de enterramiento: es una defensa de la cremación, que es un medio seguro de destruir no sólo el cadáver mismo, sino también — cuando se da la condición (ii) bastante corriente— de que la región más densa de la Nephesh sea igualmente descartada a la muerte por la Ruach y por su delicado vehículo astral, y por supuesto por las facultades superiores.

No es necesario añadir que amplia evidencia tanto como buenas razones avalan el que esto no perjudica en modo alguno a la personalidad desencarnada<sup>15</sup>. Un hecho muy interesante se observa en reencarnaciones de personas cuyos cuerpos anteriores fueron quemados: éstos retienen memorias de las vidas anteriores, y en algunos casos, muestra semejanzas físicas con sus anteriores «yoes», con no menos frecuencia —podemos decir de ejemplos observados— que personas cuyos restos fueron enterrados. Debe recalcarse que fuera de esa minoría de seres humanos que retiene memorias claras y verdaderas de reencarnaciones pasadas, de éstas sólo una pequeña proporción muestra alguna conspicua semejanza con algunas de sus cuerpos anteriores. Pero de los pocos ejemplos claros que hemos encontrado, algunos mantenían un vivo parecido con un cuerpo que se sabía que había sido quemado al final de su historia, del mismo modo que tenían «yoes» pasados parecidos otros cuyo capítulo final se había cerrado con un tradicional entierro. Esto sugiere que el área de la psique que lleva esta semejanza no es de ningún modo la más densa: hipótesis que es llevada más lejos por el hecho de que la encarnación que se parece más no siempre es la más reciente. Todo el tema es tan complejo como lo es la psique misma. Pero debemos añadir que hay indicaciones de que un marcado desarrollo místico, mágico, o de las dos clases, pueden causar casi una continuidad de identidad incluso cuando la nueva vida tiene lugar en circunstancias hereditarias y ambientales totalmente diferentes de la antigua. Esto está en consonancia con lo que cabría esperar teóricamente, porque cuando tal desarrollo está presente, causa un incremento de comunicación entre las cualidades físicas y de la Nephesh con el noemasoma, y de ahí la preservación más completa de dichas cualidades. Al mismo tiempo debe quedar claro que ninguna experiencia, ya sea mundana e insignificante, ya traumática y rechazada, se pierde nunca verdaderamente; y aquellos que no puedan reclamar para sí pasados esplendores, alegrías o tristezas, poseen seguro y cierto almacenada en las «vastas cavernas» de la psique, una historia que se remonta al comienzo de la vida sobre este planeta.

Aunque deseable, no es la memoria consciente una condición esencial para la continuación del trabajo. Alguien puede haber deseado fervientemente ser capaz de desarrollar una determinada preparación académica, digamos en la ciencia o en las artes; cuando las circunstancias sean más propicias, seguramente lo hará. Alguien puede haber buscado,

---

<sup>15</sup> Ni puede causarle ningún sufrimiento, salvo en el raro caso de los «no muertos», ya que se les queme en el plazo de días o de siglos después de su muerte.

aparentemente sin esperanza, llenar su vida de algún otro modo particular: en otra vida seguramente lo logrará. Debemos enfatizar especialmente que haber puesto el pie, aunque sólo brevemente, en el Sendero de Retorno es una garantía de que en alguna vida posterior uno reanudará su búsqueda. Y ese Sendero se seguirá en cien vidas posteriores si es necesario<sup>16</sup>.

---

<sup>16</sup> Sobre este asunto, el intervalo desencarnado entre vidas terrestres tiene sus oportunidades especiales: muchos pasan ese período vagabundeando en impenetrables nieblas o disfrutando en algún paraíso construido por ellos mismos, o esforzándose en vano por encontrarse de vuelta en los recordados caminos de la tierra, o envueltos en pasadas pesadillas causadas o sufridas. Pero la vida encarnada sigue siendo la verdadera escuela para el espíritu que evoluciona.

### CAPÍTULO III

#### EL YO SUPERIOR

El Yo Superior, considerado en primera instancia como una unidad, de significado y coordinación a las facultades de la psique. En cierto sentido, puede entenderse como formando parte de una trinidad junto con la Ruach y la Nephesh, completando y coronando el trabajo de ambas. En ese sentido, la palabra *Neshamah* puede aplicarse al Yo Superior como un todo. Si la Nephesh y la Ruach juntas forman el alma, con sus facultades subracional y racional, el Yo Superior constituye lo que frecuentemente es denominado el espíritu. Y aquí hacemos de nuevo referencia a los Cuatro Mundos, porque como en el hombre tiene lugar la conjunción de todas las cosas, los Cuatro Mundos están representados en su naturaleza, y en correspondencia él existe en los Cuatro Mundos. La Ruach participa del Mundo de Briah. Su conocimiento de los mundos astral y material es adquirido enteramente a través de la Nephesh y a través de la conciencia cerebral, mientras que, por otro lado, es en sí misma incapaz de conocer directamente nada acerca del mundo de Atziluth<sup>17</sup>. Hasta que las facultades superiores no son, hasta cierto punto, puestas en comunicación con su conciencia, el ejercicio de la pura razón puede parecerle a la Ruach la función más elevada de la que es capaz la psique. De ahí el escepticismo antagonista del tipo tradicional de intelectual cuando se discute acerca de la facultad intuitiva. No puede, sin embargo, ponerse tan bajo límite a la verdadera naturaleza de la Ruach, la cual, desde su puesto en las estructuras de la psique, debería ser un vehículo para las facultades superiores, incluso cuando el conocimiento que posea de ellas sólo llega a ser una confusa conciencia de la existencia de "algo más alto". Esta confusión es, en verdad, característica de la conciencia de la *Neshamah* antes de que le llegue a la Ruach la experiencia mística de las facultades superiores. Por esta razón, sin semejante experiencia, la conciencia más alta que la Ruach puede tener de los arquetipos que subsisten en la Mente Divina es por medio de sus imágenes y de las conclusiones que a partir de éstas pueda deducir intelectualmente. Esto no se dice con intención de minimizar el entendimiento en este estadio: no existe, por ejemplo nada en la Divina Comedia de Dante — ni siquiera de las máximas alturas del *Paraiso*— que exceda los límites de lo que es posible con una tremenda percepción poética, que no mística, y por supuesto una particular concurrencia de la naturaleza emocional y del cerebro físico, más aún, en el Plan de iniciación, la primera apertura del intelecto a la influencia de la *Neshamah* va implícita en la entrada en el grado de Adepto Menor, que consigue al punto separar al iniciado de aquellos que no conocen nada superior a la función racional de la Ruach, y por supuesto kilómetros de aquellos que se guían por las doctrinas externas y la fe ciega de una religión normal. Dicho iniciado pertenece a la compañía de «le persone accorte», el sabio o perceptivo, de quien Miguel Ángel escribe:

Porque tales personas ven en «cualquier belleza visible» la semejanza de un arquetipo, trayendo a sus mentes la invisible y sagrada fuente que es la Mente Divina. Y la percepción de esta semejanza, dice el iniciado<sup>18</sup>, que al mismo tiempo es un artista sin experiencia mística directa, es «el único sabor y el único punto que del cielo poseemos en la tierra». El significado de estas líneas se hace más preciso en Keats:

«La belleza es Verdad, la Verdad Belleza—eso es todo lo que sabemos en la tierra,  
y eso es todo lo que necesitamos saber.»

Verdaderamente Keats trae la esencia de la situación a la superficie mucho más claramente.

No estamos diciendo que Keats tome necesariamente su pensamiento directamente del soneto Toscano, aunque es posible: podría, como algunos han sugerido, haber sido guiado por el pensamiento Germánico del siglo dieciocho sobre el tema, o bien haber formulado su concepto sacándolo del ambiente general del Platonismo del Renacimiento, del cual era tan competente discípulo. Lo que sí estamos diciendo es que, en el contexto mismo de las líneas, la cita de Keats

---

<sup>17</sup> Ver la nota a pie de página relativa a la conciencia ruáctica (conciencia egoica) de la pág. 249.

<sup>18</sup> El hecho de que Miguel Ángel fuera en su juventud miembro de un grupo oculto, que derivaba su autoridad de un grupo más antiguo al que Dante había pertenecido, puede demostrarse al estudiante de lo oculto ateniéndonos a la Literatura Florentina medieval y renacentista.

coincide en significado con la de Miguel Ángel y la penetra, y entonces nos proporciona una presentación casi clínica de la posición filosófica y psicológica que estamos en este momento examinando. Belleza y Verdad no sólo son conceptos distintos que existen al nivel ordinario: forman, junto con la bondad, los tres principios que, heredados del pensamiento Neo-platónico, eran considerados como característicos de los Niveles Divinos del ser, y esto Keats lo conocía, aunque sólo fuera como un hecho intelectual. El comprender la distinción real de dichos atributos no pertenece sin embargo —como percibió con sensibilidad Keats—, al tipo de conciencia que describiríamos como «por debajo del Abismo» y al que él se refiere como «en la tierra».

Aunque el punto de vista metafísico, representado por ejemplo por Plotino, no sea sefirótico, no está bajo ningún concepto en desarmonía con el sistema Cabalístico. Además de reconocer la existencia de cuatro Mundos, indica, de acuerdo también con la doctrina Pitagórica, la existencia de partes del microcosmos en correspondencia con aquéllos. En el universo exterior, los dos Mundos entre el de la Nous (Atziluth) y el de la Materia son los correspondientes al Alma: el Alma Superior que procede de la Nous y es iluminado por ésta y el Alma inferior que es el Anima Mundi, o dicho de otro modo, «Natura» (en el sentido Renacentista) de la que procede a su vez el universo material. En el cuerpo humano y en la psique, de acuerdo con Plotino, tres de las cuatro partes no pueden cambiar sus correspondencias: la parte más elevada de la psique, el espíritu, está en la Nous y no puede dejar dicho Mundo. No puede decirse que «pertenzca» al individuo particular que lo representa en los Mundos inferiores, porque participa eternamente en la Mente Divina, no importa cuál pueda ser en un momento determinado la condición de la psique inferior que él ha emanado. Huelga decir que la psique inferior puede estar totalmente inconsciente de dicha participación. Asimismo, el cuerpo físico es parte inseparable del mundo material, mientras que las naturalezas instintiva y emocional forman parte del «alma inferior» del universo. Lo que puede cambiar, dice Plotino, es la afinidad de la parte de la psique humana que se corresponde con el «alma superior». (En otras palabras, lo que solemos llamar la mente racional.) Esta puede tender hacia abajo, hacia la materia, con la naturaleza instintiva, o bien puede aspirar hacia el espíritu. La miseria o la dicha de la personalidad como un todo depende de su elección. Y dejamos a Plotino.

Ahora ya sabemos que la Ruach es de hecho la única parte de la psique que es capaz de autodeterminación, y que cualquier avance que tenga que hacer la personalidad depende de cuán correctas sean las decisiones tomadas por la Ruach. Es la Ruach la que tiene que tomar el control de la Nephesh y del cuerpo físico, y gobernar a éstos tanto con comprensión como con la razón. Y para llevar a cabo correctamente esta función, la Ruach tiene que aceptar la guía de la Neshamah, en la medida en que ésta se la presente. Por supuesto que el individuo generalmente no reconoce lo que está ocurriendo, pero en esta fase la Ruach busca principios-guía que se muestren a nivel Briático de un modo que ella pueda aceptar. El principal de estos principios guía es el de la Belleza: principio que en el sistema Neoplatónico constituye el carácter esencial del Mundo de la Nous y que en nuestro sistema parece tener una particular afinidad con la percepción de la Ruach en razón a su naturaleza Tiferética. (Véase Libro 1. Capítulo V.)

Un gran don para el mundo Occidental, con especial relevancia a su estado de conciencia, la constituye toda la literatura de elevado amor romántico, a caballo, por así decir, entre la expresión de un vínculo instintivo por un lado y por otro de un misticismo religioso. En verdad que el abismo entre esta clase de amor y el puramente instintivo es tan marcado, que ha sido entendido durante siglos por sus devotos partidarios como un estado intermedio vital para el desarrollo de la psique. Desde este punto de vista, los cultos al héroe no son sino ejemplos especiales, señalándose al amante el modo de transformar su propio culto de devoción en el culto a ese otro especial en cuya personalidad total el devoto encontrará a la misma divinidad reflejada. Esto es tanto el móvil esencial del Platonismo como un desarrollo natural de las aspiraciones de la psique que está evolucionando. En esta clase de amor, tiene lugar una tremenda transferencia de niveles, pero no del mismo tipo que la que proyectan las confusiones que asaltan al no iniciado: es decir, no es un problema de que la Nephesh busque lo que necesita en un símbolo o en un sustituto de la realidad, como ocurre en las manifestaciones neuróticas. Aquí tenemos básicamente a la Ruach deslumbrada por el aún no identificado contenido de la Neshamah, incluso aunque las facultades inferiores puedan ellas mismas mezclarse la agitación siguiendo su costumbre. Más aún, este nivel no lleva involucrado el mismo elemento de sustitución: un ser humano, o para el caso cualquier ser, no es un mero símbolo o sustituto para la divinidad, sino que es el representante y el receptáculo de un cierto aspecto suyo, y es en este estadio un objeto de adoración correcto, a condición únicamente de que dicho ser represente una verdadera aspiración del adorador. De aquí parten todas las notables canciones del tipo «Tú» que parecen oraciones y que son tan populares en nuestra propia época, y que se dirigen al amado como si fuera el sol o

una estrella o como si estuviera adornado por todas las bellezas del mundo, mientras que en la poesía de otros siglos el devoto podía escoger cierto número de parecidas expresiones dichas de otra manera, y preguntarse una y otra vez, por qué prodigio otra mente habría expresado tan exactamente sus propias aspiraciones.

El interpretar esta clase de poesía como si fuera la sublimación de un impulso sexual es perder de vista el hecho de que nos encontramos ante un fenómeno de propio derecho que tiene absolutamente otro origen dentro de la psique. Es perder de vista también hechos históricos tales como la vida ordinaria de Dante, como marido y padre, con independencia de su nunca traicionada adoración hacia la difunta Beatriz, y la frecuencia, bien conocida por observadores psicológicos, del feliz y satisfactorio matrimonio de un sujeto con otra persona que no era el «compañero del alma».

La percepción de que estamos ante un amor que en su esencia no es de naturaleza sexual (aunque por supuesto, si se les da la oportunidad, los instintos intentarán seguir el ejemplo de la mente, incluso como en ciertos casos en los que la elevación de la *Ru-cah* puede producir la levitación física), fue aprovechada por el gran descubrimiento medieval del «amor cortesano» que proporcionó inspiración mística, e incluso oculta a tanto Troubadour y Minnesinger<sup>19</sup>. Roma tachó dicho culto como «herético», y en verdad que no era una herejía, sino más bien una religión aparte, llegada de Grecia y Persia y alimentada en la elevada civilización de Provenza (de ahí sus asociaciones «cortesanías») y, aunque nos ha llegado muy pocos aspectos formales de este culto ya que en gran parte fue arrasado en la espantosa destrucción llevada a cabo por la «Cruzada Albigense»<sup>20</sup>, aún así, decimos, aquello que procede de una fase natural del desarrollo de la psique nunca puede perderse del todo. La Iglesia de Roma destruyó a los Cantantes. La Canción estaba más allá de su poder.

El culto de lo Inalcanzable no es exclusivo de jóvenes amantes que tañen melancólicamente sus instrumentos: es también para las personas físicamente realizadas que redescubren mutuamente su alta dignidad de seres espirituales. Pero sus mayores exponentes, que han puesto voz a las aspiraciones sentidas por tantos otros, han sido siempre aquellos que, bien lamentándose externamente, bien glorificándose con franqueza por haber sentido tan alta llamada, han festejado a un amor que en verdad no tenían intención de culminar en ningún nivel terreno, y que han preferido que sus circunstancias no lo permitieran. Porque el anhelo en él expresado no es en verdad por ningún consorte mundano, sino por la deidad misma. Y aquí podemos anotar como soporte para esta afirmación un sinfín de versos en todos los lenguajes de Europa, ya que durante siglos poetas grandes y pequeños han aceptado este punto de vista hasta que han hecho de él un convencimiento interno. Quizás sea más efectivo llamar la atención acerca de la obra de un aparente adversario de este culto: el poeta de lo doméstico y cristiano, el prosaico y a veces trivial, pero no obstante un verdadero poeta y entonces agudamente perceptivo: Coventry Patmore. Este afirma que el amante afortunado tiene tanto que decir en poesía como el infortunado. Un matrimonio feliz le dio la oportunidad de explorar esta hipótesis por experiencia directa, y en verdad que se la ha llamado «el poeta del matrimonio». Sin embargo, en uno de sus poemas más notables, Patmore analiza la inspiración derivada del amor por su esposa, y en particular el continuo auto-renovarse de dicha inspiración. Y llega al inevitable punto de que más allá de las intimidades compartidas, de la paternidad asimismo compartida, de la vida doméstica cotidiana, permanece la insalvable y en verdad inaccesible «Otriedad» del yo interior de su esposa. Percibe que es éste el objeto real de su amor, y que por supuesto no hay medio posible de poseerlo para sí. En este momento de inspiración, Patmore se revela como un devoto de lo Inalcanzable, seguramente tanto como Dante, o como el amante de la sádica (es decir, de la genealogía del marqués de Sade) y elusiva Laura de Noves.

En verdad, cualquier amor que comprometa a las facultades superiores, o que sea atraído por el Yo superior del amado, es en esa medida inalcanzable, y es también en esa misma medida inmortal. Esta afirmación puede parecer a primera vista poco realista a aquellos que han llegado a un punto en la vida en el que pueden mirar atrás y descubrir una serie de amores semejantes desde su infancia hasta ese momento: pero si lo observan, pueden ver, en primer lugar, que ninguna persona realmente puede «ocupar el sitio» de otra cuando se trata de los afectos más profundos, puesto que el amor presupone apreciar al amado como un individuo único e irrepetible; y en segundo lugar, que ningún amor se «pierde» realmente o se olvida nunca.

El decir que ningún amor se pierde realmente nunca, que nadie ama realmente en vano,

---

<sup>19</sup> N. del T.: Nombres que recibían juglares o trovadores en Francia y en Alemania respectivamente.

<sup>20</sup> Los Mártires Albigenses, nuestros cofrades de Provenza, no han sido bajo ningún concepto las únicas víctimas de la ignorancia y de la violencia del Cristianismo. (Véase *La Miseria del Cristianismo*, de Joachim Kahl.)

parece quizás una proposición difícil, pero a pesar de todo es completamente verdadera. En uno u otro nivel, una tracción es siempre mutua. No siempre se manifiesta de la misma manera en ambos lados, y además puede haber serios obstáculos que surgen de circunstancias externas o de las aspiraciones internas de una o ambas partes. El vencer tales obstáculos a toda costa puede conducir a la felicidad como en el caso de Elizabeth Barret y Robert Browning, o a la tragedia como en el caso de Abelardo y Eloísa: pero incluso si el intento no se hace nunca o es de hecho imposible, o si la experiencia culminan en la vida de una persona no es sino un episodio más en la vida de la otra, todavía esas variaciones no supondrían sino una pequeña diferencia a la luz de una perdurable afinidad. No podemos limitar nuestras observaciones a la duración de una sola vida. Podemos traer a consideración el desmayo del estudiante de magia que ha escrito versos de adoración al único gran amor de su vida presente, cuando encuentra al explorar en una reencarnación pasada, que la identidad anterior había escrito unos versos notablemente similares para un amor totalmente diferente. Porque no siempre es verdad que el objeto actual del afecto sea el anterior y la tendencia a creer que son idénticos, cuando no es simplemente un intento de evadir una revelación embarazosa para uno mismo, puede ser causada por una honesta confusión, como a veces ocurre lamentablemente en el contexto de una sola vida a una persona que acaba de despertar de un sueño. ¿Cómo cuadra todo esto con nuestra filosofía?, porque aquí no sirve el mero «sucedió en otro país, y además la chica está muerta.»

El hecho es que la psique tiene una capacidad de amar mucho más grande de la que generalmente se le atribuye, y mientras que permanezca la posibilidad de que tenga lugar un cambio en el aspecto dominante de la psique (como sucede progresivamente durante el desarrollo de una vida, y como puede suceder de forma más sorprendente de una encarnación a otra, porque uno no es nunca *en absoluto* dos veces la misma persona) permanece también la posibilidad de poner en juego el nuevo aspecto dominante de sus propias afinidades y amores. Los aspectos dominantes anteriores, sin embargo, no dejan de existir: «Una vieja llama nunca muere.» Las mentes de los nombres y mujeres ya ancianos a menudo buscan a su amor de la infancia, incluso después de una vida llena de relaciones humanas de todas clases. Esto no es extraño, porque el idealismo de un amor de juventud es totalmente desprendido y a menudo compromete a las facultades superiores, aunque sea sin saberlo, de un modo no tan fácil de repetir cuando la naturaleza instintiva se ha desarrollado por completo, o cuando el ego ha sacado su «cáscara externa» de precaución y de interés propio.

No queremos decir con estos párrafos que incluso a estas atracciones que son enteramente biológicas u ódicas en origen se las dé automáticamente el status de amores inmortales. Mientras que en un sentido es cierto que cualquier cosa que toque la psique tiene su lugar en el recuerdo, también es verdad que la impronta de tales relaciones es generalmente insignificante, y sea o no llevado a cabo su propósito, cuando ha pasado su momento desaparecen para todos los efectos. También, sin embargo, es verdad que un amor real puede ser descubierto a través de una atracción inicial de esta clase, o incluso que una afinidad que en su primer impulso es espiritual pueda aparecer disfrazada, en la prisa de la naturaleza instintiva por seguir las huellas de las facultades superiores.

Hay una tendencia cierta por parte de los seres humanos a aspirar y a desear un amor imperecedero, de modo que muchas personas se autoconvencen de que cada atracción sucesiva es de esa naturaleza. La causa de esta aspiración es que la Neshamah, aunque en puridad se corresponde con el mundo de Atziluth, mientras que es percibida sólo confusamente por la mente consciente proyecta una reflexión hacia abajo, hacia el mundo de Briah, el mundo de las imágenes arquetípicas. Ocurre entonces que hasta cierto punto la mente consciente se identifica con la imagen Briática de aquél entre los Supremos que se manifiesta en el mismo sexo que el tono principal de la psique (y que coincide generalmente en el sexo del cuerpo físico), mientras que una imagen percibida como «otro» que no puede ser asimilada de este modo, se convierte en objeto de amor. El verdadero objeto de amor, sin embargo, no es todavía conscientemente percibido en este estadio, y cualquier ser humano que se corresponda con él en un grado suficiente puede llegar a convertirse en el objeto sustitutivo de una devoción idealista, proyectada, que es casi adoración, y esta adoración puede terminar sólo si el objeto humano rompe la identificación con el ideal, bien deliberadamente (como un sabio maestro puede hacer) o por un acto impropio de un ideal (como en nuestra historia de Henry y Silvia); o también si, a medida que el amante asciende por el Sendero de Retorno, el sustituto es reemplazado por otro más próximo a lo divino o por lo divino mismo. Pero ésta todavía no es nuestra historia.

Cuán espiritual o no pueda ser la expresión total de un amor de esta clase, dependerá del correcto orden y control previamente establecidos por la Ruach sobre la Nephesh. Este es el significado esencial del discurso atribuido a Stesicoro en el *Fedro* de Platón, un discurso que dice mucho acerca de la búsqueda de un amor no conscientemente recordado, que corresponde a

uno u otro Arquetipo Divino, además de relatar la famosa alegoría del Auriga. La auto-identificación con una imagen arquetípica también tiene sus peligros, pero en la antigüedad esta auto-identificación era fundamentalmente tenida en cuenta en las controladas condiciones de las Religiones de los Misterios, donde se tomaban todas las precauciones para evitar el principal peligro, el cual es el considerar como divinos a los propios niveles inferiores de la psique en vez de a los superiores. Otro peligro, sin embargo, aunque más raro en la naturaleza de las cosas, no siempre puede ser impedido: la prematura irrupción de la Ruach del devoto en las realidades espirituales que subyacen a las imágenes arquetípicas con el resultado de la locura. Se incurre en este peligro cuando por uno u otro motivo la facultad de aspiración del devoto rechaza el nivel Briático de un culto en un estado anterior a que haya tenido lugar un verdadero contacto con la facultad intuitiva, la única que puede guiarle a salvo por la terrible experiencia de las alturas inimaginables, resultándole después de esto imposible apartarse de aquello que le espanta. El resultado es la desintegración de su personalidad racional, una desintegración a buen seguro simbolizada por el desmembramiento del Rey Penteo (en las *Bacantes* de Eurípides) convertido éste a pesar de sí mismo en un representante de aquel Dionisos cuyo culto había rechazado. Una locura representada en el *Attis* de Catulo, que no narra el mito original de la deidad sino más bien la experiencia de un devoto que ha llegado tan lejos en dicho culto como para llevar a cabo la autocastración que le sellará irrevocablemente al Dios y a la Diosa, y quien por una reafirmación posterior del ego quiere retirarse cuando no hay ya retirada posible. O una locura como la que en la época moderna se ha visto en el hado de Nietzsche. Como amigo del dionisiaco Richar Wagner, Nietzsche pudo sostener su filosofía incluso aunque su intelecto percibiera que el ideal de la belleza estética era tan sólo una «región intermedia», como un techo por así decir construido en la psique a modo de escudo para proteger a la percepción del hombre de los terrores de los cielos. Pero el conocer interiormente tal verdad es haberla ya transcendido, y en consecuencia su poderoso intelecto dirigió la conciencia egóica de Nietzsche hacia adentro, a contemplaciones en las que, al no haber aquélla intuido ninguna realidad espiritual para sostenerse, únicamente podía sembrar su propia destrucción. El concepto de Dios o de los Dioses, declara Nietzsche en «Así habló Zaratustra», debe ser barrido porque frustra la creatividad humana. Pero esto conseguido, disipadas las imágenes arquetípicas, la creatividad misma, ¿dónde encontrarla? Los Arquetipos Atzilúuticos mismos se hallaban absolutamente fuera de su alcance. Este Prometeo se elevó para arrebatar el fuego de los cielos tan sólo para perderlo en el vacío. «La noche retorna con sombra redoblada», y en semejante oscuridad sus ojos terrenos se cerraron.

Ejemplos como éstos, conocidos por el hombre occidental en diferentes momentos de su historia, han engendrado esa cautela que nos transmiten las palabras de Miguel Ángel y de John Keats que hemos mencionado al principio de este capítulo: una cautela en modo alguno diferente a la del Coro de las *Bacantes*, buscando la felicidad más bien que la iluminación, y no muy diferente del sentido *Procul a mea... domo* de Catulo en las líneas finales del poema de *Attis*. En los modernos Misterios el peligro de catástrofe es prácticamente borrado por la tarea con la que se enfrenta el Adepto Menor tan pronto como la puerta a las plenas facultades de la Ruach se abre para él. Lo que otorga y gobierna a la facultad intuitiva debe ser buscado mientras que la Bondad, la Belleza y la Verdad todavía llenan el cielo del adepto: de este modo, bajo ellas o más allá de ellas, su conciencia no quedará sin guía. Mientras tanto la Neshamah, que es la Aspiración gobierna sus pensamientos y sus actos.

En este estadio del desarrollo, la Neshamah es considerada simbólicamente como omniabarcante o bien central a dicho cielo, como si un nuevo sol de mediodía se levantara en el cielo del Adepto. Se abre entonces esa fase que Edward Carpenter relata hasta su culminación, la divinización del hombre por amor a lo que de divino hay en él. Pensamiento y percepción se iluminan, todavía no por aprehensión espiritual directa, sino por la alegre certeza de que toda la manifestación tiene en verdad un significado transcendente. Verdades que quizás se sabían hacía largo tiempo se potencian con el sentimiento de haber sido descubiertas de nuevo debido a la elevación de conciencia y a los reflejos que se imprimen provenientes de las energías superiores. Esta es la región de la inspiración artística y poética, en la cual incluso las más simples percepciones pueden llegar a estar cargadas con una potente intensidad que obliga primero a la proyección y después a la asimilación: bajo análisis, se hace evidente que el móvil esencial de esta cualidad es de hecho el amor, reconocible como tal en sus efectos, aunque su verdadera dirección esté todavía oculta. Tal experiencia, aunque dinámica, no destruye la paz de la mente si el entendimiento juega su papel. Aquello a lo cual él aspira y debe aspirar, le rodea tanto en símbolo como en imagen. Sin embargo, también la lucha es una de las condiciones esenciales, porque la aspiración del Adepto ha de ser firme. Las cosas materiales le están en sí mismas permitidas, porque es aún un ser encarnado: también están para que las use correctamente como

símbolos y como sacramentos de su aspiración. Lo que le está prohibido es volver sobre sus pasos y preferir el símbolo antes que lo que éste representa. Aquí, en la Esfera de Tiphereth, el Adepto está comprometido con la empresa de llevar a buen término su Adeptazgo, comprometido tan cierto como comprometidas están las llamas a ascender, o los zarcillos de la joven viña a alcanzar pronto un soporte. Y ésta es una búsqueda que puede llevar muchos años hasta alcanzar cumplimiento. Y todos estos años él estará bajo la regla de la Neshamah, cuya luz es Bondad, Belleza y Verdad.

Pero los reflejos que se originan en la Neshamah son en sí mismos tan alucinógenos como los reflejos que la Nephesh envía a la conciencia tipo Ruach. Este hecho puede llevar, en algunos casos, a diversas complicaciones. Por ejemplo, aunque para el verdadero desarrollo del sujeto es un requisito que en este estadio las principales fuerzas que impriman una imagen en la Ruach deban ser representaciones de las Sefiroth supremas hechas por la Neshamah, de hecho no siempre son de esta clase, y pueden estar vinculadas, e incluso confundidas, con material no apropiado transmitido desde las regiones inconscientes de la Nephesh. En el *Tannhäuser* de Wagner encontramos que Wolfram, cuya Estrella de Amor es una mujer terrenal en la que proyecta la imagen de la Madre Suprema, tipificada al Adepto que sigue el camino correcto del progreso espiritual; mientras que Tannhäuser, también un Adepto, que no sigue a un símbolo humano sino a la misma Diosa manifestada en la Sefirah Netzach, aparece como casi destruido por su elección. El atractivo de una historia de este tipo con el mes-ter de juglaría medieval es evidente, incluso en sus prototipos: menos popular, pero de la misma importancia, puede resultar como contraste la estampa de un Adepto siendo atraído de vuelta hacia Hod. Incluso el mismo amor a la Verdad puede ser una trampa si degenera en una insaciable sed de saber, de saber y de saber sintiendo que uno nunca ha aprendido lo suficiente como para mirar más alto.

Antes de que la Ruach participe en la naturaleza angélica, tan diversas catástrofes como las de los Nietzsche, los Tannhäuser, los Faustos de este mundo, son un peligro que hay que tener muy presente. Se describe aquí una crisis, cuya resolución sólo puede ser acertada si el aspirante es un discípulo de alguien que ha logrado el Adeptazgo pleno, alguien que sea capaz de ver ciertos problemas muy claramente. Es cierto que muchos aspirantes triunfan en solitario: pero un número mucho mayor fracasan en el intento. Además la integridad de muchas Órdenes se rompe claramente en este punto; son éstos los cultos regidos por Hierofantes de los Misterios Menores, que no son ellos mismos más que novicios en la esfera del Adeptazgo: el que sus estudiantes hayan llegado a una cierta forma de Adeptazgo es indisputable, pero el proceso acaba aquí. Incluso en este caso, la grandeza interior de un discípulo puede necesitar únicamente de este ímpetu para seguir adelante hasta lograr su total realización.

Cuando una Orden está gobernada por Adeptos completos, hay una verdadera fuerza viva que puede ascender hasta la esfera de la Belleza y que garantiza que la actividad del alma es en respuesta al estímulo del espíritu: no es meramente oro que tiñe al oro, sino el poder viviente de la misma Lapis Philosophorum. El aspirante ha tenido la experiencia de la realidad del Sendero, y en la Nueva Vida los peligros se han borrado: hasta que se complete la empresa solar él está bajo la regencia de la Neshamah y posee la piedra de toque para lo que busca. Se le dice: «Ejerce las Artes Mágicas, pero sobre todo ¡busca! Se te libera de tu vasallaje a esta Orden. Vete o permanece con nosotros para completar la Empresa que es exclusivamente tuya.»

Se hará evidente para el lector que los problemas esotéricos que hemos considerado en este capítulo, no son sino una contrapartida natural de la realización esotérica: el Sendero del Adepto, dirigido y equilibrado. Sin embargo, los favores y los éxtasis del Adepto se producen a causa de lo alcanzado, no de inalcanzable. Y aquí encontramos a Omar Khayyam descubriendo como:

«Arrojé de mi lecho a la estéril Razón y tomé por esposa a la Hija de la Viña.»

Porque su «Uva fructífera» no es para ser vendimiada en sentido literal, sino que simboliza la fuente del éxtasis Dionisiaco: y la hija de la Viña es esa Aspiración que debe visitar todo viajero en la Esfera de Tiphareth. Pero este «nuevo Matrimonio», nos dice, existía «hace mucho tiempo». En otro lugar de sus versos se menciona a sí mismo como habiéndose sentado «en el Trono de Saturno», de modo que parece que su progreso oculto había llegado a una altura considerable, incluso aunque el plan de iniciación de la Orden Ismaelí a la que perteneció no era exactamente igual en sus grados y en su elaborada organización al de las formas prevalecientes en Occidente. Esta Orden se hizo famosa por los asesinatos políticos llevados a cabo por los fanáticos drogadictos que formaban su guardia externa (los *hashishins* o Assassins), aunque es evidente, tanto por los escritos de Omar Khayyam como por lo que nosotros sabemos de las enseñanzas internas por otras fuentes, que la Orden misma no era ni Musulmana ortodoxa ni de naturaleza esencialmente política. En verdad que otras Órdenes Ismaelíes se sabe que han sido enteramente místicas y pacíficas. Además se sabe que en la Orden de los Assassins se tenía un

gran cuidado en separar los diferentes grados teniendo en cuenta los cambios de filosofía que se producían progresivamente con cada iniciación, así que hay muchas razones para suponer que un hombre del carácter e inteligencia de Omar, no estuvo nunca en contacto con los aspectos de la organización más brutales y repelentes. Sin embargo, es cierto que si hubiera deseado ensalzar en sus versos el uso del hashish, o de cualquier droga que fuera usada en ese contexto, podría haberlo hecho abiertamente. En lugar de esto elige ensalzar el vino, que no se usaba y cuyo solo nombre era mirado con recelo. Está bastante evidente, por tanto, que si él no se refería al propio vino debía estar usando su nombre para encubrir algo, y ese algo no es otra droga. Un examen de los versos nos revela claramente el significado del símbolo. El Islam, como toda religión dogmática, no deja espacio en las vidas de sus devotos para una intuición privada de las cosas divinas: todo debe hacerse ateniéndose a las reglas y por rutina. El Islam también prohíbe, a nivel material, el uso del fermento embriagador de la uva. Por tanto el vino, siguiendo la asociación de ideas, se convierte en un símbolo adecuado para la embriaguez divina y no material, la intuición que trasciende a la razón y que sobrepasa el dogma. Omar, el matemático y astrónomo, ya tenía bastante de cálculos exactos y de razonamientos en su vida profesional, pero por su visión de la divinidad él deseaba algo completamente diferente. Una vez entendido este simbolismo la «Forma Angélica» que aparece, llevando nueva abundancia del precioso líquido para el filósofo, nos resulta bien conocida.

Al mismo tiempo, a pesar del idílico contento que Omar recomienda, y de la profunda satisfacción manifestada en sus cuartetos por este mundo de belleza y por la compañía de su amigo, aún le encontramos igual de cauto con su felicidad como lo están las doncellas de «las Bacantes» o como el habitante de un oasis que siempre tiene cuidado de mirar hacia su centro y no sentarse encarando al desierto. Sin embargo, él sabe lo que hay fuera de allí: el Yermo de la Aniquilación y el Amanecer de la Nada. ¿Cuál es la causa de su melancolía? ¿Es el temperamento de Omar, o un entrenamiento defectuoso, o esa inevitable desolación que prueban aquellos que persisten en el camino —la Noche Oscura del Alma— cuando la intuición espiritual, habiendo alcanzado una deslumbradora certeza, se retira de improviso, y en la penumbra la figura Angélica no aparece? Puede ser cualquiera de éstas y probablemente todas ellas en cierta medida. El toque de escepticismo que muchas Órdenes ocultas impartan en su entrenamiento para contrarrestar cualquier tendencia a la credulidad y a la superstición, era excedido considerablemente entre los Assassins. Aparte de esto, los cuartetos evocan esa región ideal del Ruisñor y la Rosa, la Vida y el Amado que en todos los tiempos ha servido de imagen para la eterna belleza en la cultura Occidental.

## CAPÍTULO IV

### LA TRINIDAD DEL ESPÍRITU

Al tratar de las partes que componen la psique desde un punto de vista práctico, es lógico seguir el orden de la evolución. Ésta confiere al problema un interés humano, pero también comporta una desventaja: cada nivel de la psique parecerá depender inevitablemente del nivel que le es inferior, mientras que si queremos dar una verdadera imagen de la psique tal cual es, ha de mostrarse cada nivel como emergiendo del que tiene por encima. En lo que concierne a los niveles inferiores de la psique, no es un gran perjuicio el limitarlos al punto de vista evolucionado, lo que nos permitirá considerar la historia como una continuación de la evolución física del hombre, con la fase psicológica culminando en individuación al nivel de la conciencia Ruáchica. Pero sin consideramos los niveles superiores, si bien todavía es útil relacionarlos con el progreso del individuo, no podemos hacer una exposición inteligible acerca de ellos sin tener en cuenta su actividad involucionaria, tal como se muestra en las más altas realizaciones de la psique.

No puede considerarse a la Yechidah, el principio más profundo de la psique, como «perteneciendo» a la personalidad. Su correspondencia es Kether, la unidad inicial de la que emana la psique: es la *idea* perfecta e inmortal del individuo particular en potencia en la Mente Divina, aunque la idea del mismo individuo particular en extensión en la Mente Divina, por supuesto pertenece a las diez Sephiroth Atzilúticas en su conjunto<sup>21</sup>. No podemos decir que falten en ninguna persona ninguna de esas diez «Voces» al nivel Atzilútico, no importa lo carente de la cualidad correspondiente que pueda estar dicha personal al nivel de su manifestación terrena. Sin embargo, el Kether de ese plan divino del individuo, tiene, al igual que todo aspecto Kethérico, una cualidad trascendente en sí mismo: su potencialidad total, su perpetuo «devenir».

Debemos enfatizar la completa diferenciación de la Yechidah con respecto a la personalidad que emana de ella. Y cuando la personalidad se considera a sí misma identificada con la particular encarnación en la que se está manifestando en ese momento, la Yechidah debe parecerle totalmente extraña.

En el orden de la involución, la Yechidah emana a la Chaiah o Principio Vital Superior —el Animus o aspecto masculino del Espíritu. La Neshamah o Principio Formativo— el Anima o aspecto femenino del Espíritu—, es emanada como el tercer principio de la tríada Superior, que de este modo se corresponde estrechamente con el esquema sephirótico.

Estas funciones superiores de la psique, no son sin embargo conocidas por el Adepto en su verdadera naturaleza ni incluso cuando sale de la Cripta y pone bajo sus pies la cruz de Bronce de los Cuatro Elementos. La fuerza que emana de la Yechidah se convierte en su siguiente modalidad en Chaiah y, transmitida desde allí, en su tercera modalidad se convierte en Neshamah. La Neshamah corresponde pues al Binah, la cual en su naturaleza esencial viene representada por aquélla en la Tríada Atzilútica de la psique. La Neshamah envía hacia abajo un reflejo a través del Daath microsómico al nivel Briático de la psique. Sin embargo, la Neshamah no se nos aparece con claridad desde afuera, sino más bien como una influencia confusa, incipiente, en la que encontramos a las fuerzas del espíritu, a las influencias de los tres, mezcladas en la luz de la Neshamah<sup>22</sup> (igual que las Sephiroth deben ser consideradas, no sólo de acuerdo con el diagrama del Árbol de la Vida, sino como realidades objetivas —siendo cada modalidad universal— el estudiante debe a su vez considerar a los distintos aspectos del espíritu, no como siendo «izquierda» o «derecha» de acuerdo con el diagrama y por muy valioso que el diagrama sea como glifo, sino como distintas intensidades de ser, Debemos decir que de entre estas modalidades «internas», la Neshamah es el «más externo» de los tres principios del espíritu).

Daath es la puerta por la cual la luz triuna de la Neshamah irradia, y Daath está situado en el Abismo: pero el Adepto todavía no ve la Puerta, ni la verá hasta que para él sea una Puerta en verdad, y su conciencia esté madura para entrar por ella.

Los Poderes Superiores son tres, y dos son sus imágenes Briáticas: la Mujer y el Hombre. (En Cábala moderna a Kether no se le asigna imagen.) La parte predominantemente masculina del alma que se identifica con el Hombre amará a la Mujer arquetípica; la parte

---

<sup>21</sup> Con relación a este tema, véase el siguiente capítulo.

<sup>22</sup> Por razones obvias, el lenguaje humano no ha alcanzado una gran facilidad de expresión en este tema: el estudiante debe considerar el significado de cada referencia a la Neshamah tal como aparece en cada caso.

predominantemente femenina del alma que se identifica con la Mujer amará al Hombre arquetípico. O también ambas podrán amar a un ser humano concreto a quien puedan comparar con la imagen, y aprenderán profundamente de esa experiencia. Hay una tercera imagen que debemos mencionar aquí, el Niño, pero el Niño aún no es percibido. Sin embargo, su existencia y posición son indiscutibles hechos vitales de la psique. No es ni una imagen ni un Arquetipo<sup>23</sup>.

Aquellos en los que lo masculino y lo femenino están equilibrados, y que generalmente tienden con preferencia al Sendero Místico, amarán por igual a la Mujer y al Hombre, encontrándolos representados en toda la raza humana, como por ejemplo hace Whitman, o ejemplificados en amores especiales pero emparejados, como aquél a quien nosotros llamamos Shakespeare amó al Hombre Luminoso y a la Mujer Oscura, o como Miguel Ángel amó a Tomimaso di Cavalieri y a Victoria Colonna.

Estas son las generalidades de las imágenes de las Imágenes, pero hay formas más sutiles mediante las cuales éstas pueden ganar devotos. Porque la Chaiah no sólo se puede interpretar como Hombre sino a veces como Anciano, y entonces, en la polaridad correspondiente, la Neshamah representará al Joven. Si la Chaiah es el poder religioso, la Neshamah es el temporal; si la Chaiah es el dirigente, la Neshamah es el seguidor. De este modo estos dos Supremos se dividen entre ellos a todos los pares de opuestos, así que el sexo está lejos de ser el único determinante que puede conducir de un modo válido al sujeto a identificarse con una u otra polaridad y a encontrar a la imagen de su polaridad complementaria en otra persona que es tenida desde ese momento como la amada o el amado. En la psique, sin embargo, se presenta una complicación. El Ánima tiene una fuerte afinidad con el nivel astral inferior de la Nephesh, del mismo modo que el Animus la tiene con el nivel inferior de la Ruach, que está impregnado de Nephesh: por tanto la Ruach puede ser considerada en este nivel como el componente masculino inferior de la psique y el bajo Nephesh como el femenino inferior.

Si la Nephesh de un individuo no se orienta correctamente, su influencia sobre la Ruach y su reflexión de la Neshamah pueden verse igualmente perjudicadas, interfiriendo de este modo con el desarrollo de la psique en todos sus estadios.

El nivel profundo de egrégoros raciales y arquetípicos, que es contactado en parte por la Nephesh de cada psique, aunque sea de una manera inconsciente, se denomina el Inconsciente Colectivo de la raza humana. Este nivel «profundo», que existe en el Anima Mundi, Yetzirah, comprende en primer lugar al Inconsciente Colectivo común a toda la humanidad y en segundo lugar a los distintos egrégoros arquetípicos culturales y ancestrales de sus subdivisiones. No debe confundirse con el Inconsciente Colectivo Superior, que es contactado por la Inteligencia Briática y por la Neshamah de cada psique. Los egrégoros del Inconsciente colectivo inferior pueden, si son lo suficientemente puros, sintonizar la Nephesh al Inconsciente Colectivo Superior, y la Nephesh es de esta forma capaz de influenciar a la Ruach. Pero en un progreso correcto el principal factor es el de sintonizar a la Ruach con el Inconsciente Colectivo Superior. La Ruach debe regir a los mundos inferiores y no ser regida por ellos, mientras que ella misma debe permanecer receptiva a lo Superior.

Corresponde también a cada individuo un nivel inconsciente más superficial que es denominado el Inconsciente Personal. Este nivel es probable que esté poblado por egrégoros distorsionados o espúreos, resultado de situaciones conflictivas en la vida personal y que representan a los «complejos» en psicología clínica. Estos fantasmas parasitarios, creados por la psique en su propio interior, se dan hasta cierto punto en una gran mayoría de seres humanos que entran bien dentro del rango de la normalidad. Esta mayoría forma un vasto número de gente que podría ser definida como del «tipo neurótico» sin ser realmente neuróticos y que, también en su mayor parte, no han tenido entrenamiento psicológico u oculto, ni experiencia de tratamiento psiquiátrico o psicoterapéutico. Para poner esto que hemos dicho a prueba: uno de los síntomas más comunes de tendencia neurótica es el del miedo irracional, y ¿cuánta gente encontramos que no posea dicho miedo, bien en una situación inofensiva o bien de una criatura inofensiva? Al mismo tiempo, el mayor número con mucho de tales ejemplos no necesita desembocar en ninguna injusticia o crueldad perpetrada contra el objeto de la aversión irracional. Debe también mencionarse aquí que tales síntomas NO constituyen una invitación para el terapeuta aficionado.

Los egrégoros distorsionados formados por complejos en el inconsciente personal hacen que la Nephesh esté cada vez más fuera de armonía con los egrégoros del Inconsciente Colectivo Inferior (con los que pueden confundirse o cuyo lugar pueden llegar a usurpar) y de ahí también

---

<sup>23</sup> Este es el misterio cósmico y microcósmico, llamado del *Loto Azul*. Tradicionalmente se dice que Daath, la Sephirah invisible no tiene una imagen, pero más bien es que en Daath está la *Imagen Invisible*. Así es la función de Daath, estar entre los Arquetipos sin imagen y las imágenes arquetípicas, y la raíz del Loto Azul penetra profundamente en el Abismo.

con el Inconsciente Colectivo Superior. En la personalidad en evolución del Adepto, tiene lugar una purificación progresiva de la Nephesh, y de este modo la Nephesh se convierte en un espejo fiel del Inconsciente Colectivo Superior.

Por otra parte, varios factores pueden causar un elevado grado de falta de complejos, a saber: una personalidad saludable y equilibrada, el entrenamiento psíquico de algún tipo, y también ciertas tendencias psicóticas que de nuevo pueden compaginarse bien dentro de los límites de la normalidad, y aquí sólo estamos considerando ejemplos dentro de la normalidad. En todos estos casos, es probable que la falta de complejos se compense con sueños o similares con un contenido de material arquetípico asociado con el Inconsciente Colectivo Inferior. Es digno de tener en cuenta el que parece darse con frecuencia en el grupo mencionado en último lugar una tendencia a dar un efecto práctico a su interés en lo oculto, tanto como entre los muy equilibrados<sup>24</sup>. La razón por la que este acceso más directo al Inconsciente Colectivo Inferior puede tener lugar, en lo que respecta a los psicóticos leves, es que los problemas y preocupaciones corrientes que forman los complejos en la mayoría de las personas del tipo neurótico significan muy poco para los individuos de tal grupo, cuya personalidad se establece hasta cierto punto sobre una base diferente y que tiene una escala de valores particular. Esto a menudo significa que incluso aquellas injustificables interferencias que padres (y en verdad maestros) frecuentemente se sienten con derecho a hacer en el desarrollo individual de un niño, fuera de los requerimientos ordinarios de buena conducta, serán repelidos «como el agua de la espalda de un pato» por tal personalidad desde el principio. Aparte de por ciertas cualidades negativas, como una falta de capacidad genuina para comprender las ansiedades corrientes de otros, puede resultar difícil el distinguir a estos individuos de personas excepcionalmente evolucionadas que tienen una percepción de los verdaderos presentimientos de la Neshamah, o de aquellos con una historia previa de entrenamiento. Un interesante estudio caracterológico en esta línea es el del Profeta Jonás, según está descrito en el Antiguo Testamento. El héroe de este extraño libro puede ser ciertamente clasificado en uno de los grupos minoritarios que hemos estado analizando, y lo mismo es probablemente cierto del desconocido autor. El episodio de la calabaza, y el discurso (en absoluto característico del tono general de los escritos bíblicos) en el que Dios expresa su preocupación no sólo por la gente sino incluso por los animales de Nínive, puede ser contrastado con la conducta de Jonás en la gran tormenta marina, no simplemente su «falta de consideración», sino el mero hecho de que *podiera* yacer y dormir serenamente en semejante situación; después de todo, humanamente hablando, él estaba tan en peligro de muerte como aquellos que le criticaban.

Los miembros de estos grupos minoritarios —el normal de tipo psicótico, el altamente desarrollado y, por supuesto, el de aquellos que por haber pasado un entrenamiento de alguna clase han superado los primeros estadios del desarrollo oculto— muestran frecuentemente una característica en común cuando comienzan ciertos ejercicios que crean una división temporal en la psique: y es que no son molestados por esa entidad que en nuestros sistemas de entrenamiento oculto se denomina el Vigilante (o Vigilante Inferior) del Umbral. La razón para esto es bastante simple: este Vigilante no es de hecho un egrégor arquetípico válido, ni objetivo ni subjetivo, sino que simplemente representa la acción de lo que los Freudianos llaman el Súper-Ego, confrontando al sujeto con una autoimagen que probablemente le abrumará con sentimientos de culpa y de ansiedad que le recuerdan su indignidad o su insuficiencia, y que el tipo neurótico tiende a empujar por debajo del nivel de la conciencia y de este modo se acumulan desde temprana edad. La ausencia de este Súper-Ego, y consecuentemente de este Vigilante Inferior, es también típica de otro grupo que puede ser mencionado aparte, aunque generalmente puede inclinarse entre los avanzados en mayor o menor medida: aquellos que desde el nacimiento o desde la infancia han tenido memoria clara de una encarnación anterior. Hemos encontrado que esto conlleva que, no importa cuán dominantes o críticos puedan haber sido los padres en esta encarnación, su autoridad nunca habrá tenido esa cualidad absoluta y omniabarcante que es su característica en los demás casos. Incluso la más ligera conciencia de una existencia personal por parte del niño no compartida por ellos puede actuar exactamente del mismo modo que un agujero en un recipiente sujeto a una bomba de vacío.

Los comentarios anteriores indican la necesidad de cribar los contenidos del inconsciente personal durante el entrenamiento antes de intentar acceder a los niveles superiores, para que las asociaciones de un complejo no sean fijadas a una imagen que debiera ser arquetípica (un error que podría tener graves consecuencias). Gran parte de esta criba es llevada a cabo por el mismo

---

<sup>24</sup> En contraste con personas de tendencia marcadamente neurótica, que a menudo son atraídos por formas más pasivas de psiquismo.

proceso de entrenamiento: pero si esto no es suficiente, puede ser el aspirante mismo quien tenga que ser cribado de la Orden. Una Orden Mágica no es el sitio para el tratamiento psicoterapéutico, incluso aunque el trabajo mágico dirigido con atención puede ayudar a una persona a actualizar un complejo y a reemplazarlo por una afirmación apropiada y potente, y cualquier forma de perturbación mental o emocional que caiga más allá del límite de la normalidad deberá, según lo establece la A.S., ser rigurosamente excluida por el bien tanto del sujeto como por el de los miembros de la Orden. A la luz de las referencias hechas en este trabajo a Platón, Ficino, Shakespeare, Miguel Ángel, Omar Khayyan y Walt Whitman, a buen seguro que no tendremos necesidad de puntualizar que la Orden no comete el error común de atribuir la normalidad únicamente a los heterosexuales. La neurosis, en efecto, puede ser padecida por personas de cualquier tipo sexual. Estamos de acuerdo en que un hombre es fundamentalmente heterosexual, manifiesta neurosis si, por ejemplo, poseyendo un miedo inconsciente a las mujeres por cualquier razón, cree de sí mismo que es estrictamente homófilo. Pero entonces, del mismo modo, el hombre que es homófilo de una manera congénita, y por tanto normal, llega a convertirse en un neurótico si, habiendo desarrollado por cualquier motivo un miedo a los hombres como objetos de amor, el cual ha penetrado hasta niveles inconscientes, se piensa a sí mismo como heterosexual. Esto significa inevitablemente que cuando un verdadero homófilo ha cambiado su actitud como resultado de un tratamiento de shock, por ejemplo, no está verdaderamente curado, sino simplemente condicionado como cualquier infortunado animal de laboratorio, y está entonces sufriendo realmente de una neurosis artificial y cruelmente inducida.

También es cierto que muchos homosexuales, ya sean hombres o mujeres, que lo son genuinamente por temperamento y no como resultado de una neurosis, llegan a neurotizarse en alto grado debido a las circunstancias de rechazo y persecución a las que se hallan frecuentemente sometidas, en algunos casos incluso desde su infancia. La A.S. tiene que excluir de entre sus miembros a estas personas simplemente porque sufren de neurosis. Sin embargo, puede y debe unir su voz al llamamiento para que la opinión pública muestre algo de lucidez y ponga fin a su ostracismo. Pero al mismo tiempo debe quedar claro que la Orden no comparte en modo alguno la opinión, expresada por un cierto número de platónicos, de que el amor entre miembros del mismo sexo es intrínsecamente «superior» al amor entre sexos opuestos. Esto no es cierto, del mismo modo que tampoco es intrínsecamente inferior. Lo que en cualquier caso es cierto, es que el amor no es amor a menos que comprometa a los principios superiores complementarios: para el resto, tal y como Jung expresa claramente en *Estructura y Dinámica de la psique*, sexo y edad son dos de las «modalidades» que influyen la conducta humana, pero ni en uno ni en otro el hecho psíquico se corresponde siempre con el hecho anatómico.

Cualquiera que sea la modalidad hacia la que se incline inicialmente la persona, hay que tener presente que para todo ser humano el ideal último es ser psíquicamente andrógino. Esta es una de las grandes lecciones de la vida, y aquellos que no están todavía preparados para aprender en las escuelas de ocultismo deben al menos y hasta cierto punto aprenderla en las experiencias de la vida ordinaria. El hombre que corteja a una chica, hace de los deseos de ella su ley: y al mismo tiempo ella es su «señor y maestro», como los hombres de la Edad Media y del Renacimiento no se horrorizarían en decir. La esposa que se apoya totalmente en su marido para las cosas materiales, debe ser su inspiradora en los asuntos del espíritu: de otro modo ella es un vampiro, y su asociación puede acabar en bancarrota psíquica y, quizás, incluso material. La autoridad del padre debe ser templada con ternura y comprensión; la madre debe ser una torre de fortaleza tanto para sus hijos como para sus hijas.

El mago puede ser ermitaño y célibe, pero todas estas cosas y más debe saber en su corazón indefectiblemente: que las realidades espirituales que subyacen a las pautas anteriores pueden ser encontradas en su alma por medio de los Poderes.

Así, entonces, obtenido el dominio sobre el Mundo de los Elementos, el Adepto permanece equilibrado en Tiphareth. En tal estado de equilibrio, debe embarcarse en la mayor aventura mágica aún por acontecer, la de lograr el conocimiento y la conversación del Santo Ángel Guardián, llamado de otro modo su Santo Genio. El equilibrio le resultará vitalmente necesario para esta búsqueda, porque el resultado no tendrá lugar a menos que se cumpla el aforismo, «Como es arriba es abajo». Una de las convicciones más generales que el hombre ha sostenido por lo que se refiere a los Ángeles, esto es, a los mensajeros de lo Divino y desde lo Divino, es que son seres asexuados, no inclinados hacia un sexo más que hacia otro. Es verdad que en épocas anteriores los seres angélicos solían ser representados como varones para simbolizar el poder creativo transmitido en sus mensajes, mientras que en épocas más modernas han sido representados más a menudo como femeninos por razones probablemente más sentimentales que

filosóficas<sup>25</sup>. Sin embargo, el conocimiento de que los ángeles deben ser asexuados está todavía en evidencia. Esto debe ser enfatizado en nuestra descripción del concepto esencial de ese ser angélico que ahora nos ocupa, aunque debería resultar obvio que esto no excluye la posibilidad de que el Santo Guardián de alguna persona en particular se manifieste a dicha persona en forma masculina o femenina si puede resultar oportuno.

El Santo Ángel Guardián es un rayo transmitido, cuando el Adepto ha alcanzado suficiente madurez, por la Yechidah carente de imágenes, y que se exterioriza a través de la Chaiah y de la Neshamah (en cierto sentido la Madre siempre ha estado preñada con esta fuerza y ahora este hecho tiene preferencia sobre su fecundación por el Padre<sup>26</sup>), y de ahí proyectado a su vez a través de la todavía escondida Puerta de Daath, que, sin embargo, confiere a dicho rayo su propia semejanza, no visual sino exaltadamente intelectual, como Niño<sup>27</sup>.

Así, de los misterios de esa región Superior que desafía a la dimensión incluso en representación simbólica, desciende este ser de luz y amor vivos a quien el Adepto, y sólo él, conocerá como su Ángel<sup>28</sup>. ¿Qué puede escribirse de semejante encuentro? Sólo que tiene lugar en la Esfera de Tiphareth, y que poco a poco va desarrollándose la realización de dicha esfera. El adepto empieza a comprender gradualmente que lo que él percibe no es el Plan Universal sino solamente el fragmento de éste que representa su propia tarea vital: no puede llevarlo a cabo él sólo, pero es que tampoco se espera que lo haga así.

A pesar de lo que hemos dicho sobre el origen de este Ser, la experiencia que tendrá de él el Adepto es que se trata de un Ángel de Tiphareth, porque está —el adepto— limitado por esa esfera a la que ha accedido. En ella todo es puesto en armonía, algo que caracteriza a Tiphareth, aunque más bien deberíamos decir que es el Adepto con su nueva percepción quien es capaz de ver la Armonía que subyace, algo que es mucho más grande y poderoso que el mero equilibrio y que siempre subsiste entre lo de arriba y lo de abajo, así como entre la Misericordia y la Severidad.

La Mente Intuitiva es la llave para ese misterio del hombre que tanto ha preocupado al pensamiento Occidental durante más de dos mil años. Una de las características más notables en el desarrollo de las religiones y filosofías Occidentales ha sido la realización gradual de la

---

<sup>25</sup> El arte de origen mediterráneo, influenciado probablemente por el concepto clásico del Genio, ha representado más a menudo las figuras angélicas como masculinas. El arte germánico, probablemente influenciado por la tradición de la Filgia (Ánima), ha representado más a menudo las figuras angélicas como femeninas. Los escalofriantes «Ángeles» de Goya, que son mujeres en vestiduras eclesiásticas, no son sino caricaturas de ambas tradiciones.

<sup>26</sup> Este impresionante proceso que tiene lugar en el núcleo Superior de la psique está casi más allá de toda descripción. La misma Mitología apenas aguanta aquí la tensión entre hecho y símbolo. En el Árbol de la Vida, el Sendero de Mer curio (el Mensajero Divino a menudo considerado como andrógino) es el Sendero entre Binah y Kether. Arquetípicamente hablando, la Madre queda fecundada por aquello que tiene que gestar, postulándose por supuesto que el fecunda-dor es en cierto sentido preexistente. El mito de Mirra nos ofrece un aspecto de la historia, con el Rey Sagrado Ciniras representando al Dios del mismo modo que lo hace el hijo de Mirra, y siendo Afrodita la Diosa del mismo modo que lo es también Mirra. Detrás de esta historia encontramos el gran Mito de Ishtar y su hijo-esposo Dumuzi, que igualmente tiene un nacimiento partenogenético y de ahí se infiere que preexistente. Dante se atreve a darnos otra versión de la escena cuando dice: «Vergine madre, figlia del tuo figlio.»

<sup>27</sup> Niño pero no párvulo, ni masculino ni femenino.

<sup>28</sup> En la Ceremonia del Portal, que precede a la Iniciación del Adepto Menor propiamente dicha, el aspirante, en conocimiento del arcano secreto del Sendero 25 (Vide, cap. VI, Libro I), permanece en pie en el umbral de los Grandes Misterios simbólicamente como un Niño recién nacido. Él rasga el Velo, y la revelación es su propia imagen reflejada. Puede muy bien pensar que comprende instantáneamente el significado de esto: que todo lo que tiene que aprender, y toda la experiencia posterior, está comprendida dentro de ese inescapable enigma que es él mismo. Y no es que esta sea una interpretación falsa, es que resulta trivial a tenor de la realidad que le aguarda. Su imagen reflejada representa mucho más que la duplicación de su conciencia ordinaria. Él debe, en definitiva, encontrarse cara a cara con su glorioso guardián que además es su Yo gemelo, a quien deberá emular por todos los medios, y con quien deberá trabajar. Esto es el mensaje interior que como Niño recién nacido el Adepto recibe de su imagen simbólica. Y es en verdad un Niño recién nacido, porque en los misterios en los que él está a punto de penetrar, y de los que la Ceremonia del Portal no es sino una prefiguración parcial, tendrá que seguir el inexorable curso del Sol Invictus, «héroe y Dios del héroe», pero se le insinúa que hay un espacio entre día y día y aún no es aquel *Niño de Tiphareth* en el cual Rey y Dios se encuentran integrados, aquel Niño que ha de buscar hasta que encuentre lo que se conoce como el Santo Ángel Guardián. Por consiguiente, en la misma ceremonia del Adeptus Minor su amanecer como Niño, su mediodía como Rey, y su atardecer como Dios, lleva inexorablemente al terrible paso por la Oscuridad. Pero con el surgimiento de una nueva Estrella, el simbolismo anterior del Portal deja sitio a una realidad imperecedera. El *Niño de Tiphareth* se manifiesta entonces, hermoso y triunfante: ¡A él a es a quien se ordena Buscar!

existencia, cuando la evolución individual llega a un punto avanzado, de un vacío o abismo a través del cual la conciencia no puede pasar sin ayuda: un punto en el cual no son suficientes los métodos repetitivos utilizados hasta este momento para superar los obstáculos. Ciertamente que este vacío corresponde a un estado real de cosas en la experiencia interna de la psique: lo sorprendente es que sólo los Misterios Occidentales parecen tener un conocimiento completo de este hecho. Platón no da indicaciones de ninguna crisis ulterior que espera a aquellos que abandonan la oscura caverna de la ilusión y comienzan su progreso en la luz, pero los cultos iniciáticos unos pocos siglos después de su época comienzan a tener conocimiento de ello, aunque sólo sea por lo que implica el mero hecho de su existencia. En el Cristianismo exotérico, el puesto del factor perdido ha sido durante largo tiempo ocupado en la psique por la «Divina Gracia», un insatisfactorio intento para resolver el problema desde el momento en que distintos teólogos cristianos nunca han llegado acuerdo ante la paradoja de que para buscar la gracia uno debe poseerla de antemano: pero ha habido una tendencia por parte de los cabalistas cristianos a intentar acomodar estas doctrinas. Un temprano ejemplo de esto lo encontramos en el único desacuerdo real, aparentemente, que tuvo lugar entre Marsilio Ficino y Pico della Mirandola en el siglo quince. Ficino, como buen Platónico, no tenía conocimiento de la existencia del Abismo, y había propuesto un ascenso continuo desde la vida material hasta lo divino, por una «escalera» de amores cada vez más elevados, hasta que su amigo cabalista Pico le avisó acerca del obstáculo. Sin embargo, Pico, además de ser cabalista era ante todo Cristiano, y propuso la «Divina Gracia» como la necesaria ayuda. Finalmente, Ficino aceptó su punto de vista, y redactó sus escritos posteriores de acuerdo con ello: en sus circunstancias tenía poco margen de elección. Sin embargo, esto no era sino un delicado compromiso, aunque la realidad que en doctrina oculta se denomina Santo Ángel Guardián es la misma que subyace a la pálida abstracción, la Gracia, que es propuesta con tan poca comprensión por parte de las Iglesias.

Esto debe ser comparado con los descubrimientos de Avicena en relación con la «Décima Inteligencia», la última de las emanaciones en un sistema. Ésta, en cierto aspecto, representa lo que solemos llamar la Sefirah Malkuth; sin embargo, el conocimiento filosófico de las Sphiroth estaba en aquellos días comenzando apenas su línea de formulación en el esquema de exactos conceptos que nosotros conocemos en la actualidad. Se añadía más confusión porque, al parecer, Avicena no había llegado a distinguir Cuatro Mundos, aunque los escritos de Orientius, Obispo de Auch (c. 400-450) probablemente de origen español, y los de Salomón Ibn Gabirol, conocido como Avicebrón (nacido en Málaga, en 1020) contienen testimonios de la existencia de dicha doctrina, al menos en la Península Ibérica, del mismo modo que los Pitagóricos habían reconocido cuatro niveles en la psique: intuitivo, racional, imaginativo y perceptivo. A la vista de la aparente ausencia que Avicena tenía de estas formulaciones, de modo que estaba casi prácticamente limitado en su interpretación de las Emanaciones a su propia introspección, no es sorprendente que a veces confunda los niveles: que a veces superponga lo cósmico con lo psicológico, y que incluso amalgame en algunos puntos las funciones que en nuestro sistema son atribuidas a Malkuth y a Binah. A la Décima Emanación, por consiguiente, le atribuye la función de la Neshamah, es decir, lo que él llama el Intelecto Activo (o Agente).

Su explicación filosófica de la distinción entre el Intelecto Activo y la conciencia humana natural (a la que denomina intelecto Receptivo o Pasivo) se basa en su concepto, que ya hemos mencionado anteriormente, de la cualidad «potencial» negativa de la Materia, como contraste con la cualidad «activa» positiva del Espíritu. Él considera a la naturaleza inferior del Hombre, el cuerpo evidentemente en mayor medida que el alma, como perteneciente únicamente al mundo de la potencialidad. El alma puede en verdad elevarse hacia el Espíritu, pero no tiene medios para transferirse ella misma al modo de existencia del Espíritu, ya que este último procede de lo Divino y por tanto participa de la naturaleza del Acto puro. (Es digno de tenerse en cuenta que en el hablar cotidiano nos referimos a algo actual cuando queremos decir que existe ciertamente ahora mismo, en contra de lo que sólo tiene una potencialidad de existir.) Avicena observa que no importa lo alto que la conciencia natural humana pueda elevarse desde sus principios básicos, en sí misma carece de la capacidad de captar lo puramente «abstracto»: entre paréntesis, la palabra «abstracto» misma es un producto de esta incapacidad, desde el momento en que presupone una labor de llegar a lo esencial pelando o *abstrayendo* los fenómenos asociados con ello, y esto por deducción, a diferencia del método directo por el cual la Mente Intuitiva percibe una verdad espiritual. De modo que en la filosofía de Avicena el Intelecto Activo debe irradiar al Intelecto Receptivo para completar la naturaleza del Hombre.

En su conciencia inferior, el Hombre es incapaz de aprehender directamente los noumena Atzilútics, los Arquetipos puros, sin la ayuda de su Mente Intuitiva. Éste, pues, es un problema ante el cual no es posible una solución meramente exotérica, ya sea religiosa o filosófica.

El descenso de la Mente Intuitiva tiene lugar en ese nivel de la Ruach que se denomina

inteligencia Briática<sup>29</sup>. La Luz y el Amor del Ángel agitan las Aguas del Estanque de los Cinco Porches: la inteligencia Briática despierta, y el adepto ve a su Ángel. (La epifanía del Ángel será algo único para el nivel Briático de cada psique individual<sup>30</sup>.) En respuesta al estímulo del Ángel, la Ruach crece por completo y el Adepto aprende a controlar y a dirigir su nueva facultad. Ahora percibe muchas cosas «a través de la puerta desconocida y recordada» de la conciencia Briática, pero incluso en su más alto desarrollo, la Ruach sigue siendo incapaz de intuir directamente la verdad. Esto, sin embargo, no es más que un aspecto de la cuestión, conforme el Adepto, en compañía de su Ángel, crece desde su estado infantil hasta alcanzar la madurez, cuando la «realización de la individualidad» es inducida por el Santo Guardián, el No-Self (No-Yo). ¿Y quién puede decir algo del diálogo entre intuición y racionalidad?

De ahí en adelante el Ángel estará con el Adepto: pero se advierte al Adepto para que tenga en cuenta cierta cuestión que está implícita en este escrito. Sobre esto no se debe decir nada más.

Como ya hemos dicho, la mente del Adepto no será universalizada en este momento, sino que se verá enormemente expandida y llena de inspiración. Como ya sabemos, esta cualidad de inspiración es propia de la Esfera de Tiphareth, que es la razón por la cual esta esfera debe alcanzarse antes de que la plenitud de la inspiración pueda buscarse: porque la plenitud de la inspiración no se encuentra siquiera en Tiphareth hasta que el propio Ángel no es el propio Dionisos. El Adepto se desarrolla bajo esta inspiración, hasta que al fin conoce la Puerta de Daath casi tan bien como su Ángel la conoce.

Debe quedar claro ahora que estamos describiendo en pocas palabras un proceso en el desarrollo espiritual que puede completarse en años o incluso en vidas. Lo cual no podría ser de otra manera. Del mismo modo que puede decirse del nuevo Adeptus Minor que se halla comprometido en la búsqueda de Su Santo Ángel Guardián, sin referencia a que pueden pasar muchos años antes de que esta búsqueda se complete, así podemos considerar que, desde la adquisición del Conocimiento y Conversación, hasta la crisis del Abismo, pueden nuevamente transcurrir un buen número de años. Aventurarse en el Abismo es una decisión que, en verdad, ningún ser puede hacer por el Adepto. Puede tardar encarnaciones, pero el compromiso está implícito, y a donde su destino le lleve, allí deberá dirigirse.

Aún ha de hacer el Adepto una elección ulterior cuando entra en el Abismo. Puede ascender directamente por el Sendero número 13 hasta Kether, para fusionarse gloriosamente con la Divinidad como Impsissimus. De tal elección no resulta una pérdida de individualidad, sino más bien una completitud de ésta, como la palabra *ipsissimus* significa, porque ¿quién puede ser más verdaderamente *él mismo* que aquél que total y deliberadamente sumerge la totalidad de su ser en la Yechidah, la pura idea de sí mismo, la cual le ha esperado a través de todas las vicisitudes de su existencia —esa llama viva y perfecta de indecible luminosidad en la Divina Mente de la cual es parte?

La elección alternativa para aquel que entra en el Abismo es pasar de éste a Binah: entonces él es una vez más y de un modo diferente un recién nacido. En la esfera de Binah, como un Magister Templi, experimenta en toda su profundidad la Noche Oscura del Alma. La Neshamah, a la que su conciencia está aquí unida, le admite en la experiencia pura de Binah y ésta es Binah no como la Brillante Madre Fértil, porque en esta soledad, es la Oscura Madre Estéril. Nuevamente, una cierta alegoría de este estado se halla en el «Lamento de Attis», porque la Esfera de la Madre es también la Esfera de Saturno-Cosmos, y una parte de esa experiencia es la de una completa ineficacia mágica y dependencia que vienen simbolizadas por la castración. También en comparación con el poema hay aquí una total desolación, pero también un elevado éxtasis. En verdad que el ángel está aún con el Adepto, más cerca de él si cabe, aunque no siempre de un modo perceptible: también lo que antes se veía como Belleza y Bondad es ahora visto como Santidad absoluta para confusión de la palabra, pero no del amor. Porque en este análisis final, uno ama al Ser, no a este o a aquel atributo.

Los aspectos negativos de esta situación recuperan su auténtico balance y esplendor sólo cuando Binah se une a Chokmah, en paz y en poder, esto es, cuando el Magister Templi llega a

---

<sup>29</sup> Como se ha indicado, en una emergencia es posible que la Mente Intuitiva, en los niveles Superiores de la psique, deje de lado a la mente consciente cuando ésta no es receptiva a influencias «elevadas», y se comunique con la Nephesh, cuyo nivel astral inferior puede comunicarse a su vez con el sistema nervioso autónomo (simpático). Esta comunicación se realiza gracias a la afinidad de Nes-hamah y Nephesh antes mencionada. En tales casos, el receptor puede reaccionar a la comunicación instintivamente, de modo que está misma permanece por debajo del nivel consciente, o también puede suceder que la perturbación salga a la luz consciente y se convierta en asunto de consideración racional. En cualquier caso, la comunicación carece de un contenido intelectual tan detallado como el que tendría si fuese recibida por el Adepto en la Ruach: la explicación es obvia.

<sup>30</sup> El Adepto deberá guardar la Fiesta de la Epifanía, evidentemente.

ser Magus. En la conciencia de la Chaiah, él es la mente ahora en verdad del Padre Todo-Potente y de la luminosa Madre Fértil: él es al mismo tiempo la Mano Derecha y la Mano Izquierda que se levantan a una en el gesto del Calyx: y por encima y entre ellas resplandece la Brillantez. Sin límites de la Gloria Primordial.

## **CAPÍTULO V**

### **EPÍLOGO A LA PRIMERA PARTE**

A través de los capítulos anteriores, en los que se trató de las diversas partes de la psique

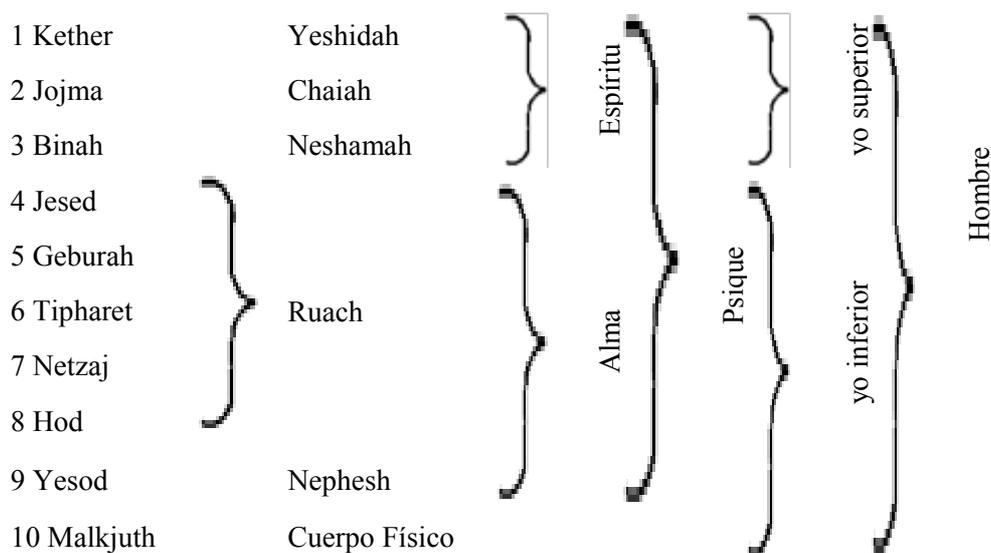
humana, se habrá hecho de algún modo evidente la correspondencia de la psique junto con el cuerpo físico con los Cuatro Mundos de la Santa Cábala. La Yechidah, la Chaiah y la Neshamah pertenecen al Mundo de Atziluth, la Ruach pertenece al Mundo de Briah, la Nephesh al Mundo de Yetzirah y el cuerpo físico a Assiah.

El esquema del Árbol compuesto aplicado a la psique es de extraordinario valor porque indica el desarrollo evolutivo de la psique, e intentar una explicación del hombre sin tener en cuenta la interpretación «compuesta» será totalmente imposible. Sin embargo, considerado separadamente, este esquema puede dar una imagen falsa y puede hacer caer en los mismos errores respecto de la psique que los cometidos por tantos al referirse a los Mundos<sup>31</sup>.

Si la psique se estudia únicamente desde el punto de vista «compuesto», habría que deducir que el espíritu humano comprendería tan sólo a las Sephiroth Supremas, pero, de hecho, el espíritu abarca a la totalidad de las Santas Emanaciones, al microcosmos Atzilútico completo, a la realidad arquetípica total del hombre. En este contexto, a veces usamos el término NShMH HChRB, la *Neshamah de la Espada*, o también, *principios psicoesenciales*. Estos términos se aplican, en el contexto involutivo, a la totalidad del espíritu, comprendiendo a la «Neshamah Suprema» y a la Sephiroth desde Chesed hasta Malkuth. En cada uno de los Cuatro Mundos el nivel relevante al hombre se representa por un mundo completo de las Diez Sphiroth.

La NShMH HChRB, sin embargo, no entra directamente en nuestra consideración del Sendero de Retorno, siendo como es el «acto» involutivo del espíritu (y este libro se ocupa del proceso evolutivo en el Sendero de Retorno). Desde el punto de vista evolutivo, que está basado en el Árbol Compuesto, decimos que el espíritu es triuno —Yechidad, Chaiah y Neshamah— y desde el punto de vista evolutivo esto es bastante correcto. Cuando se trata de los esquemas evolutivos de la psique, la totalidad involutiva del Homo Quadruplex, queda inevitablemente en segundo plano. Sin embargo, la mantenemos aquí.

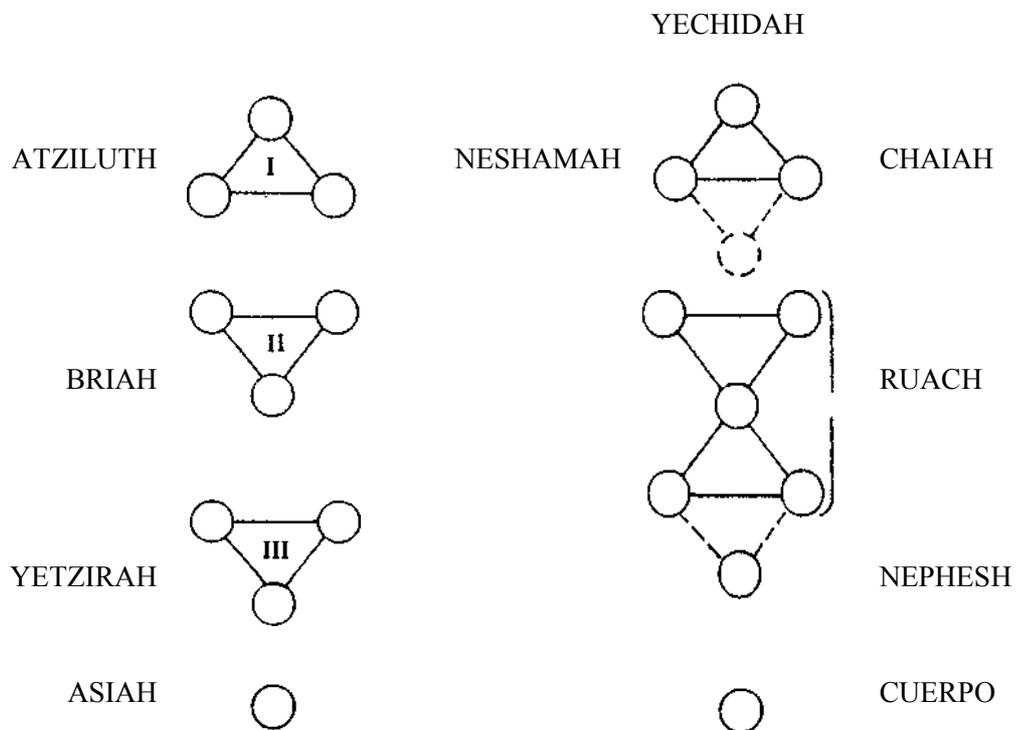
El siguiente diagrama es de gran importancia para estudiar el plan evolutivo de la psique:



<sup>31</sup> Sobre toda esta cuestión, véase el Libro I, Cap. III.

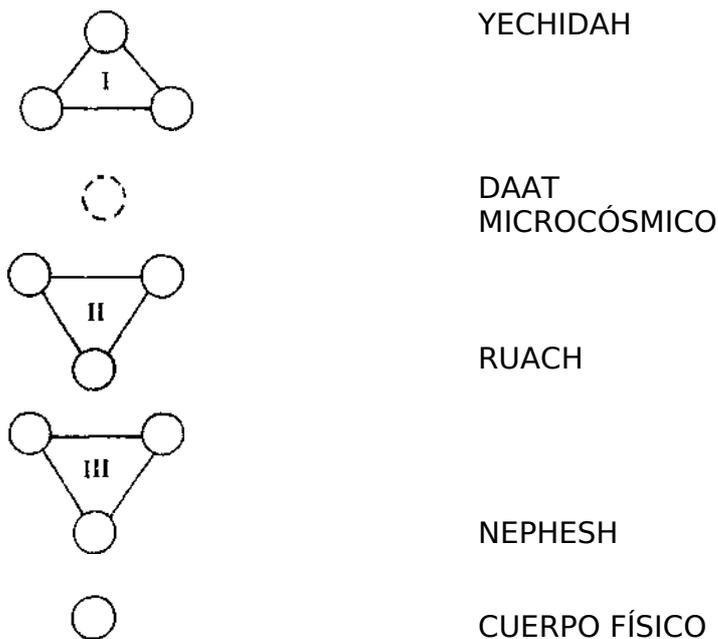
Este diagrama no puede dar cuenta del desarrollo supremamente importante, el descenso de la Mente Intuitiva, que ha sido descrito en los capítulos anteriores. Gran parte de la imaginaria general asociada con ello ha sido dada en el texto de los capítulos III y IV y en otros lugares. No es necesario decir que el mismo tema es conocido hasta cierto punto incluso por gente que, no habiendo recibido entrenamiento oculto propiamente dicho, no han sido conocidos como Adeptos, pero han tenido el estatus de genios o casi genios. Sin embargo, a menudo ellos no han sabido lo que estaba ocurriendo, aunque su nueva intuición les ha revelado su esencia. Gerard Manley Hopkins ilustra claramente este hecho en su poema «La hermosa delicia que engendra el pensamiento...». El verdadero Adepto repetimos, no tiene ninguna duda sobre lo que ha experimentado al alcanzar el Conocimiento y la Conversación, pero en beneficio del estudiante faltaba un análisis del acontecimiento en términos psicológicos.

Si la formulación de nuestra tabla se compara con la configuración de las Tríadas del Árbol Compuesto, la única dificultad que encontramos es en relación con Hod y Netzach. Sus influencias, como hemos indicado, entran en el dominio de la Ruach, cuya Sefirah Puerta es Tiphareth, mientras que en el esquema en el Libro 1 ambas aparecen formando trino con Yesod.



Esta dificultad refleja de hecho de un modo preciso un problema que la experiencia encuentra repetidamente en el desarrollo humano: porque como hemos indicado, la línea de separación entre Nephesh y Ruach no está de ningún modo claramente definida. El trabajo de la Ruach, además de su función como vehículo de las facultades superiores, es poner a las emociones y a los datos subliminales en correcto orden y usarlos, no reprimirlos ni abandonarlos a una existencia autónoma. (El estudiante debe cuidarse de tomar el diagrama de un modo literal, no siendo éste más que una representación parcial y estática de las verdades que pretende traducir: una conformación simbólica. El verdadero sentido de esta cuestión se verá bastante fácilmente.)

Las afinidades especiales que existen entre las Sefiroth-Puerta del Árbol compuesto y los niveles del Hombre son las siguientes:



Esto nos lleva a considerar los Centros de Actividad que existen en el astrosoma. La Tradición Mágica Occidental afirma seis *Centros Principales*, de los cuales cinco corresponden a los Sephiroth-Puerta. Éstos son conocidos como:

- a) CORONA FLAMMAE
- b) UNCIA COELI
- c) FLOS ABYSMI
- d) ORBIS SOLIS
- e) CORNUA LUNAE
- f) INSTITA SPLENDENS

*Corona Flammae.* Este es el centro Kethérico de la psique, situado sobre la coronilla del cuerpo físico. La Corona de personas espiritualmente desarrolladas es percibida fácilmente por aquellos con visión etérica, y ello dió origen a la representación del «nim-bus» o «halo» en el arte religioso medieval. Aunque la Corona Flammae así percibida o visualizada en diversos ejercicios mágicos, no es sino una parte del Mundo de Yetzirah, existe, sin embargo, una correspondencia muy poderosa entre este Centro astral y la Yechidah. Es así como una verdadera energía vital descende a la psique a través de la Corona Flammae para propósitos mágicos. (Ver el Despertar de las Ciudades, Libro III.)

*Uncia Coeli.* Aunque no tiene connotación sephirótica en la Columna Central, este Centro, que está situado en el entrecejo, es de gran significación, quedando bien reflejada su función en la psique en la tradición mística Bizantina, como testifica la marca clara y distinta del «centímetro cuadrado» sobre la frente de un buen número de figuras de Cristo que los expertos en arte Bizantino conocen bien<sup>32</sup>. Es imperativo en la activación consciente de *todos* los Centros-

<sup>32</sup> Un desarrollo particular de la tradición esotérica que es de la mayor importancia debe ser sometido a la consideración del estudiante serio que desee investigar acerca de las ramificaciones históricas de la Tradición Occidental de los Misterios. Tiene que ver con un sistema de filosofía mística que ha tenido una profunda influencia en Occidente, pero que ha escapado a la atención de tantos.

Este sistema, que tiene su origen en la fusión de antiguas tradiciones del Mediterráneo oriental con material del intemporal y casi asectario misticismo de los monasterios (el Sinaí, San Sabas, los Hesicastas), impregnó con su desarrollado simbolismo a los sombríos mosaicos y pinturas del arte Bizantino. Aparece en los emblemas, en el ritual y en la arquitectura de la Orden medieval de los Caballeros Templarios. Inspiró el diseño del Baptisterio de Florencia; guió la mano de Giotto (1270-1337) al pintar la *Casa del Sacrificio* como Templo para sus frescos. Igualmente guió a aquel pintor flamenco desconocido cuya obra maestra, la Anunciación, se muestra en este volumen. Aparece en muchos trabajos gremiales en todas las artes de la Europa medieval y fue transmitido consiguientemente a los Platónicos Renacentistas: notablemente, su velada influencia queda señalada por su simbolismo en la obra de esa gran luminaria filosófica que es Marsilio Ficino. En verdad, que no por la mera

Puerta, que el poder que parte de la Corona Flammae se resuelva e intensifique en la Uncia Coeli antes de pasar a los demás centros según su curso establecido. Los ejercicios diseñados para despertar los Centros-Puerta normalmente ignoran a la Uncia Coeli. Los autores de este libro condenan enfáticamente tal omisión. Ha existido una gran dosis de confusión entre las funciones de este Centro y las del que viene a continuación; confusión que debe ser evitada cuidadosamente por el estudiante, porque la Uncia Coeli tiene una correspondencia con la Neshamah y la Flos Abismi con Daath, y el confundir los centros conducirá inevitablemente a una absurda confusión entre Daath y la Neshamah.

*Flos Abysmi.* El Centro de Daath, localizado en la garganta, es una función integral de la psique por derecho propio. Simboliza el estado de transición, situado en el vasto Abismo que separa los Noumena de los Phenomena.

*Orbis Solis.* En algunas representaciones antiguas de la tradición Occidental, el Centro astral que representa a la esfera solar estaba directamente asociado con el gran centro nervioso situado en la parte superior del abdomen, y de acuerdo con ésta, el centro nervioso físico correspondiente se denominaba plexo solar. Sin embargo, el entendimiento moderno se ha percatado de que el así llamado plexo solar está íntimamente ligado con la naturaleza emocional inferior, de modo que resulta enteramente inapropiado para simbolizar a la Ruach, tal como debe hacer el Centro Solar. De ahí que en la tradición moderna, el Orbis Solis se localiza en el pecho y se relaciona con el corazón. Esta región, identificada por toda la tradición moderna del pensamiento Occidental como el asiento de las más nobles emociones y aspiraciones, es bastante adecuada para representar esa función de la psique que media entre las facultades superiores y las inferiores.

*Cornua Lunae.* El Centro Lunar de la psique está localizado en los genitales. Además de ser de hecho una parte del astrosoma, la igual que todos los centros aquí contemplados, el Cornua Lunae<sup>33</sup> tiene su propia correspondencia especial con la Nephesh. Incluso una mera incursión en la psicología sexual nos revelará que ésta no es bajo ningún concepto un simple asunto de exclusiva motivación instintiva, sino que está cargado con las máximas elaboraciones de la fantasía, y por tanto pertenece evidentemente al Mundo de Yetzirah. Si la Uncia Coeli (véase más arriba) se omite, existe una particular tendencia al desequilibrio por parte del Cornua Lunae, debido al hecho de que, de todos los Centros, el Cornua Lunae es el único cuya correspondencia concreta es el mundo astral en el cual los centros son despertados. La afinidad entre Neshamah y Nephesh se convierte entonces en un factor esencial de equilibrio, porque lo inferior debe ser equilibrado por lo superior: y aquí tenemos una de las razones por las cuales la inclusión de la Uncia Coeli es esencial (el estudiante puede pararse a reflexionar de que esto es, en cierto modo, la marca del signo Tau sobre la «frente» de la *Casa del Sacrificio*)

*Instita Splendens.* Aunque en el astrosoma cada pie tiene su propio Centro de Actividad localizado en el empeine, para el propósito de la visualización, cuando los pies están juntos, la Instita Splendens es compartido por ambos pies. Éste es el Centro-Malkuth de la psique, y tiene su correspondencia con la conciencia sensorial. Representa así el contacto de la psique con las fuerzas de la tierra, y para un desarrollo mágico efectivo debe ser siempre considerado como bien definido, así como benéfico.

Para concluir la Primera Parte de este estudio, podemos ahora volver nuestra atención a una notable conjunción de símbolos que aparecen en una hermosa pintura, única en ciertos aspectos, realizada a principios del siglo XVI por un artista anónimo de la escuela Flamenca (véase lámina al principio de este capítulo). La pintura se encuentra en la actualidad en el Museo Fitzwilliam de Cambridge. El perfecto grado de conservación de este cuadro es por sí mismo poco corriente, y da muestras de haber pasado por las manos de una serie de propietarios, quizás miembros de una fraternidad oculta, quienes eran bien conscientes de su notable significado. Con una ojeada superficial da la impresión de ser simplemente una representación devocional de la Anunciación,

---

presencia de los símbolos místicos, sino por su uso en un contexto significativo, debe el estudiante rastrear este substrato vital de la tradición mágica Occidental, caracterizada por la Estrella de ocho Puntas y cuya palabra clave es Regeneración, una regeneración que no depende de credo o de sacramentos sino de la comprensión y aplicación de leyes espirituales inmutables.

<sup>33</sup> N. del T.: literal. Cuernos de la Luna o creciente lunar.

uno de los temas más frecuentes en el arte europeo hasta nuestros días. Incluso a ese nivel, sin embargo, resulta evidente que el artista estaba ampliamente versado en el apropiado simbolismo y tenía la habilidad y el gusto en aplicar tales conocimientos de un modo que distaba bastante de la banalidad. Por ejemplo: había surgido en la época medieval la costumbre de representar en esa escena dos pilares, uno para el Ángel y otro para la Virgen: no hay que ver más allá para discernir los orígenes de esta costumbre, porque debe notarse que en la capilla subterránea en Nazaret, que se muestra (desde tiempos de las Cruzadas hasta nuestros días) como el lugar de la Anunciación, existen de hecho dos pilares, originalmente procedentes de un antiguo edificio, que enmarcan el altar: la tradición popular pronto les atribuyó los nombres de «el Pilar del Ángel» y «el Pilar de la Virgen». Lo siguiente fue que corrió el rumor de que existía un tesoro escondido por el Pilar de la Virgen, después de lo cual algunos ladrones medievales arrancaron una porción de la sólida piedra para comprobarlo por ellos mismos. Con semejante punto de partida de un simbolismo, parcialmente consciente, parcialmente inconsciente, no es sorprendente que, aunque el Pilar del Ángel permaneciera siendo en la tradición artística un simple pilar, el Pilar de la Virgen acabó representando algo dual en sí mismo: un arco o un porche. Al mismo tiempo, se incorporaron influencias alquímicas, y así ocurrió que, en algunos de los ejemplos más recónditos, el Pilar del Ángel aparecía en rojo (por el principio masculino, la Rosa Roja) mientras que el Pilar o el arco de la Virgen era blanco (por el principio femenino, la Rosa Blanca, el *Anima Mundi*, que tiene que ser redimida de la esclavitud). Un ejemplo muy simple de esta tradición es una pequeña pintura del pintor de Siena Duccio (1255-1318) que se encuentra en la National Gallery, de Londres: el Ángel está al lado de un pilar rojo, la Virgen dentro de una luminosa estructura arquitectónica en tono blanco. Ahora vemos cuán sutil uso ha hecho de esta tradición nuestro anónimo artista Flamenco, porque detrás de la cabeza del Ángel aparece una esbelta columna roja mientras que, gracias a la perspectiva, la Virgen está sentada justo dentro del área de una blanca puerta en arco. Si esto fuese todo podríamos pensar que es accidental, pero a los pies de la Virgen hay un cesto con una pieza de tela blanca, como si estuviera para lavar, clara alusión al «trabajo de las mujeres» el «trabajo blanco» de la alquimia. La redención de Rosa Blanca (quien es, en su interpretación fundamental, el principio inferior en el hombre) es aquí en extremo relevante. Más aún, sobre la Virgen pende la lámpara de cinco llamas de la Quintaesencia. Y si el iniciado todavía necesita reasegurarse de que no está contemplando ninguna representación cristiana ordinaria de este misterio, que observe el cinturón de la Virgen, atado de una manera bastante llamativa, con un curioso nudo que es sin duda alguna la lazada central del tradicional cinturón de Isis.

Otro objeto simbólico aparece en primer término del cuadro, un emblema que han usado muchos autores a través de los siglos sin comprender que en sí mismo no puede tomarse como determinante  la. En el vaso que contiene el ramillete de lirios se encuentra este misterioso monograma, , que ha sido interpretado de diferentes modos como *Iesus-Hireus-Soter* o como *In Hoc Signo*; pero de cada interpretación se saca la evidencia, por pura falta de convicción, de que el símbolo fue primero y la explicación después. Esencialmente, la letra central de este monograma es la que parece como una letra «h» con una barra horizontal cruzando la vertical<sup>34</sup>. Este signo central se convierte entonces en una representación de «la Cruz sobre el Monte», lo que tiene numerosas interpretaciones más antiguas que el cristianismo, pero en el presente dibujo su significado más probable parece ser el de «Eje del Mundo», o palo de la balanza, colocada como está en el punto conocido como ombligo de la tierra. Esta no es, sin embargo, la característica del monograma que más nos interesa. Podemos reconocer inmediatamente, cualquiera que sean los orígenes de la imagen, a esa Cruz sobre el Monte que constituye el objeto central en aquellos grupos del Calvario, tan a menudo situados en las iglesias sobre la reja que separa el coro de la nave, y en donde en la época medieval era muy corriente pintar sobre el techo, justo encima del grupo, una roseta que contenía este mismo monograma. De hecho el monograma representa a dicho grupo. A un lado de la cruz-eje tenemos la letra I. Se nos dice que la figura masculina a uno de los lados de la cruz es Juan, siendo María la figura femenina del otro lado. No hay problema, por tanto, en identificar la letra I para representar a la figura masculina. Pero aunque la I puede significar Juan (Iohannes), difícilmente puede la letra S significar María en ningún idioma. Puede, sin embargo, significar *Sophia*.

Así pues, tenemos a un lado a la letra Griega Iota que viene del mismo sonido y la misma significación que la Hebrea Iod, la fuerza masculina activa y totalmente espiritual, y al otro lado

<sup>34</sup> Es improbable que este signo central represente el sonido «h». El querer interpretarlo como una letra, o aventurar qué palabra puede significar, es imposible sin conocer el tiempo o el lugar de origen del monograma, pero parece cierto que proviene de alguna forma de escritura cursiva griega: algunas letras cirílicas de varias tradiciones se le parecen mucho. La versión moderna en mayúsculas I.H.S. no tiene, por tanto, ninguna autoridad.

la letra Sigma que significa Sophia, la forma femenina pasiva y totalmente potencial, que representa su antítesis y su contrapartida.

¿Sabía nuestro artista lo que estaba inscribiendo sobre ese exquisito vaso? No podemos estar seguros, pero si observamos la dinámica figura vestida de blanco del Angel, con su Vara de Poder, y la meditativa Virgen vestida de oscuro y sosteniendo su libro, vemos que se repiten las implicaciones ocultas en el monograma. Esta Virgen, con la podadera en el suelo a sus pies, es fácilmente asimilable a la Saturnina «Melancolía» que unos cuantos años atrás realizara Durero.

Hay multitud de notables rasgos en la pintura, muchos de los cuales se nos harán obvios inmediatamente, pero esta Anunciación proporciona tres interpretaciones básicas, la Cristiana, la al-química y la psicósófica. El simbolismo psicósófico (¡saludos a nuestro anónimo hermano!) puede, asimismo, desdoblarse. Vamos a considerar ahora uno de los aspectos de este último, dejando el otro aspecto para que sea discurrecido.

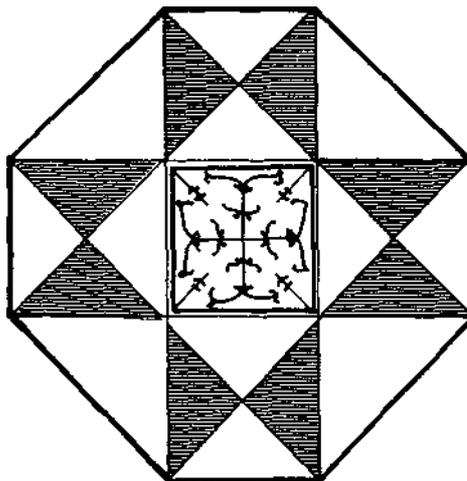
No hay nada nuevo en buscar en los dibujos de los suelos significados crípticos. William de Malmesbury, al describir la Capilla de la Señora en la Abadía de Glastonbury en su misma época, afirma que el dibujo del suelo daba a entender un misterio que no hubiera podido ser expresado por ningún otro medio. Él tampoco nos comunica el misterio del dibujo del suelo, pero lo que tenemos aquí no puede ser muy diferente de esa obra perdida.

El primer dibujo, el más próximo a la puerta, es un simple damero con alternancia de cuadros claros y oscuros. Esta estructura, aún preferida en Medio Oriente y en Occidente para edificios consagrados de todas clases, representa equilibrio y reposo virginales. Las siguientes palabras indican algo de su significado:

OMNIS GLORIA EIUS FILIAE REGIS AB INTUS, IN FIMBRIIS AUREIS  
CIRCUMAMICTA VARIETATIBUS.

El segundo dibujo está mucho más individuado. Las baldosas, claras y oscuras, se han distribuido formando octógonos: áreas cerradas con su centro guardado. El octógono es un símbolo de la personalidad desarrollada, pero no se pretende que ésta deba permanecer por siempre aislada: perfecta en su defensa por lo que concierne al mundo externo, está abierta en su centro al desarrollo de los niveles internos, con un simbolismo comparable al de la fuente octogonal que representa el santuario interior del yo transformado.

El tercer dibujo tiene una nueva ordenación más rica. Aquí tenemos a la Estrella de ocho puntas, «la Estrella Gloriosa de la Regeneración», en una forma no muy diferente de la que usa la Aurum Solis. Si reconstruimos lo que puede verse de ésta en la pintura, tenemos:



## SEGUNDA PARTE

### CAPÍTULO I

#### EL FUNDAMENTO SUBRACIONAL

La historia de la psicología moderna es lo suficientemente bien conocida como para no necesitar ser expuesta aquí. Todos los grandes nombres ligados a su desarrollo, empezando por Sigmund Freud, el creador del movimiento, han sido médicos. En consecuencia, gran parte de las investigaciones básicas realizadas y de los descubrimientos resultantes provienen de la observación de enfermos mentales, o de individuos con problemas emocionales, y se han orientado hacia la cura o mejora de tal condición. Lo cual ha suscitado una gran cantidad de críticas que, sin embargo, no están tan justificadas hoy en día como al principio. La psicología social y la psicología industrial, por ejemplo, son dos grandes ramas de investigación psicológica cuyos objetos de estudio caen bien dentro —podría decirse que casi por definición— del rango de la normalidad, ya que las capacidades para ganarse la vida y para constituir relaciones humanas son consideradas en general, aunque por supuesto no de forma infalible, como signos del grado de normalidad de un individuo. Además, y dentro del tronco principal de la investigación psicológica, el nombre de Carl Jung aparece asociado a una vida de profundo estudio y de interpretación de todo tipo de culturas humanas de diferentes eras y locaciones geográficas, encaminado hacia un entendimiento de la naturaleza fundamental de la humanidad, para poder así establecer una norma mediante la cual evaluar las desviaciones, o lo que sea, de los supuestamente enfermos. Su campo particular de interés, las tradiciones del Gnosticismo, concierne a un modo de totalidad ciertamente aliado con las enseñanzas de la Cábala, si bien, que se sepa, ninguna de las sectas gnósticas presentaba un sistema universal omniabarcante a la manera de la Cábala misma. Así, puede verse cómo las bases del estudio de la psique han sido extendidas por sus diversos contribuyentes hasta comprender tanto a abstrusas filosofías antiguas como a la vida diaria del hombre del siglo veinte.

Sin embargo, tanto el ímpetu principal como el énfasis de la investigación psicológica sigue en general recayendo en su campo de origen, es decir, las enfermedades mentales. Lo cual, de nuevo, no supone una invalidación de su trabajo como marco general de referencia: la psique humana, como el cuerpo, tiene un cierto carácter inherente que aparece subyaciendo a todas las posibles deformaciones o distorsiones y, propiamente interpretadas, estas distorsiones de la psique no pueden sino arrojar luz sobre su naturaleza y posibilidades, así como sobre la manera de sus procesos vitales. En la formulación de la psicología moderna, la experiencia del médico ha sido insustituible, no sólo para la obviamente necesaria delineación de las relaciones entre la psique y el campo físico, con su ensamblaje en los sistemas glandular y nervioso, sino también para un más sutil tipo de experimentada elaboración de analogías cuyo alcance no ha sido adecuadamente explorado todavía. Porque, aun admitiendo diferentes «tejidos» para la psique y para el cuerpo material, hay paralelismos muy estrechos y significativos entre los procesos mediante los cuales cada uno de ellos intenta asegurar su salud y su supervivencia. Una erupción en la piel, o la ocurrencia de pesadillas, indican el intento por parte del cuerpo, o de la psique, de arrojar fuera de sí algo incompatible, ya haya sido introducido desde afuera, ya generado en su interior. Y al mismo tiempo, ambos, cuerpo y psique, manifiestan la misma tendencia a hacer inofensiva una intrusión que no puede ser expulsada, tratando de aislarla, es decir, construyendo una valla impenetrable alrededor de ella. Así, los tejidos musculares emparedan a una bala incrustada y el inconsciente empareda a una experiencia traumática. Lo cual no constituyen sino ejemplos sencillos pero muy típicos de la acción realizada tanto por el nivel de inconsciente inferior de la psique humana como por la fuerza vital en general. Precisamente las mismas reacciones con respecto a las intrusiones, consideradas tanto expulsables como no expulsables, pueden ser observadas en las acciones comunales de una colmena de abejas.

Con respecto a los niveles instintivos y a los llamados niveles emocionales inferiores, la observación e inferencia clínicas han hecho contribuciones de gran valor y profundidad. Para el mago, sin embargo, su alcance, así como incluso el alcance de las investigaciones psíquicas y parapsicológicas, no es sino accesorio. No puede éste buscar en ellas más que evidencias

coincidentes; tampoco necesita nada más que esto. Para empezar, su propia aproximación al estudio de la psique es distinta de la de ellos: tiene un objetivo diferente y un distinto punto de partida de tanto el investigador psíquico como del psiquiatra o del psicoterapeuta. El punto de partida del mago es su Cámara del Arte; tiene también un ejemplar de psique para investigar —la suya propia— pero por definición ésta debe hallarse en un estado razonable de salud, ya que él no pretende tanto su curación como su progreso y desarrollo. Además, él tiene lo que sus contrapartidas exotéricas no han tenido nunca todavía: un modelo arquetípico para ayudarlo en su trabajo, nada menos que la visión gloriosa del universo y de la psique en su perfección, construida por hombres iluminados a lo largo de los siglos. El que los hallazgos de los psiquiatras esotéricos modernos coincidan con esta elevada sabiduría a disposición del mago, constituye en sí misma una gran evidencia que avala la profundidad y la integridad de su trabajo.

Siendo este el caso, el mago haría mal, sin embargo, en desoír sus duramente ganadas verdades. Como sucede con una gráfica, los puntos estrictamente necesarios para dibujar una recta o una curva pueden muy bien ser suplementarios por otros puntos que la confirmen. Y si dichos puntos se han obtenido independientemente mediante otra disciplina y usando distintas fuentes, el resultado no puede ser otro que un enriquecimiento en profundidad de entendimiento. Además, el última instancia, los descubrimientos de los psicólogos y de los cabalistas deben ser coordinados no sólo en beneficio del mago. Contra mayor sea la medida de verdad relevante a disposición del curador, más efectiva va a ser la curación misma. Aquél que coloca un miembro fracturado en lo que parece ser la posición más natural, y que aplica cuidadosamente tablillas y vendajes, hace ciertamente algo positivo en aras de su satisfactoria reparación. Pero aquél que conoce con exactitud cuál es la anatomía del miembro tal como éste debería ser una vez curado, y que trabaja de acuerdo con ello, es predecible que consiga unos resultados mucho más satisfactorios, lo cual tiene una analogía de mucha importancia en lo que respecta a la guía de la psique. Y por ello, se insta de la forma más solemne posible a todos aquellos implicados en este campo de operación, a que estudien Cábala moderna y el sistema de psicología de la Aurum Solis. El presente estudio, sin embargo, aunque plenamente basado en los principios de la psicología, que son de aplicación universal en la psique humana, está totalmente orientado hacia el entrenamiento del estudiante de magia, así como a la comprensión de los factores psicológicos involucrados en dicho entrenamiento.

El aspirante recién embarcado en su aprendizaje se halla, tal como se ha indicado, entre dos grandes áreas de inconsciencia, o mejor, áreas de cuyo contenido su conciencia ordinaria es inconsciente: éstas son el Inconsciente Superior (o Interno) y el Inconsciente Inferior (o Externo). El Inconsciente Inferior (o Externo) está en relación íntima con los instintos y con el sistema nervioso, o mejor dicho, con los sistemas nerviosos. Desde el principio, la meta del estudiante debe ser la de incorporar a la conciencia cada vez más material psíquico. Pero sólo a base de determinación es muy poco lo que se puede conseguir. La determinación es un ingrediente esencial del éxito, pero no el tipo de determinación ése se da de cabeza contra puertas cerradas. Lo que se necesita es una tenacidad extrema fortificada a base de paciencia y de buena voluntad. Tener buena voluntad, por otra parte, no significa lo mismo que ser débil o indulgente. Es esta cualidad la que nos permite aliarnos con las partes de la psique (y también con el cuerpo) que por su naturaleza intrínseca o por nuestra inexperiencia personal no están bajo nuestro control directo. E incluso donde sí podemos ordenar tampoco debe la buena voluntad estar ausente. Lo cual también se aplica, por supuesto, a nuestras relaciones con los seres humanos y con los Poderes.

No hay en ello nada de sentimentalidad, sino al contrario. Un ejemplo: el estudiante de Magia, que tiene que ganarse también la vida, se encontrará con que el tiempo que dedicaba antes a sus amigos se verá disminuido en un mayor o menor grado, dependiendo del estudio y de la intensidad de su aprendizaje. Sus amigos protestarán por ello, pero él debe regirse por lo que él mismo sabe que está haciendo y no por lo que ellos imaginan que él está haciendo. De hecho, una mirada de su mente dirigida hacia ellos con buena voluntad puede hacer más (y así ocurrirá conforme avance por el sendero) que muchas horas de charla superficial que sólo sirve para disipar las propias energías y las de ellos. Igualmente, y especialmente durante la realización de Ejercicios, un impulso amistoso dirigido a las facultades implicadas, puede ser de considerable ayuda. (Pero no hay que enviar nunca lástima, ni de uno mismo ni de otro; la lástima es venenosa.) Merece la pena recordar que por medio de estrategias adecuadas algunas formas de actividad que claramente no tienen nada de mágicas han sido transformadas en algo parecido a la magia por gentes de todo tipo. Por ejemplo, es frecuente que en las instrucciones para la práctica del culturismo figure la de hacer los ejercicios delante de un espejo. Esto es en parte debido a que así uno puede estar «seguro de que está asumiendo la postura correcta», y también «para darse ánimos a sí mismo observando sus propios progresos». Pero lo que generalmente no se

señala es que los músculos, así como los demás tejidos corporales, responden en realidad al hecho de ser mantenidos en atención consciente, de forma que el estudiante que los «estimula» de esta forma recibe más beneficios de sus esfuerzos que aquél que no les da más que una concienzuda preparación técnica. Igualmente, en el mundo de la belleza femenina el espejo no está sólo para fomentar la vanidad, sino que es un verdadero instrumento de arte: frente a él, la relajación y la vibración, la animación y el equilibrio son cualidades que en rostro y figura cobran nueva vida. Y si la atención consciente puede hacer tanto incluso por el cuerpo físico que participa fuertemente de la inercia de Assiah, ¿qué no podrá hacer por el cuerpo astral, tanto en sus niveles densos como en los sutiles?

Consecuentemente, cuando los ejercicios mágicos sean puestos en práctica, es necesario cuidar de que cada gesto y postura sean ejecutadas exactamente tal como se indica, lo cual puede dar pie para un saludo momentáneo, por así decir, a las diversas partes del cuerpo según éstas van siendo implicadas. Pero también el propósito del ejercicio, así como las facultades internas dirigidas hacia dicho propósito, debe recibir de la conciencia una actitud de aliento y confianza. Con ello el efecto de unos ejercicios bien ejecutados, se verá grandemente incrementado.

En esta focalización de la atención hacia las diversas partes del cuerpo, los pies no deben ser omitidos. Cuando se insta a que el estudiante visualice cómo un rayo de luz desciende hasta la región del suelo entre los pies<sup>35</sup>, es a la región entre los pies a la que se alude y no a una zona vaga por debajo de las rodillas. Para hacer correctamente esta visualización es necesario tomar conciencia de los pies mismos. Con frecuencia los altos tienen más dificultades que los bajos para conseguirlo y es así fácil ver cómo en lugar de la confianza en uno mismo que podría esperarse de sus centímetros de más, suele observarse en ellos una tímida irresolución que contrasta con el vivo sentido práctico de sus camaradas de más reducida estatura. Hay varias razones psicológicas para ello, pero viene mucho a cuento el dicho de que «puedes tener la cabeza en las nubes, pero que tus pies estén firmemente en el suelo». En cualquier caso, e independientemente del tipo de psique que uno pueda tener, la conciencia de los pies es necesaria para ese bienestar psíquico que es la base del trabajo mágico. Los pies, como las manos o la cara, son tan sensibles a las vibraciones de la psique como para presentar un índice de carácter del individuo. Lo cual no es sabido sólo por el tarsomántico oriental, sino también por el viejo zapatero occidental capaz de obtener una gran cantidad de información sobre sus clientes por la forma en que éstos llevan puestos los zapatos. Y sin embargo, los pies no reciben la atención debida por aquellos que deberían tener en cuenta su importancia esotérica. A menudo, cuando la psique expulsa una condición que está causando una tensión inútil —una preocupación, quizás, o un miedo respecto a algo en lo que somos incapaces de actuar efectivamente siendo por tanto mejor que pasáramos a ocuparnos de otra cosa— los pies son dejados completamente de lado en el proceso liberador y permanecer sumergidos en una miasma de depresión. Sería bueno desarrollar el hábito de dirigir, quizá cada noche, un poco de buena voluntad a cada pie, tanto a su parte física como a su centro astral, mientras que al mismo tiempo se expulsa de ellos todos los residuos de las preocupaciones y frustraciones del día. Una de las mejores formas de asegurarse la cooperación de la Nephesh y del sistema nervioso autónomo es hacerles saber que su trabajo es valorado y tomado en serio. Desde el principio, el diario mágico es un excelente medio de hacerlo. Por supuesto que nada se gana con escribir acerca de la realización de los ejercicios mágicos en unos términos brillantes que los hechos traicionen. Lo que debe hacerse es una verdadera y justa aseveración, y esto puede hacerse con franqueza y confianza absolutas porque su propósito es tan sólo ayudar al propio progreso. Y cuando se ha hecho un buen trabajo, el ego no debe reclamar todo el mérito para sí; a las demás facultades les encanta la confianza de que su contribución es debidamente apreciada y fielmente anotada. Según el diario progresa de las disciplinadas notas del principiante a la plena relación del mago avanzado se comprobará la realidad de la ayuda extra así conseguida.

Otro aspecto muy importante a tener en cuenta en esta estimulación de las facultades de la Nephesh es el sentido constante de novedad y de aventura. En una Orden mágica esto es responsabilidad de la persona que dirige al aspirante, pero el que trabaja en solitario debe ser capaz de asumirlo por sí mismo. Está en la naturaleza de las cosas el que sea imposible un nivel uniforme de interés en algo, y si esto se intenta, se comprobará que cada vez es necesario más esfuerzo para ello, de forma que la búsqueda de novedad empieza por hacerse malsana para acabar por resultar imposible. Debe haber, por consiguiente, un flujo y un reflujo. Pero la

---

<sup>35</sup> Ver «El Despertar de las Ciudadelas», Libro III.

introducción de puntos nuevos de interés, y de nuevas líneas de aproximación es esencial, especialmente durante aquellos períodos que requieren perseverancia en un mismo ejercicio. Así, podría buscarse una variación en las circunstancias de la meditación, podría ensayarse un tono diferente y quizá altamente efectivo en la voz mágica, podrían planificarse algunos días de recapitulación del trabajo previo, tanto por el repaso en sí como para evitar que el trabajo cotidiano se torne aburrido... —una simple variación en el incienso o en la iluminación puede llevar a valiosos descubrimientos de interpretación—. La razón para crear tales renovaciones del interés hay que buscarla en la naturaleza tanto de la Nephesh como de la actividad nerviosa y glandular del vehículo físico. Porque mientras que puede esperarse que el intelecto consciente del estudiante mantenga un nivel adulto de aplicación a la Obra sin la continua experiencia de un nuevo estímulo, hay que reconocer que los niveles inconscientes inferiores, antes de su integración en la aceptación de la Verdadera Voluntad, van a evidenciar la misma capacidad para la atención sostenida hacia un objeto fijo que un niño o un animal. Y mientras que esto ya es un hecho predecible en niveles puramente teóricos, hay además una gran evidencia en ese sentido, resultado de muchas investigaciones psíquicas. Puede en este punto citarse también una cierta investigación llevada a cabo por la A.S., incorporando otros materiales relevantes y de la cual se habla a continuación.

Hay un factor bien estudiado que se presenta en todo tipo de experimentación psíquica realizada en condiciones estándar y que conlleva una cierta regularidad en los resultados obtenidos: sea cual sea el nivel inicial de aciertos en una prueba determinada, y siempre que éste sea sensiblemente diferente<sup>36</sup> del esperado por puro azar, hay una tendencia a que en una batería de pruebas, el individuo medio se aproxime al nivel aleatorio o que incluso lo alcance; o sea, que la proporción de respuestas correctas sea la que podría esperarse caso de haber respondido al azar. Y esta misma tendencia se repite en series completas de baterías, de forma que se obtiene una gráfica típica en «diente de sierra».

Aunque nuestro verdadero campo de interés se centra en la Magia y no en las formas simples de percepción extrasensorial, tales como clarividencia, telepatía y otras, no es menos cierto que los datos suministrados por las investigaciones en dichas áreas resultan de suma ayuda por la luz que arrojan sobre el funcionamiento de las facultades psíquicas inferiores, las cuales constituyen un eslabón vital de nuestra cadena, por muy elevado que nuestro propósito último pueda ser. En orden a reunir información sobre la experiencia no mágica de dichos niveles, la A.S. puso en marcha una encuesta que fue pasada a clarividentes confirmados de ambos sexos de estatus profesional. No sólo se pidió a estos dotados individuos que colaboraran en ciertas pruebas, sino que también se les formularon preguntas acerca de las condiciones de trabajo que ellos preferían y cosas similares. Se observaron algunas diferencias notables respecto de los resultados obtenidos con no profesionales. En particular, los efectos del «cansancio» antes aludido tardaron mucho más en presentarse, aunque, como la encuesta puso de manifiesto, esa dificultad les importunaba de otras formas. Se encontró además que, en contra de la creencia popular, la mayoría de los profesionales no consideraba una ventaja el conocimiento personal de su cliente, sino más bien al contrario. Ese conocimiento les turbaba y, lo que era peor, entorpecía la acción de la facultad psíquica de un modo que generalmente no llegaban a entender. El hecho era que la Ruach era implicada con ello, habiendo sido más positivo el que permaneciera en reposo para dar más libertad de acción a la Nephesh. (Sí que encontraban útil, sin embargo, el saber ciertos detalles generales, no sólo del cliente, sino también de cualquier persona implicada en la pregunta de éste: sexo, edad, estado civil..., los mismos índices que cualquier abogado necesitaría para hacerse una imagen razonable del material presentado. Algunos psíquicos, sin embargo, negaron el que incluso desearan el que se les dijera todo eso.) Esta aversión a estar excesivamente informados concuerda con lo que sabemos de la Nephesh: se corresponde, por ejemplo, con el descubrimiento capital del teatro del siglo veinte, a saber que un escenario que meramente sugiere a la imaginación un tema apropiado dota a la obra de mayor realidad que la conseguida con el concienzudo «realismo» del teatro Victoriano. Por esta razón, debemos cuidarnos de explicar exclusivamente por «cansancio» el conocido dato de que aunque un psíquico en un primer encuentro con un cliente con frecuencia hace una o más sorprendentemente inequívocas predicciones que son después cumplidas con exactitud, nunca más vuelve a alcanzar el mismo grado de acierto con la misma persona. Sin embargo, nuestro grupo de individuos en la investigación estableció claramente que el flujo de nuevas y variadas personalidades constituía un importante estímulo en su trabajo. Por otra parte, era necesario

---

<sup>36</sup> Algunos individuos pueden demostrar una facultad psíquica ciertamente genuina pero que se manifiesta dando un número mayor de respuestas *equivocadas* de las previstas por azar. La causa radica en los procesos inconscientes, siendo probablemente las circunstancias de las pruebas, adversas de algún modo al individuo.

disuadir a los clientes habituales de que volvieran demasiado a menudo<sup>37</sup>, y hay quien averiguó por sí mismo el error de permitir que la relación clarividente-cliente deviniera en una amistad personal. Pareció que el ideal era una relación puramente amistosa e informal.

Un cliente, por supuesto, se espera que aporte también algo. En ese sentido, los psíquicos describieron sus diferentes reacciones a tipos «vibrantes» o «depresivos», mientras que, por otra parte, afirmaron que preferían con mucho a alguien con un problema definido en vez de aquél que sólo había ido por curiosidad o con la esperanza de que el clarividente fuera capaz de «ver algo» en el futuro de una existencia en la cual el cliente mismo no se había esforzado lo más mínimo por generar alguna traza de interés.

Todos estos detalles se dan por su importancia confirmatoria: todos concuerdan con lo que cabría esperar a priori de la acción de la Nephesh y del movimiento de la Luz Astral. Situaciones y reacciones paralelas ocurren en otros tipos de relaciones humanas: en el mundo de la educación volvemos a encontrar la conveniencia de una relación suelta, pero no familiar, entre profesor y alumno, y, asimismo, son también de importancia mayor la novedad y la originalidad en la presentación del material. Es además un hecho conocido el que durante el primer trimestre del año escolar, durante los tres o cuatro primeros meses como máximo después de la larga vacación estival haya que dar la mitad de todo el programa si es que se quiere tener alguna probabilidad de terminarlo durante el año. La clave del proceso de aprendizaje estriba en la acción de la Nephesh como intermediaria entre la Ruach y el cerebro. Las lecciones más inolvidables son las aprendidas con el máximo de participación de los canales subracionales. La función propia de la Ruach es la inteligencia, más que el aprendizaje en sí. Los más inteligentes suelen aprender mejor que los menos inteligentes porque tienen una motivación más fuerte para hacerlo, porque organizan mejor las facultades subracionales y porque relacionan con más efectividad el material nuevo con el ya aprendido. Pero aun así, siguen dependiendo en gran medida de las facultades subracionales y del cerebro físico para el trabajo concreto de aprender. El I.Q. del «profesor distraído» sigue siendo tan alto como lo era en sus mejores años de estudiante, pero por diversas causas, tanto físicas como emocionales, las facultades subracionales ya no dan el mismo apoyo a las racionales.

Tenemos, de paso, un poco más de evidencia sobre la existencia separada de la mente del organismo físico<sup>38</sup>. El hecho observable de que en los viejos la inteligencia no se deteriora a la par que la capacidad de aprender, arroja mucho significado. Una demostración menor de un hecho del mismo tipo se halla al alcance de cualquiera que haya intentado seguir trabajando en un problema a altas horas de la noche, cuando el cuerpo ya está agotado. Aunque en dicho estado el cerebro se siente ya impotente para procesar ideas o para proporcionar los detalles factuales necesarios, la mente puede todavía querer seguir enfrentándose con el problema, y puede que incluso sea capaz de percibir vagamente a lo largo de qué líneas pudiera encontrarse la solución.

En otra categoría distinta, aunque relacionada, habría que incluir la experiencia de un grupo interesante: aquellos que bajo las condiciones de anestesia total se ven ocasionalmente lanzados a un estado de conciencia proyectada. La investigación revela que estas personas habían tenido ya algunas indicaciones de facultades psíquicas emergentes, si bien quizá sólo ligeramente o hace mucho tiempo. A menudo, antes de la operación estas personas expresan su disgusto por la anestesia o intentan convencer a los encargados de que «no servirá de nada». Es, por supuesto, una práctica normal de la ética médica el no hablar a posteriori sobre nada de lo que un paciente haya hecho o experimentado mientras que estaba bajo anestesia, pero en este caso la reticencia de los encargados tiene otro motivo adicional: la prudencia, no sea que un factor que no controlan pueda ser injustamente interpretado en descrédito del anestesista o de todo el equipo. Por consiguiente, si el paciente es mínimamente considerado, no intentará forzarles a discutir sobre la ocurrencia —consideración ésta que el «lego» haría bien en aplicar hacia todo aquel de quien se sabe que se halla atado por un código o credo especial—. Una forma típica consiste en que el paciente, que ha sido propiamente anestesiado y que está inconsciente para todos los efectos prácticos, «ve» la operación y la describe después con gran exactitud, aunque, curiosamente, a veces desde un ángulo visual que no corresponde al de su cabeza. Lo cual no puede explicarse por telepatía, porque el paciente es capaz de describir competentemente los

---

<sup>37</sup> Se encontraba así un fundamento para la antigua superstición de que «trae mala suerte» el consultar a un psíquico más de una vez en el mismo día (!). La cantidad de energía astral disipada por ambas partes puede ser considerable, e igual que un motivo de preocupación puede ser neutralizado hablando exhaustivamente de ello, también parece posible el que la motivación astral de un objetivo deseado pueda neutralizarse involuntariamente del mismo modo, especialmente con una percepción psíquica experimentada focalizada en ella. La A.S. contempla en general con extrema reserva el uso de la adivinación.

<sup>38</sup> Ver proyección de la Nephesh y de la Ruach. Libro III.

instrumentos sin ser capaz de nombrarlos, y porque el punto de vista corresponde con precisión a una posición «intermedia» entre dos de los presentes, o bien a estar «sobre» la mesa de operaciones. Ninguna sensación de dolor es reportada. Se trata, en verdad, de un caso auténtico de conciencia proyectada, pero es aquí citado simplemente por la evidencia que aporta sobre la separabilidad de la mente del cerebro

Con respecto a los «débiles mentales», se han hecho algunas observaciones que profundizan a lo largo de esas mismas líneas. Dicho grupo de seres humanos muestra primariamente una muy pobre coordinación de los sistemas físicos, de forma que sea cual sea el nivel de inteligencia que tengan, las probabilidades de manifestarlo positivamente son pocas. Se ha encontrado, sin embargo, que en muchos casos unos cuidados aplicados con perseverancia y sin prejuicios pueden sacar a relucir signos de una inteligencia mayor que la que se les habría podido suponer. Lo cual ha sido observado incluso entre aquellos que han sido confinados en hospitales mentales como imbéciles o idiotas. Y resultan de un valor particular los comentarios de un psiquiatra que trabajó durante muchos años en un gran hospital mental del sur de Inglaterra.

El doctor J. había empezado su carrera profesional como un materialista consumado. De acuerdo con esta actitud, la psique para él no tenía existencia real alguna, consistiendo en un agregado de reacciones nerviosas y glandulares interpretadas por el cerebro, en un organismo totalmente condicionado por la herencia y por la experiencia personal. A lo largo de los años, tuvo entre sus pacientes del hospital a cierto número de idiotas congénitos que habían ido generalmente a parar allí a través de unas circunstancias totalmente insatisfactorias en el hogar. Las visitas al hospital de padres y familiares de los pacientes dieron al doctor J. la oportunidad de observar y de entrevistar también a sus parientes. Pudo así confirmar que, en la gran mayoría de los casos, la familia como un todo era de un bajo nivel de inteligencia, de forma que aunque los pacientes mismos se hubieran librado de la idiotez, nadie les habría predicho un grado normal de desarrollo mental. Esos desafortunados pasaban sus días sumidos en la impenetrable apatía, y estaba en la naturaleza de su desajuste general el que normalmente no llegaran a vivir demasiado. Sin embargo, uno de los síntomas anunciadores de que su mente se aproximaba era, como el doctor J. observó repetidamente, el despertar de una inteligencia madura. Parecía como si una esperanza rompiera su apatía, una conciencia de su inminente liberación. (Pero liberación, ¿de qué? —se preguntaba a sí mismo.) Pero esto no era todo. Al tratar de aplicar la más elaborada interpretación razonable de la que era capaz al mencionado cambio, una cosa que podría esperarse es que, en todas las circunstancias, este recién estrenado intelecto apareciera como una *tabula rasa*, es decir, como una facultad virgen vacía por igual de conceptos y de hábitos. Pero, en lugar de ello, lo que era repetidamente percibido era una mente racional plenamente formada, fuerte en razonamientos, y mostrando una elevación espiritual, amén de un refinamiento, totalmente inexplicable en términos de la experiencia vital de estas personas. Poco después de esta manifestación, sin embargo, la muerte sobrevinía rápida e invariablemente.

No cabía duda alguna en cuanto al fenómeno observado por el doctor J. Éste lo consideró desde todos los posibles puntos de vista de su conocimiento: podía emitir hipótesis materialistas para intentar dar cuenta de muchos de los datos, pero el desarrollo y la madurez de lo que nosotros llamaríamos la Ruach no admitía explicación posible. Aún a riesgo de ser considerado «extravagante», tuvo que concluir que durante la vida de tales individuos, su mente había estado en algún lugar (tal como lo expresó él), recibiendo, era de suponer, de alguna fuente desconocida una educación a la medida de su verdadera capacidad.

\* \* \*

La Nephesh y el cuerpo físico constituyen un vehículo para la Ruach, sujeto a leyes y limitaciones que son, en parte, ajenas a la Ruach misma. Si la personalidad ha de integrarse, como es necesario para un satisfactorio aprendizaje mágico, no puede permitirse que las facultades inferiores dominen la escena, dejando así a las facultades superiores inmanifestadas e inarticuladas tal como es abogado frecuentemente por cierto tipo de pseudomisticismo de hoy. Una medida de ascetismo es de lo más deseable en los primeros niveles del aprendizaje, aunque debe entenderse claramente que no se trata de un ascetismo por sí mismo, ni para la acumulación de «méritos». La ruptura de los viejos hábitos, que se han desarrollado al azar, es necesaria para la formación de otros nuevos más adaptados al verdadero propósito: la Nephesh aprende a mirar a la Ruach en busca de guía, y la Ruach, a su vez, se acostumbra a prestar la atención debida para el verdadero beneficio de la Nephesh.

Los instintos en sí mismos conforman la motivación del nivel inferior de la Nephesh, vinculado directamente con el organismo físico. Un breve repaso a algunos de ellos, tal como

aparecen en la vida ordinaria, así como a su relación con las emociones, clarificará su posición y su naturaleza. Hay un número indefinido de instintos porque están interrelacionados entre sí de muy diversos modos.

Se tiene el *instinto de huida* que subyace a la emoción del miedo: si siempre que fuéramos informados por el instinto de huida pudiéramos escapar efectivamente, nunca llegaríamos a sentir conscientemente miedo. Un profesor de escuela, que caminaba una noche por una calle desierta con la mente absorta en las preocupaciones del día, dio repentinamente un increíblemente ágil salto hacia un lado y como resultado se encontró sobre una pierna en medio de la calzada. Tras mirar en derredor para averiguar qué es lo que había causado este suceso tan notable, vio a la luz de los faroles sobre la acera un cabo de cuerda enrollado de forma que a primera vista parecía una serpiente. En su estado de conciencia abstraída, el instinto había asumido el control: no había sentido nada de miedo y ni siquiera había percibido la cuerda hasta que se hubo girado para mirar. Puesto que había respondido instantáneamente al impulso de evitar el camino del peligro, tener miedo habría sido algo completamente superfluo. Igualmente, hay personas que probablemente no han llegado a conocer nunca el sentimiento de tentación, ya que ese sentimiento no emerge a la conciencia del que cede a todos sus impulsos. La emoción es consciente o no es emoción. Hay psiquiatras que hablan, por ejemplo, de «celos inconscientes», pero tal cosa no existe: hay un impulso subconsciente (o inconsciente) a poseer o a dominar por completo al objeto amoroso, y hay un impulso subconsciente (inconsciente) a destruir y/o a identificarse con cualquier intruso. Si la síntesis de esos impulsos emerge en la conciencia como un deseo insatisfecho tenemos entonces la emoción de los celos.

El *instinto de lucha* está relacionado con el de huida: ambos son puestos en juego mediante la activación de las glándulas suprarrenales, y el que el resultado sea la huida o la lucha depende en gran medida del condicionamiento y de la confianza en uno mismo, factores que además hacen entrar en juego a otras hormonas. Tampoco el instinto de lucha es una emoción: si se provoca a un individuo muy agresivo, su respuesta contundente será más rápida que el propio pensamiento o sentimiento, y hasta no haber visto al otro yaciendo quizá inconsciente no tomará conciencia de lo que ha hecho —puede que no haya experimentado emoción alguna desde el principio hasta el fin—. El individuo menos agresivo no responde al instinto cuando es similarmente provocado: experimenta, sin embargo, una intensa emoción de ira.

El hecho de que todas estas consideraciones se aplican, *mutatis mutandis*, al *instinto sexual*, resulta lo suficientemente obvio como para necesitar comentario. La gente a menudo no puede dar ninguna razón válida para explicar por qué se fueron a la cama con determinadas personas por las que no sentían la más mínima emoción. Es inútil preguntarse que habría sucedido caso de habérselo impedido. Analizando casos en los que tal acción impetuosa fue efectivamente impedida, un cincuenta por ciento agra-decían a su buena suerte el haber podido escapar, mientras que el cincuenta por ciento restante decidían que estaban enamorados de verdad. De nuevo, no hay que confundir instinto con condicionamiento. El síndrome de «recreo-casarse-tener una familia» está tan incorporado a nuestro sistema social que no puede atribuirse enteramente al instinto el que la gente siga esa pauta sin pensarlo ni sentirlo de verdad; en particular, cuando en el mundo comercial los mejores trabajos y oportunidades de promoción suelen darse a jóvenes casados de los que se puede estar «seguro». No puede negarse, sin embargo, que en todo el proceso hay mucho de instinto, aunque, repetimos, sea inconscientemente. El hombre que disfruta de un strip-tease o de una revista «porno» no está actuando por instinto: está jugando con la ambivalencia de placer-dolor que resulta de la excitación frustrada de un instinto. Muchas mujeres afirman no estar interesadas en imágenes de hombres atractivos: esto es probablemente cierto, ya que en el desarrollo femenino de la psique el nivel más típico de motivación sexual está en el nivel verdaderamente instintivo y, por tanto, inconsciente. Ya se ha hablado en otro lugar de la relación entre Anima y Nephesh y entre Animus y Ruach: el presente tema de estudio pertenece igualmente a dichas relaciones. Lo cual se ve repetidamente, especialmente en lo que respecta al tipo poco evolucionado de mujer. Un grupo de chicas va por una calle aparentemente enfrascadas en su conversación. Un grupo de chicos viene en dirección contraria. Los chicos son al punto conscientes de las chicas como objeto de interés. Las chicas no los perciben. Pero, casi invariablemente, en el instante en que los dos grupos se cruzan todas las chicas producen al unísono una aguda risita provocativa. Resulta inconfundible. Y no es que estén deliberadamente disimulando o provocando: están actuando por puro instinto. Lo cual explica el misterio que ha dejado siempre perplejo al sexo masculino: la extraña mezcla de provocación y de frigidéz que se da en muchas mujeres. Una vez que se entiende que la provocación de la mujer típica es probable que sea total o casi totalmente inconsciente, y que su falta de respuesta es, a menudo, fruto de la misma inconsciencia del instinto, el misterio resulta menos alarmante. Después de todo, la inconsciencia de su instinto es

necesaria para su pasividad. Hay toda una barricada de prejuicio social, levantada desde la Edad Media hasta el siglo XIX, al efecto de que las mujeres son más «impresionables» que los hombres, y que, por tanto, no se debe hablar delante de ellas de temas que sugieran al sexo en modo alguno (pretensión mediante la cual ellas también eran condicionadas a ser posible hasta el punto de llegar a creérselo). Todo ello para ocultar y mantener en secreto el hecho de la inconsciencia, y por tanto irresponsabilidad, de su motivación sexual y de su alta sugestionabilidad. Esta misma inconsciencia del nivel sexual es, sin embargo, también la causa del llamado efecto «Barbara Allen», que consiste en que una chica rechaza a su amante sólo para descubrir demasiado tarde su verdadero afecto por él: en este caso la atracción sólo sube a la conciencia como una emoción amorosa cuando el objeto de atracción ya no se halla presente, es decir, cuando se frustra el instinto. Por supuesto que a un hombre puede sucederle lo mismo, particularmente a aquel que por orgullo o por una educación infantil muy estricta, ha empujado anormalmente a su vida emocional a la inconsciencia. Pero su ocurrencia es mucho más frecuente en el tipo «medio» de mujer. Su mayor insistencia en el amor y en el sentimiento en la relación sexual, se debe al hecho de que el elemento verdaderamente sexual presente en su motivación le resulta en su mayor parte inconsciente.

Nada de esto se aplica, en proporciones siquiera parecidas, a las mujeres de temperamento más intelectual o más típicamente erótico (Animus-Ruach dominante). Tales mujeres son seres mucho más complejos que la simplemente femenina, la cual, como entidad biológica, precisa de poca idea consciente de su papel. Estas mujeres más complejas, y en cierto sentido más masculinas, son de muy variados tipos, desde aquella que es determinada y que elige a su hombre tanto como él a ella, amándole consciente y lealmente, hasta la que es una artista dotada, pero que no trabaja sobre mármol ni sobre lienzo, sino sobre su propia persona, para crear una maravilla de gracia seductora, estudiando lo que el instinto ya no la puede decir sobre lo que va a tener más poder de encanto. Sin embargo, ningún tipo de ser humano es todo dulzura y luz, y entre ese tipo de mujeres complejas y sexualmente despiertas encontramos también, por ejemplo, a la ninfómana; porque cuando su exagerada manifestación del instinto es debida a causas psicológicas, ella está frecuentemente buscando una forma de autoexpresión activa tipo Animus en el sexo que es difícil que encuentre.

El *instinto paterno-materno* es distinto del instinto sexual, pero en su forma básica es igualmente inconsciente. Por supuesto que los padres pueden muy bien ser conscientes del amor por sus hijos, pero eso no es lo mismo que el mero instinto de producir y criar a los retoños. De hecho, hay muchos padres que son totalmente llevados por el instinto hasta que los niños son lo suficientemente grandes como para ser descubiertos como amigos. La edad a la que esto puede suceder depende del carácter de las partes implicadas. El problema con los instintos de este tipo es que, aunque pueden tornarse excesivos, siguen permaneciendo a un nivel inconsciente, de forma que si un padre o madre es acusado de posesividad, se autoanalizará en busca de algún tipo de emoción consciente en ese sentido y al no descubrir ninguna negará el hecho. En la literatura psicológica hay muchas referencias al instinto materno, pero apenas ninguna al instinto paterno. Sin embargo, este último es igual de real. Y puesto que el macho presenta una tendencia instintiva a gobernar no sólo a su propia progenie, sino también a una tribu, el «paternalismo» puede aparecer en todas las áreas de la vida, con resultados a veces excelentes y a veces lamentables. A veces se afirma que el *instinto creativo* es un impulso típicamente humano. Esto es verdad en cierto sentido. Hay muchos animales que crean algo: un panal, un nido, una madriguera, un capullo, una telaraña, etc., pudiéndose saber la especie a la que pertenece el animal por el estilo de su obra. Con frecuencia, este instinto está directamente relacionado con el esquema de la reproducción: los pájaros construyen sus nidos, anualmente en la mayoría de los casos, como un receptáculo para sus huevos, un gato doméstico hace un nido de paja, hojas secas o periódicos, para el nacimiento de sus gatitos, pisoteando el material para hacer un agujero de tamaño y forma correctos; las elaboradas estructuras creadas por abejas, avispas y hormigas durante muchas generaciones son igualmente para el propósito principal de la perpetuación de la especie. Los capullos del gusano de seda y de muchos otros insectos se construyen cuando dichos seres van a sufrir su propia transformación vital de larva a adulto. Las elaboradas colonias de castores, auténticas maravillas de artesanía animal, se diseñan con un ojo puesto tanto en la crianza como en la hibernación. Pero en todo el reino animal no hay nada comparable con el torrente sin fin y con la variedad de la creatividad humana que en la mayor parte de sus manifestaciones apenas puede llamarse instintiva. Pero sus orígenes bien parecen instintivos y podemos preguntarnos si no están de algún modo entretejidos con el instinto de reproducción — como con los constructores de nidos—, con el instinto de autoconservación — como con los constructores de capullos— o con el instinto predatorio — como en el caso de la araña.

Para tratar de sacar una conclusión, podemos retroceder tanto como sea posible hasta los

orígenes físicos de la raza humana. El hombre del Paleolítico Inferior era capaz de un tosco arte creativo. Las pinturas en cuevas del hombre del Paleolítico Superior eran impresiones naturalistas de animales, coloreadas con pigmentos que en algunos casos se han mantenido vivos hasta el día de hoy. Grabó también cabezas de animales y otras pequeñas figuras sobre trozos de hueso, las cuales tienen la misma cualidad de realismo vital. Como contraste, recordamos el penetrante dicho del viejo Cosme de Medicis de que «todo pintor se pinta a sí mismo», un comentario ampliamente suscrito por la psicología moderna. Nos gustaría conocer, entonces, cuáles son las primeras imágenes humanas individualizadas del hombre primitivo.

Existen representaciones muy antiguas de la Madre y del Cazador, aunque carentes de rasgos de individualidad. No hay representación del Artista como tal, pero hay una imagen notable de quizá aún más interés que el que dicha imagen aportaría. En la caverna de los Tres Hermanos, en los Pirineos, se halla la famosa imagen del Hechicero desnudo y enmascarado enfrascado en su danza ritual. Otras muy primitivas representaciones de seres humanos masculinos también consisten en figuras mágicas con máscara. Se trata ciertamente de magia para la caza: gran cantidad de evidencia apoya esta observación. Pero magia al fin y al cabo, magia de la danza y fetichismo, con las imágenes de animales de caza como objetos de acción. Parece que estas técnicas son casi tan antiguas como la propia especie humana. Todo esto es muy importante desde el punto de vista de nuestro estudio de los instintos. Cierta suceso, cierta circunstancia, cierta percepción inconsciente excita a la energía física y psíquica de esa criatura que llamamos Hombre. De acuerdo con la naturaleza general del estímulo, los centros nerviosos y las glándulas asumen la energía liberada y la usan para producir las sustancias químicas que al punto precipitan una reacción instintiva al suceso o circunstancia. Si es posible al instante el perseguir, matar, violar, o huir de la causa externa, podemos suponer que la conciencia del hombre primitivo no se involucra demasiado en el incidente. A veces, sin embargo, la acción apropiada resulta imposible y entonces se genera una emoción y el asunto necesita ser ponderado. El hombre aprende de sus propios errores. Sin embargo, en asuntos de caza es demasiado importante, tanto por razones de alimentación como de seguridad comunal, el que las oportunidades de éxito o fracaso no dependan del azar. A ello sigue una oleada de energía en la forma de instinto creativo: y he aquí que cuando el instinto creativo hace su entrada en la mente consciente asume la forma de una voluntad de hacer magia. El modo en que, en ese caso concreto, ésta se materializa constituye el germen de la clase de magia que todavía hoy en día es una de las más notables: la dramatización del resultado deseado. Este impulso de hacer por medios mágicos (en cualquier cuestión importante) a la seguridad doblemente segura, puede adherirse a cualquier instinto o aspiración de la mente humana o a cualquier combinación de instintos y aspiraciones. El instinto creativo, que es su origen, puede entonces ser ahora identificado como un instinto específicamente humano, nacido de una conciencia de que, por la naturaleza de la psique humana, no siempre se va a tomar a la vida tal como aparece, ni tampoco se van a usar exclusivamente medios materiales. Esta percepción, sin embargo, presupone la existencia de una norma estándar mediante la que juzgar qué es lo que se debe hacer, y para establecer tal norma se necesita tener algún tipo de objetivo consciente. Sin esta salvaguarda, casi todo el mundo apuntaría, consciente o inconscientemente, a conseguir una inmortalidad terrena sin lucha, envejecimiento o sufrimiento de ningún tipo. Tal objetivo es, o bien inalcanzable, en cuyo caso se trata de una meta falsa o ilusoria, o si suponemos que es alcanzable debemos confesar que su realización antes de haber completado la evolución espiritual del individuo bloquearía efectivamente casi todos los medios de progreso. Si, sin embargo, nos ponemos como objetivo el avance en nuestra evolución personal, será este propósito, en vez de los impulsos espontáneos de la naturaleza instintiva, lo que determinará nuestros deseos. Éste es el significado de la afirmación de que el ascetismo debe verse como un medio, no como un fin en sí mismo. En aras del completamiento de una evolución se puede aceptar como razonables los obstáculos a vencer y las pruebas a superar en la realización de la Obra. Pero también en aras de la Obra podemos aceptar aquellos alivios que podemos reclamar. El decir «no quiero estar enfermo ni un sólo día de mi vida» sería una absurdidad, pero es válido decir «no cogeré ningún resfriado este invierno porque ello obstaculizaría mi programa mágico». Lo cual no es sino un ejemplo menor: el aspecto vital de la cuestión es que una vez que el estudiante ha puesto el pie sobre el sendero de la Magia Suprema, ya nunca hasta el momento final de su identificación con la Yechidah es dejado sin un «próximo objetivo» consciente a conseguir. El entrenamiento mágico resulta posible por una aceptación tácita desde la Obra en su integridad.

## CAPÍTULO II

### EL EGO Y LA CONCIENCIA DE UNO MISMO

El ego ha sido con demasiada frecuencia el «Patito Feo» de la psique. Por una parte, una espiritualidad mal enfocada pero fanáticamente entusiasta ha establecido repetidamente un ideal de «desegoificación» en cuya práctica el individuo normal no puede esperar competir con el severamente neurótico, que es alabado (y explotado) por organizaciones de todo tipo. Por otra, en la educación convencional, el ego en desarrollo del niño sigue siendo desairado y reprimido, en toda oportunidad, a menudo por maestros que encuentran más fácil el malversar la doctrina cristiana que responder a preguntas que van más allá de lo que dicen sus libros de texto. En consecuencia, el péndulo oscila hasta el otro extremo: se derroca a la falsa espiritualidad y la psique reprimida afirma turbulentamente su derecho a la vida. Tal movimiento está teniendo lugar en la actualidad, pero no es al ego todavía, a la mente consciente, a quien se concede la victoria. La voz popular no aclama a la Ruach, sino a la Nephesh. Dos siglos, después de todo, son poco tiempo en la historia del hombre: y nuestros insurgentes contra la autoridad están todavía simbolizados en su actitud por los Sans-Culottes de París que derribaron la cruz de los altares en nombre de la Razón y luego —también en nombre de la «Razón»— entronizaron a una prostituta en ellos. La Nephesh no debe dominar así a la Ruach. Cuando el principio femenino sea redimido de la prisión de la materia, será en verdad entronizado, pero el trono de la Ruach corresponde a otro principio, o todo acabará en el caos. Hay una espiritualidad verdadera que no viene impuesta desde afuera, como la falsa, sino que se encuentra en el propio interior, y no busca destruir al ego sino llevarlo a disfrutar de su propia herencia. Éste es el trabajo de la magia y de la psicofía.

Hay una fábula que fue ampliamente conocida y bien querida durante la Edad Media, y que continuó siendo contada e impresa con extrañas ilustraciones sobre madera, para ser vendida en forma de cancionero en ferias y mercados por todo tipo de vendedores ambulantes —siendo leída tanto por jóvenes como por viejos— hasta el mismo siglo XVIII, momento en el que, significativamente, perdió el favor de las gentes: por lo visto, se dejó de encontrar en ella un «mensaje personal». Hay datos de una oscura reimpresión en el siglo XIX, pero incluso ésta es una época distinta de la nuestra y en la actualidad la historia es desconocida excepto para unos pocos anticuarios. Es hora, sin embargo, de contarla de nuevo. Se trata del cuento de Orson y Valentín.

Orson debe originalmente haber tenido un nombre diferente porque aquél por el que le conocemos significa simplemente «hijo de oso». El y Valentín eran hijos gemelos de un emperador, pero siendo todavía bebés fueron un día dejados en un jardín junto a un gran bosque y en un momento dado se descubrió que Orson había desaparecido. De hecho había sido raptado y llevado al bosque por una osa que había perdido a su cría, pero nadie había visto el incidente. Tras una búsqueda infructuosa fue dado por muerto y Valentín fue criado y educado como el único heredero. Entre tanto, Orson creció entre los osos, viviendo como un «hombre salvaje de los bosques».

A la imaginación medieval le resultaba atractivo el concepto de «hombre salvaje de los bosques»: es muy posible que alguien de existencia bien real ayudara en algunos casos a construir la imagen, pero lo que es más importante desde el punto de vista psicológico es que la mente medieval acariciara el concepto, quizá encontrando placer en la idea de haber escapado de las redes de la vida feudal aun a precio de alimento, cobijo y de la propia sociedad humana. En los cuentos tradicionales, el «salvaje» no es representado como un ser gregario. Así, en los viejos grabados, Orson aparece como un «salvaje típico», todo cubierto de vello, descalzo y portando un tosco garrote.

Valentín, sin embargo, nunca había llegado a aceptar del todo la creencia en la muerte de su hermano y al llegar a la edad adulta decidió emprender su búsqueda. No tenía ni idea de por dónde empezar, así que se aventuró por el camino del bosque. Era un camino largo y solitario y al caer la noche todavía seguía en él. Habiéndose detenido para pasar la noche, fue atacado por un oso grande y feroz.

Antes de poder matar o ser muerto, sin embargo, se oyó un extraño grito emerger de la espesura. Y de ella salió un Hombre Salvaje que habló al oso de una forma que fue entendida y

éste se pacificó. Por supuesto, el salvaje era Orson. Poco a poco los dos hermanos percibieron su mutuo parecido. Y Orson fue de vuelta encumbrado al principado por su hermano.

Es posible que el primer narrador desconocido de esta fábula, que varía ligeramente de versión en versión, no fuese consciente de que estaba creando una alegoría, ni tampoco esto habría sido percibido por muchos de sus lectores medievales. Pero es su cualidad alegórica la que indudablemente da cuenta del profundo entusiasmo que siente por ella la mente místicamente sintonizada. Orson representa a la psique humana sumergida en las duras y desafiantes condiciones de la vida material. Vive como lo hacen sus vecinas, las bestias. Salvo en que lleva un garrote, apenas se distingue de ellas. Sin embargo, aunque él no lo sepa, él es un Príncipe y el hijo de un Emperador. Crece en el bosque hasta la madurez, es decir, su conciencia ruáchica se desarrolla. Su hermano gemelo, o, en otras palabras, su «Genio Divino» o «Ángel Guardián», viene a él en el momento oportuno (se acepta generalmente que el nombre de Valentín significa el Fuerte o el Héroe, con una connotación, además, de buena salud; así, el Completo). El incidente con el oso es interesante. Da a Orson la oportunidad necesaria para trascender su medio ambiente: espontáneamente sale al encuentro de su hermano, ejerce autoridad sobre el oso y es obedecido. Haber aprendido por experiencia el lenguaje del bosque no es para él sino una ventaja adicional. Su Ruach es así capaz de controlar y de dirigir a su naturaleza animal de acuerdo con una motivación superior: por este medio se gana el reconocimiento de su verdadero linaje y es llevado por su hermano Héroe de vuelta a su verdadera casa.

Esencialmente, son el trabajo de la Ruach y la elección crucial que la Ruach hace lo que posibilita esta reintegración final. La conciencia egoica —ésta tan a menudo difamada facultad—, precisamente por ser la parte central y consciente de la psique, tiene que desempeñar el doble papel de ejercer una autoridad firme pero benigna sobre la Nephesh al tiempo que se torna a sí misma receptiva a la Mente Intuitiva. Así, en la operación de la Ruach tanto los niveles superiores como los inferiores reciben expresión consciente.

Aunque desde cierto punto de vista el encuentro de la Conciencia Ruáchica con la Mente Intuitiva es correcta y necesariamente presentado como un acto único que tiene lugar en un momento dado, es también verdad, en este caso como en tantos otros, que un efecto que aparece tan de repente ha tenido en realidad un largo período de preparación. Todas las facultades implicadas han estado presentes desde el principio y se ha asegurado paso a paso la armonía entre ellas. Sin un cierto grado de tal armonía el aspirante no habría sido un ser humano sano. Sin un alto grado de ella, el aspirante no habría sido capaz de llevar el trabajo mágico hasta ese punto — mientras que la práctica misma del trabajo habrá llevado a todo el desarrollo a un grado aún mayor de armonía —. La perseverancia y la meditación son esenciales: pero esencialmente esa forma particular de «meditación», conocida como Experiencia en la Obra, la cual puede tardar muchos años en construirse en la psique y que confiere como ninguna otra cosa la interacción armoniosa de todas las partes entre sí y con el cuerpo. Dos factores deben ser mencionados que ayudan a asegurarse contra las insurrecciones de la Nephesh que pueden poner en peligro un proyecto de este tipo: una es la búsqueda de la Verdadera Voluntad, la otra es el alto grado de flexibilidad e iniciativa que la A.S. propugna en la ejecución del programa mágico personal.

Para el ejercicio de esta libertad no hay consejo que dar salvo el del desarrollar el autoconocimiento y la honestidad consigo mismo tanto como sea posible. También quizá el de mantener una cierta apertura hacia nuevas experiencias. Autoconocimiento no significa lo mismo que autocritica destructiva, y una espontaneidad segura de sí misma resulta tan valiosa que bien vale la pena el cometer algunas equivocaciones, incluso equivocaciones dolorosas, para conseguirla. Si la Ruach tiene que cumplir su tarea como guardiana de la psique, debe conocer cuál es la psique concreta que tiene que guardar. La vida propone a todos una serie de problemas y la solución «correcta» para uno no tiene por qué ser buena para todos. Todo lo cual tiene que ver con la forma en la que la Verdadera Voluntad debe ser seguida. Ante todo, la preocupación por el pasado es una de las causas más estériles, y por tanto venenosas, de perturbación psíquica jamás descubiertas. El mago debe siempre recordar que no importa en qué punto de la circunferencia de un círculo metafórico se encuentra, ni tampoco mediante qué avatares llegó a ese punto, siempre hay un posible radio que lo une directamente con el centro.

Cuando se han cometido errores graves, es decir, errores respecto a la evolución de la persona en cuestión —aunque no siempre desde su punto de vista consciente— la experiencia muestra que los niveles inconscientes de la psique no suelen pararse ante nada para intentar rectificarlos. El cortar en seco una encarnación es uno de sus métodos cuando no se presenta ninguna otra solución. Esto no significa suicidio, el cual no admite generalizaciones, sino muerte con «causas accidentales» o por enfermedad. Por supuesto que en tales casos no es humanamente posible decir que si el problema no hubiera existido, la enfermedad o el accidente no habría ocurrido.

Tan sólo se puede decir que en ciertos casos conocidos en los que las personas implicadas se hallaban atrapadas en una posición falsa de la que no había escape normal posible, y en los que el punto de vista particular hacía imposible considerar el dilema como irrelevante, se ha visto cómo una enfermedad previamente insospechada se desarrollaba con sorprendente rapidez y resultaba fatal a despecho de unas buenas perspectivas iniciales de recuperación. Puesto que tales desastres fueron aparentemente el resultado de la desesperanza en alcanzar algo contemplado como la verdadera meta en la vida, la cual en la mayoría de los casos se había tornado inalcanzable debido a la propia falta de decisión o a una decisión previa «equivocada», resulta evidente lo peligroso que resulta el tomar decisiones tan sólo por instinto. En tales casos en los que la muerte sobreviene sólo queda concluir que el sujeto tendrá que tomar una decisión más sabia en una próxima encarnación, pero es obviamente preferible el que la Ruach hubiera sido capaz de impedir la circunstancia. Si el auriga suelta las riendas de los caballos el resultado será desastroso para todos.

La Magia es un maravilloso instrumento para mantener el siempre cambiante equilibrio de la psique. La meditación, el estudio, la devoción a los Dioses, el desarrollo de la psique, la construcción de un instrumento mágico o de algún requisito para la Cámara del Arte, la composición o la ejecución espontánea de un ritual para declarar el propio propósito a la propia necesidad, la exultación en la pura alegría de la vida, del día, de la noche, de la estación, el propio himno dedicado a la Serpiente o a la Cabra... Todas esas cosas profundizan y enriquecen esa vida interna que trae consigo una verdadera autoconciencia. La psique encontrará su propio tiempo y su propia ruta hacia el fin, pero cuanto más íntimamente esté integrada dentro de sí misma, menos peligro hay de que tome falsas decisiones o de que emita juicios erróneos en cuestiones importantes. Menos peligro hay, también, de que haga grandes cuestiones de los asuntos pequeños. Porque el mago, lejos de evadirse de la vida y de la realidad como algunos críticos no dejan de sugerir, ha entremezclado en verdad su propia vida con la vida y la realidad de todos los mundos, ha comprendido el parentesco que hay entre su propio ser y tanto las inmensidades de las estrellas como los ciegos movimientos de la ameba, ha mantenido extrañas comunicaciones con driada y con náyade, ha elevado su alma hasta la Divinidad de su adoración y ha hecho de su individualidad una parte integrante de la danza ritual o del mimo. La naturaleza de su corazón humano permanece inalterada, pero ¡cuánto más expandida en capacidad de entendimiento y cuán liberada de viejos hábitos mentales! Él se toma en serio su personalidad actual, pero no trágicamente: quizá recuerda lo trágico del amor de alguien que fue capturado por los moros como esclavo, o lo ardiente de la fe de alguien que vivió como monje en una isla ahora perdida bajo las aguas del Sena. Hojas de rosal y hojas de laurel: cosas que se han desvanecido y han desaparecido con mil cosas más que durante un período vivieron su propio ciclo y ya se han ido. La tormenta ha derribado al roble, pero he aquí que él permanece, completo en su ser y alerta en su conciencia. Y esto sabe: no importa lo que pase, ni a través de qué mundos variados pueda discurrir, él seguirá adelante hasta ese largo fin del día en que habiendo contemplado su ciclo de evolución, volverá lleno de dicha a su Fuente. Con un conocimiento tal, no sólo aceptado intelectualmente sino asumido como verdadero por la psique toda, el ascetismo ya no resulta necesario para aflojar los lazos con las cosas externas: el mundo material no podrá dominar por más tiempo, aunque en conjunto o en detalle sí que podrá ser amado.

Todo esto no supone ninguna pérdida de personalidad. Al contrario: cuando la propia individual no parece sino una vestidura de lo más circunstancial, alcanza una nueva y potente realidad. No hay ya esa lucha por la autoexpresión o ese cuidadoso mantenimiento del equilibrio de las facultades: tan sólo un fluir natural de la individualidad. Es de tal estado místico del que Ficino escribe: al principio cuida de ser cuidadoso, después cuida de ser descuidado, y al fin, descuidate incluso de eso. Se está refiriendo sólo a la actitud respecto a uno mismo, no hacia las cosas externas. En cuestiones internas, la Ruach está ya centrada plenamente en lo que está más allá de sí misma. La psique está preparada para su Visitante.

Se ha hablado ya del recuerdo de vidas pasadas que con frecuencia sucede hasta un cierto punto en el período de preparación. Pero hay también muchas personas para las que un recuento detallado de tales memorias resulta imposible hasta después del Descenso del Santo Ángel Guardián. No hay regla de oro acerca de la secuencia de esos fenómenos, la cual varía de individuo a individuo de acuerdo con muchas y diferentes circunstancias. Es, sin embargo, cierto que después del Descenso y como consecuencia del mismo, se experimenta una gran expansión de conciencia en numerosas direcciones. No se trata solamente de una iluminación en cuanto a sucesos pasados, presentes y futuros, sino, mucho más significativamente, de la aprehensión directa de las causas subyacentes a dichos acontecimientos, de la clarificación del intrincado ensamblaje de actos y motivos que gobiernan lo que el Adepto es y en lo que va a devenir. Porque el Descenso no es en absoluto el fin del proceso evolutivo. Por el contrario, marca el

principio de una gran aceleración del mismo.

Hay en la presencia del Ángel y en las obras mágicas realizadas con su ayuda un siempre nuevo sentido de asombro. El Adepto se mueve ahora en un mundo nuevo: un mundo que parece un altar especialmente construido para esa presencia. Se caracteriza por un sentido particular de libertad y de festividad que no tiene nada que ver con la ocupación, o lo que sea, de la persona externa. El ser externo puede estar más ocupado, y más responsablemente ocupado, que nunca: esto es irrelevante para el estado de la psique, o, mejor dicho, de esas regiones internas de la psique que ahora irradian a toda la vida.

El sentido de la admiración es inseparable de la experiencia de la Mente Intuitiva. Merece la pena reflexionar sobre este hecho y sobre su significado. Incluso sin llegar a la Mente Intuitiva hay abierta para todos la posibilidad de contemplar los fenómenos encontrados en el curso de la vida con el Ojo receptivo del asombro. La mayoría no lo hacemos, o no lo hemos hecho desde la infancia: el ojo receptivo o verdaderamente objetivo ha recedido progresivamente conforme la tendencia «afectiva», emocionalizadora y subjetiva, lo ha ido suplantando. El adulto, que se halla en un estado mental compuesto de miedos y de pereza, piensa generalmente a base de «fichas» mentales y no de alusiones a la realidad, y este hábito se extiende a todas las áreas mentales, hasta que sólo queda el hobby (si es que hay uno) como una ventana abierta al universo. Ha habido en las últimas décadas un buen número de escritores y de artistas plásticos que han tratado de combatir esta actitud tan destructiva y desecante, intentando hacer revivir una auténtica percepción de la realidad mediante aproximaciones distintas de las habituales o por el uso de técnicas peculiares. Estamos todavía demasiado cerca del movimiento como para poder evaluarlo, pero parece que hay tres cosas que pueden decirse de él. Ha habido un efecto general estimulante, un desafío a repensarlo y reevaluarlo todo, que se ha extendido como una onda circular a partir de este movimiento y que es en sí mismo productivo de mucho bien. Sin embargo, el movimiento mismo, considerado como distinto de esta suave onda propagándose hacia afuera, ha subestimado la tendencia humana a huir del «shock», a rechazar lo nuevo, y a veces, a ser honestamente incapaz de asimilarlo. Así, gran parte del movimiento ha fracasado en su empeño. Por último, son demasiado pocos los participantes en el movimiento que, cuando ha llegado el momento, han tenido algo más que sus propios entresijos que ofrecer a la multitud.

Para poder dar más que esto, el Artista ha de ser además un Adepto. Porque si como es cierto, «todo pintor se pinta a sí mismo», e igualmente todo escritor escribe o compositor musical compone, ¿cómo puede presentar un universo el que no tiene universo?

A partir del Descenso del Santo Ángel Guardián, el Adepto «tiene un universo». Es decir, aunque en un sentido sus motivaciones psicológicas continúan surgiendo del individuo que él es, sin embargo, hay también una puerta abierta a otra motivación que no tiene las limitaciones de tiempo y lugar. En un sentido muy exacto del término, él ahora *comprende*. Pero además, como el poder reflexivo de la conciencia egoica es inconsciente de esta comprensión, el criterio personal de los valores y de la proporción cambia insensiblemente para adaptarse a ella. Pero sigue siendo evidente que esta comprensión no destruye el sentido de asombro, sino al contrario. Tampoco tiene el Adepto, en general, ningún sentido inhumano de acceso inmediato al tesoro de ideas. La Ruach ni se jacta ni se vale del advenimiento de la Mente Intuitiva, porque desde el principio percibe a dicha mente como un Ser distinto de sí misma. Y también porque vislumbra en esa Mente una amplitud de rango y de miras que aumentan dicho sentido de diferencia. La Ruach ha encontrado un «líder» cuya autoridad no puede poner en tela de juicio, aunque las decisiones tomadas por el Ángel no siempre serán las mismas que la conciencia egoica hubiera tomado por sí misma. Incluso pueden ser diametralmente opuestas a las posiciones que el Adepto ha estado manteniendo durante años y a las que momentáneamente y por la fuerza del hábito piensa en volver. Pero llega la toma de conciencia de que el motivo para aferrarse a la vieja posición ya no es relevante: los viejos preceptos no exigen intrínsecamente obediencia, pero tampoco hay una necesidad personal de desafiarlos.

Gracias a la nueva comprensión tiende a manifestarse una actitud mental distintiva, sujeta por supuesto al carácter individual del Adepto. Consiste en una revisión del conocimiento ya familiar, no sólo en aras de las nuevas perspectivas abiertas en él, sino también por el placer de conocer en realidad lo que antes sólo se conocía en símbolo. Parece como si en el estado adulto, y con plena conciencia y memoria, el Adepto hubiera entrado en una nueva encarnación. Lo que es verdad y muy cierto es que sin la gran irradiación espiritual de la Mente Intuitiva, nadie es plenamente Adepto. El hombre por sí mismo —es decir, sin el conocimiento y conversación con el Santo Ángel Guardián— es totalmente incapaz de conseguir la más mínima comprensión intuitiva directa de nada. Él puede formarse una estimación filosófica o científica acerca de la naturaleza de cualquier cosa que le interese, pero lo que él conoce en última instancia no es la cosa en sí, sino el concepto que sobre la misma tiene construido en su mente: y las discrepancias

y falsas asociaciones implicadas pueden ser innumerables. El Adepto, sin embargo, en y a través de la mente de su Genio, empieza a conocer y a percibir las cosas tal como son. No quiere esto decir que conozca todo de repente por esta vía, ni que, por supuesto, conozca todas las cosas — su mente humana y su cerebro siguen siendo finitos—, sino más bien que lo que llega a conocer de algo por la vía intuitiva pertenece objetivamente y por completo a esa cosa, y está libre además de cualquier «afecto», asociación personal o prejuicio con los que previamente pudiera haberla investido. En los términos aceptados de la psicología, la *participación mística* ha terminado, o, al menos, se halla en rápido declive: hay que tener en cuenta que nuestro Adepto es todavía un Adepto Menor y que la culminación de esta liberación pertenece todavía a la Esfera de Tiphareth. Una vez terminada, sin embargo, y a despecho del grado de poder que él pueda ejercer sobre las cosas externas, éstas no tendrán ningún poder mágico sobre él<sup>39</sup>. Después de eso, y sólo después de eso, quedará libre de proceder hacia su liberación de las ataduras internas, igual que antes del tratamiento de una herida física es frecuentemente necesario proteger al paciente de posibles causas potenciales de un daño posterior.

La percepción sin velos de la realidad es, sin embargo, un bien soberano en sí misma. En términos alquímicos, vemos que la regeneración de la Rosa Rosa —la Ruach— y la redención de la Rosa Blanca —la Nephesh— se alcanzan en este mismo acto. «Esto es lo que la Filosofía sueña», pero lo que la filosofía en sí misma sólo puede soñar sin proporcionar medio alguno para conseguirlo. La filosofía ha acompañado al Adepto hasta este punto, pero a partir de ahora éste ha de avanzar tan sólo a base de Magia. Incluso la más perceptiva de las filosofías sólo puede razonar y razonar: porque, como dijo Platón, para la percepción de la verdad es necesaria una facultad que no es humana sino divina. Esto es lo que la unión de las Rosas significa: la Rosa Roja y la Blanca, fundiéndose en la Dorada, cuyo florecimiento manifiesta la integración única de la personalidad, la Belleza de Tiphareth.

Desde el punto de vista psicológico, el Adeptado consiste en la reivindicación de la persona humana completa. Responde así a la paradoja de la naturaleza humana, que debe reverenciar pero ser autosuficiente, que debe ser integrada pero que debe encontrar su expresión en muchos niveles. Todos los mundos están verdaderamente comprendidos en la naturaleza humana, pero sólo con el Descenso del Santo Ángel Guardián puede el hombre empezar a explorarlos con comprensión. Esta presencia y esta iluminación son los favores buscados en el *Himno a todos los Dioses*:

*¡Oídme! ¡Oh grandes Señores de la Libertad!*

*Concededme el conocimiento de las santas escrituras y por la dispersión de la noche que me rodea, una percepción elevada y verdadera, para que llegue a conocer verdaderamente al Dios incorruptible y al hombre que soy...*

---

<sup>39</sup> Se nos pregunta: ¿Y qué pasa con los inciensos?; ¿qué con los colores, sonidos y ritmos del ritual? ¿Es que ya no «funcionarán» más para el Adepto? Por supuesto que sí: trabajarán *para* él según su voluntad. Él todavía tiene un cuerpo humano y una Nephesh, y las líneas de asociación que construyó durante años de experiencia mágica siguen todavía existiendo. Pero todas esas cosas son sus instrumentos, no sus dueños.

## CAPÍTULO III

### EL INCONSCIENTE INFERIOR, EL INCONSCIENTE SUPERIOR Y LA VERDADERA VOLUNTAD

Todo planeta tiene su órbita y toda estrella su posición. Saber, y saber con plena conciencia que su naturaleza se extiende desde las alturas espirituales hasta las profundidades espirituales, no le resulta suficiente al ser humano. Éste es el rango, consciente o inconsciente, de todo ser humano y, sin embargo, cada uno es único, no sólo subjetivamente en su propia experiencia de sí mismo, sino también objetivamente. No hay dos, incluso aunque sean gemelos, incluso aunque pudiéramos postular que han venido por exactamente el mismo camino a través del laberinto de las edades, que tengan el mismo destino, porque cada uno tendrá una predisposición individual que hará que una misma circunstancia sea diferentemente interpretada. Por supuesto que hay ciertas clasificaciones amplias que nos permiten considerar esas diferencias en términos generales y hablar de ellas en términos inteligibles. Pero las clasificaciones mismas son relativas y admiten grandes variaciones de interpretación. La gente más o menos introvertida, más o menos extrovertida, está más o menos espontáneamente inmersa en los aspectos intelectuales, más o menos inmersa en los emocionales. El nivel de conciencia, a su vez, varía dentro de cada tipo. Y unos buscan lo nuevo, otros se adhieren a lo tradicional..., etc. Son innumerables los factores que hacen que una persona sea exactamente como es y nadie puede decir que uno u otro factor «debiera» ser diferente o que un temperamento sea intrínsecamente mejor que otro. El sano extrovertido puede llegar a ser singularmente insensible; el innatamente religioso puede ser singularmente perezoso. Puede que lo que haga falta es que uno se adapte a las circunstancias — y la adaptabilidad es otra cualidad muy variable— o puede que lo más apropiado es que uno busque el marco para la propia idiosincrasia. Los diabéticos suelen ser buenos organizadores y las empresas que procesan en total oscuridad grandes cantidades de película en color emplean a un buen número de ciegos que hacen su trabajo con total confianza, mientras que una persona con vista normal se sentiría perdida y desconcertada. Sería interminable la relación de las variedades de la experiencia humana, así como de sus capacidades incluso considerando sólo las del nivel ordinario: en términos de las facultades superiores (o más internas), una vez despertadas, ya no es sólo cuestión del diferente surtido de unas cualidades variables, sino de un fuego y brillantez únicos.

Vivir de acuerdo con las facultades superiores es un modo de existencia que, como hemos visto, empieza con la conciencia de la Neshamah. Está por encima del control consciente del hombre el decidir de qué manera se le manifestará su Neshamah. La iniciación mágica o mística puede acelerar la llegada de tal acontecimiento, aunque el contenido y la riqueza de la experiencia seguirán en gran medida dependiendo del propio grado de preparación interior del iniciado. En una Orden mágica, toda la enseñanza previa del Adepto habrá estado dirigida a asegurarse de que esta preparación interior para el nuevo desarrollo sea lo más completa posible. Esto no quiere decir que la relación entre Ruach y Nephesh no vaya ya nunca a sufrir nuevos ajustes: el proceso de reajuste es continuo a lo largo de toda la vida y los sucesos de cada día y los sueños de cada noche traen a colación nuevos aspectos de una u otra función. Dentro de la Nephesh misma, en las sombras alejadas del conocimiento ordinario, está teniendo lugar un incesante intercambio de material entre lo personal y lo impersonal, así como una interacción entre lo psíquico y lo físico. El criterio a seguir no es el de una cesación de esas actividades, sino la ausencia de cualquier implicación de grandes crisis en ellas: la madurez general y la adaptabilidad de la psique son las mejores garantías de esa seguridad. No es cuestión de la magnitud objetiva de cualquier cuestión que surja a revisión: no puede haber un estándar objetivo para tales cuestiones, porque es precisamente la actitud interna de la persona implicada la que las da su importancia relativa. Un ejemplo: un miembro de la A.S., de profesión psiquiatra jurídico, había llegado con la expansión de sus conocimientos e intereses a una toma de conciencia de que ya no podía seguir considerándose por más tiempo, con sinceridad y paz mental, como contenido en el marco de la religión en la que había nacido y había sido educado: venía de una estricta familia judía. De acuerdo con ello, rompió, aparentemente sin remordimientos, con la fe misma y con las costumbres a ella asociadas. Durante varios años ningún signo problemático hizo acto de presencia. Entonces, sin ningún motivo aparente o al menos

sin ninguno que le pareciera de gran fuerza intrínseca, intelectual o emocional, se vio impelido a hacerse vegetariano. No había absolutamente ninguna razón por la que él no pudiera ser vegetariano si así lo quería, pero su muy entrenada mente encontró en la aparente ausencia de motivación un tema digno de estudio. Sólo hizo falta un poco de análisis para descubrir que se trataba de un modo de escape propuesto por la Nephesh a un dilema inconsciente. El deseo de liberarse de unas restricciones que ya no tenían sentido le había llevado a una ruptura deliberada con todas las costumbres judías, de forma que el cerdo debía ser como cualquier otra carne. Pero el veto impuesto por la educación y el ejemplo todavía le hacía tener aversión a comer cerdo. Sin embargo, ceder a esta aversión en su forma original le hacía sentir que traicionaba a su Verdadera Voluntad. En consecuencia, la Nephesh presentaba la aversión de una forma nueva, proponiendo un abandono de todo tipo de carne, con lo que el cerdo dejaba de constituir una categoría especial. (Esto está de acuerdo con lo que se ha observado en muchos casos de personas que han roto con una religión o código y que se autoimponen restricciones de tipo alimenticio: sucede con frecuencia que la aversión a una norma dietética es la dependencia más difícil de cortar debido a que, en tales casos, ha sido impuesta como un condicionamiento de los niveles instintivos, siendo inaccesible por tanto a la argumentación intelectual.) Una vez consciente de esta estrategia mediante la cual la Nephesh le había dado la solución a un conflicto antes de que él siquiera hubiera tomado conciencia de la existencia de tal conflicto, se rió con ganas de todo el asunto: después de todo, lo que él quería incrementar era su capacidad espiritual, no su capacidad gástrica. Sin embargo, una personalidad menos madura o menos equilibrada, podría fácilmente haber visto todo este incidente menor como una grave crisis, convirtiéndola así en una. Una insistencia demasiado seria en la voluntad de liberación podría haber forzado una verdadera represión sobre la Nephesh, la cual culminaría en una neurosis que podría manifestarse (por ejemplo) como una enfermedad gástrica.

El establecimiento de la convicción enteísta, es decir, la toma de conciencia de la luz más íntima de la divinidad iluminando a la psique, constituye un paso de importancia capital en la evolución del mago. Pero para que ello le sea de alguna utilidad, o para que ninguna consecuencia negativa se siga de ello, esta convicción debe ser totalmente sincera. Por eso, es preferible retrasar algo el día de la revelación que falsificarla de algún modo. Buscar al Dios Interior antes de estar realmente preparado para encontrarlo es desequilibrar el propio foco externo y no hallar nada interno digno de ser adorado. Es también sufrir el posible horror, al cual ciertos temperamentos son propensos, de encontrarse dentro con un Caos ininteligible e inhumano de soledad confusa y amorfa, de oscuridad turbulenta y tragadora de toda vida: el Abismo. Puede que al estudiante le resulte increíble el que una mirada hacia adentro pueda sumir a la psique en tal estado de peligro y angustia; basta que recuerde hasta qué punto le horroriza a mucha gente la perspectiva de verse abandonado a sus propios recursos, el miedo absoluto a la soledad, común a tantos adultos, y las estrictas limitaciones que la ley impone al confinamiento en soledad, incluso como castigo. Con la paradoja de la sinrazón, mucha gente se ha suicidado sin ninguna otra razón que la soledad —porque al carecer de cosa externa en la que mantener la atención, se han visto forzados a mirar hacia adentro—. Para esas personas, «dentro» equivale a Infierno. El hombre nada evolucionado no se siente afectado por este peligro, porque en su estado no puede ni siquiera discernir la existencia del Abismo. El hombre que ha evolucionado, o que se ha aproximado, hasta el nivel del Adeptus Minor, por un desarrollo consciente o por un no percibido progreso interior, ha vencido a ese miedo. De ahí el dicho tradicional de que aquel que mora en soledad es una bestia salvaje o un dios. Lo cual debe haber dejado perplejo a más de un «solitario natural» que no se habrá sentido incluido en ninguna de las dos categorías. Pero es muy probable que alguien que progrese por evolución espiritual, aparte de la iniciación mágica, puede encontrarse con que el período correspondiente a la experiencia de la Cripta podría necesitar meses, años, o incluso una vida pasada en soledad, antes de que la personalidad pueda emerger con sus nuevos valores equilibrados y su nueva orientación establecida.

El Abismo es una realidad en la conciencia del hombre occidental, al menos en su conciencia evolucionada. Aquí y allá aparece el reconocimiento de las cualidades peculiares de la soledad, o de la desintegración psíquica que puede sobrevenir tras la pérdida del control por la mente consciente: los aspectos esenciales del proceso han sido registrados en muchas partes del mundo. Se trata de una realidad interior a la que se ha dado nombre y formulación a partir de algunos símbolos del mundo externo con los que puede ser puesta en relación (un ejemplo más de uno de los hechos fundamentales que se han venido considerando, a saber, que la conciencia humana sólo trabaja por abstracción, relacionando de alguna manera lo desconocido con lo ya conocido). Podemos entonces tener la curiosidad de preguntarnos cuál ha sido el rasgo distintivo fundamental en la vida externa del hombre occidental, durante el desarrollo de su cultura, como para suscitar una conciencia colectiva de esta terrible frontera de la psique, esta peligrosa sima

que separa los modos humano y divino de ser.

El lenguaje humano es notoriamente deficiente en palabras primariamente referidas a realidades espirituales. Estas realidades son, por consiguiente, representadas mediante lenguaje figurado, que es la única forma de comunicar algo sobre el tema en cuestión y que, en consecuencia, alcanza tal grado de aceptación que se olvida su naturaleza metafórica o alegórica. Podemos inferir válidamente que sólo por contemplación del fenómeno del mundo externo el hombre se hizo consciente de que algo de su experiencia interna podía ser por él representado, adquiriendo así nombre e identidad. Ejemplos de ello son las «bodas místicas» o las «cavernas del inconsciente».

Esto también se aplica al Abismo. Para verlo, debemos echar una rápida mirada a las regiones del Próximo Oriente y a los conceptos allí acuñados antes siquiera de que se definiera el sistema cabalístico. La Cábala formuló y unificó todos esos conceptos, integrándolos en un esquema exacto de relaciones: en las primeras estructuras se encuentra inevitablemente, desde el punto de vista cabalístico, un solape de aspectos de ser<sup>40</sup>.

La misma palabra Abismo, dice mucho. El mito sumerio habla de *Abzu*, la Profundidad Acuática. Para muchos de aquéllos cuya experiencia religiosa estuviera entretejida con ese mito, la Profundidad Acuática habría estado representada por el Golpe Pérsico: una extensión de alguna no muy abismal si se la compara, por ejemplo, con el Mar Caspio, pero sí una fuente inteligible de temores para los pueblos adyacentes si se tienen en cuenta sus tierras bajas y se recuerda la sucesión de historias sobre inundaciones en las tradiciones más antiguas. Esto por sí mismo habría sido suficiente para fijar en la mente occidental la idea de una terrible región acuática: innumerables casos clínicos actuales atestiguan cuán frecuentemente el agua, dulce u oceánica, se presenta a sí misma como imagen del inconsciente. El lavado de manos inconsciente del culpable, tan exactamente retratado en «Macbeth», es un ejemplo de un intento de relegar al inconsciente un hecho recordado. Pero aquí, en la Profundidad Acuática, tenemos algo cuya acción incontrolada e indeseada podía, como a veces sucedía de hecho, destruir inexorablemente la obra del hombre y al hombre mismo. El concepto y sus aplicaciones cambian de cultura en cultura. En el Egipto faraónico está *Abtu* (Abydos), el centro del culto de Osiris, asociado, es verdad, con inundaciones de rostro benéfico y fértil, pero que es también el escenario de la muerte mitológica —en una versión, por ahogamiento— de la deidad y de su posterior restauración: drama éste cuya aplicación mística reemplazó por completo en el curso del tiempo a sus connotaciones agrícolas. El concepto hebreo del «tehom», el Abismo de las Aguas, como Caos primordial, se mezcló con el otro significado de inundación arrolladura y lo reforzó. La palabra *Abzu* se perpetuó en griego y latín —*Abyssos*, *Abysus*, *Abysmus*— porque la lengua popular no tenía palabra alternativa.

A cualquiera familiarizado con el carácter de esas grandes imágenes arquetípicas, cuya existencia la psicología Junguriana reconoce, le resultará evidente el que, además de manifestar diferentes modalidades en el Inconsciente Colectivo, y, podríamos decir, en la Mente Divina, dichas imágenes estén también hasta cierto punto representadas por elementos corrientes en la experiencia humana. De hecho, sus réplicas mundanas son tan aparentes que algunos autores de inspiración Freudiana, consecuentes con su aproximación materialista, han intentado desacreditar los descubrimientos de Jung sobre el Inconsciente Colectivo, afirmando que no existe ninguna indicación del mismo excepto la de la existencia en cada mente humana, por ejemplo, de un concepto particular y personal de la Madre en sus dos aspectos de amorosa y severa. Ahora bien, la generalidad de la experiencia humana, incluyendo aquella que deriva de la práctica clínica, indica con mucha frecuencia que la realidad arquetípica existe más allá de la realidad mundana, y que la gente tiene a veces sueños o ideas asociadas en las que una figura que aparentemente representa a uno de los padres, o a un compañero, asume ciertas connotaciones, o ejecuta ciertas acciones, que no pertenecen en absoluto a la persona en cuestión, sino más bien a un Arquetipo. Sin embargo, el hecho mismo de que dichos autores hayan adelantado un argumento tal, subraya la circunstancia de que todos los Arquetipos que conocemos tienen una réplica en la vida externa mundana. Tampoco podría ser de otro modo. Hasta que no se contacta con la Mente Intuitiva, la mente humana sólo funciona con abstracciones, reconociendo lo desconocido mediante alguna analogía con lo conocido.

Siendo éste el caso, resulta ciertamente irreflexivo por parte de otros autores la actitud estrecha y negativa con la que intentan resolver la cuestión de los seres espirituales desencarnados: se ve con frecuencia cómo tales autores defienden que no se puede atribuir a los seres desencarnados ninguna realidad salvo la de ser proyecciones de complejos autónomos existentes en el inconsciente de los videntes. Por supuesto que la gente puede tener y tiene

---

<sup>40</sup> Se recomienda a los iniciados en la Tercera Sala de la Aurum Solis el estudio de Orígenes sumarios de la Cábala.

complejos autónomos, y que de ellos resultan a veces ilusiones y alucinaciones: estas alucinaciones no prueban nada, sin embargo; tan sólo refieren, en todo caso, a la creencia tradicional de que algo existe para que la mente pueda imitarlo, y uno consecuentemente podría preguntarse cómo empezó esa creencia. Lo cual tampoco prueba nada, pero es una actitud más positiva y filosófica que la otra. Nadie puede basar seriamente su incredulidad en la existencia objetiva de entidades espirituales sobre el hecho de que un cierto neurótico conocido imagina que ellas le dan palmaditas en la espalda, ni tampoco sobre el hecho de que él (el escéptico) nunca haya tenido ninguna experiencia comparable.

Por lo que respecta a las actitudes prácticas, hay que admitir, para ser justos con el psiquiatra, que se trata de una cuestión diferente de la aproximación puramente filosófica. Hay muchas personas, que, al menos una vez en la vida, han visto u oído algo que las normas convencionales de lo que se puede creer rechazarían, pero estas personas no suelen ir con su experiencia a un psiquiatra. Los que lo hacen van en busca de ayuda por esa u otra razón: es entonces razonable el empezar por la suposición de que cualquier desviación de la regla convencional que tales personas manifiesten *puede ser* un síntoma de su problema. Está también el hecho innegable de que una persona con una percepción psíquica no entrenada tenderá a ser consciente sólo de influencias o presencias de un determinado nivel espiritual, las cuales manifestarán así un cierto carácter típico del vidente. Finalmente, hay también la posibilidad, en el caso del no entrenado, de que se hayan percibido efectivamente realidades espirituales objetivas de uno u otro nivel, pero que aparezcan mezcladas con contenidos psíquicos subjetivos. Esto puede querer decir que los contenidos subjetivos se entremeten porque se ha creado una situación en la que pueden conseguir ser oídos, o también, puede querer decir algo muchísimo más grave: cuando por represión un cierto complejo ha evolucionado hasta convertirse en una «personalidad disociada» autónoma, a veces se observa que una entidad extraña toma posesión de la «subpersonalidad» y la anima con una energía que por sí misma no tendría. En tales casos, el psiquiatra puede diagnosticar correctamente la causa de la primera formación del complejo: en los casos en los que sólo se han producido algunos fenómenos de poltergeits, el tratamiento de la neurosis puede culminar con éxito, pero esto no puede hacerse en otros casos, porque la situación degenera en locura, o incluso a veces sobreviene una muerte por oscuras formas de envenenamiento de la sangre. Desde el punto de vista oculto, la diagnosis del complejo autónomo original es aceptable, y la actividad poltergeista, en donde ésta aparece, indica frecuentemente una alianza inconsciente con fuerzas elementales. Pero los casos más graves antes indicados resultan de la invasión de la «subpersonalidad» por una fuerza de origen Qliphótico o incluso humano.

Hay que señalar que mientras que en sus primeros escritos Carl Jung mantenía el punto de vista psiquiátrico tradicional de que ha de asumirse que todas las experiencias de aparentes presencias desencarnadas son manifestaciones de complejos autónomos, la experiencia de toda una vida le alejó de dicha opinión. Mientras que nunca hizo afirmaciones imprudentes, añadió algunas notas, como puede verse por ejemplo en su «Estructura y dinámica de la psique», para indicar que una explicación puramente psicológica de tales experiencias no siempre resultaría adecuada.

La posición del Mago en este asunto es completamente distinta. Él no es un psiquiatra trabajando desde fuera de la cuestión e intentando averiguar las causas de la experiencia fortuita de otra persona. Lo que al mago le importa son sus propias experiencias y, a diferencia del psiquiatra, él sabe exactamente por qué las tiene. El mago no se halla a merced de visitantes casuales: él es el que selecciona, invoca, despide. Y mientras que estas tres funciones se mantengan en buen estado, no tiene ninguna razón para sospechar parentesco alguno entre los seres espirituales que le son conocidos y las manifestaciones ilusorias del psíquicamente inestable.

Esto es una de entre varias buenas razones por las que se insiste frecuentemente en que el estudiante guarde un equilibrio entre sus diversas operaciones mágicas, de forma que existe una posibilidad real de elección. Hay que tener en cuenta que la elección constante de lo que no congenia con la orientación consciente de la personalidad no es necesariamente una garantía de no ilusión en los resultados, ya que una actitud reprimida inconsciente puede ser diametralmente opuesta a la actitud consciente. La mejor garantía, tanto de la objetividad como de desarrollo equilibrado en el aprendizaje, es la de seguir un programa preestablecido que evite la unilateralidad. De vez en cuando es bueno mirar hacia atrás en el diario mágico para ver si los efectos del trabajo han correspondido siempre con las intenciones al respecto.

Pero esta evitación de posibles predisposiciones personales no excluye en modo alguno la búsqueda de la Verdadera Voluntad. La Verdadera Voluntad opera en un nivel muy elevado, y el haber ampliado el propio potencial en magia será siempre beneficioso, sea lo que sea lo que la Verdadera Voluntad establezca como Obra en última instancia. La Verdadera Voluntad es algo a

buscar desde el principio del aprendizaje mágico: el Santo Ángel Guardián ratificará (o no) a su debido curso la propia identificación de la Verdadera Voluntad, pero posponer el esfuerzo de buscarla hasta la venida del Ángel es síntoma de altos grados de presunción o de timidez. Las facultades naturales deben ser usadas y reforzadas en el entretiem po.

Hay que hacer en este punto una distinción importante que marca toda la diferencia entre lo que llamamos inconscientes «superior» e «inferior». Ya se ha tratado en otro lugar de lo insatisfactorio que resulta las connotaciones de «superior» e «inferior», pero estos términos siguen de algún modo siendo los más idóneos para conectar con otros modos de pensamiento. La psicología está totalmente de acuerdo con la psicología en cuanto a la indeseabilidad de la existencia de complejos autónomos en el inconsciente inferior: tales contenidos insospechados no pueden sino hacer un daño incalculable en la vida cotidiana y, aunque la práctica mágica es de hecho terapéutica, su activación inicial puede llevar en algunos casos a resultados sólo apropiados en un tipo de sociedad mucho más primitivo. Por consiguiente, lo mejor que se puede decir de los complejos en el inconsciente inferior es que las formas suaves de los mismos pueden ser toleradas. Con respecto al inconsciente superior, sin embargo, se percibirá que un pequeño grupo de elementos francamente autónomos no sólo es más que tolerado, sino que además se alude a él con veneración. Esta diferencia es de suma importancia e indica la razón por la que el inconsciente superior debe cuidadosamente ser distinguido del inferior.

No es parte de la tarea, ni de la terapia ni del aprendizaje, el psicologizar a una persona hasta el punto de apartarle de los ideales que le inspiran. Es un hecho conocido el que, a partir de la infancia, el individuo que alcanza demasiado pronto la autosuficiencia sólo llega hasta un cierto nivel de desarrollo y capacidad, considerablemente por debajo del nivel de su verdadero potencial, y en él se estanca. En el aprendizaje mágico esto es especialmente cierto por el gran incremento de potencial alcanzable que éste conlleva. Por eso, el narcisismo espiritual (por no hablar del narcisismo ordinario que a veces se observa en los aspirantes a ocultistas) no puede ser base de una verdadera magia. Y por eso, tampoco es tarea de los que guían al aspirante en su desarrollo el anticiparse a los acontecimientos en lo que respecta a esa proyección de la Neshamah sobre el mundo externo que hace que nos parezca encontrar a nuestra esencia suprema en algo fuera de nosotros, ya sea hombre, mujer o el culto a un Dios. O quizá en las tres a un tiempo. En este intercambio con la realidad exterior, los contenidos internos inconscientes entran en relación con la mente consciente. Gradualmente aprendemos mediante el amor hacia lo que ha sido proyectado y hacia lo que recibe la proyección, ensayando para nosotros una y otra vez sobre ello, asimilándolo a nuestra conciencia, hasta que la semejanza entre objeto amoroso y facultad interna parece haberse agotado, momento en el cual la proyección se retira a la espera de una oportunidad para completar el proceso. Es así que podemos adorar en diferentes altares, divinos o humanos, hasta que la brújula de la personalidad encuentre su verdadera orientación. La proyección cesa cuando una cantidad suficiente de material del Inconsciente Superior ha sido pre-sentado a la conciencia por el procedimiento descrito. Es decir, aunque todavía se pueda seguir *amando* a seres exteriores o a cultos exteriores, ya no se está compulsivamente atado a ellos: ya no se está *enamorado* de ellos. El estado último de «enamoramiento», propio del Adepto Menor, sólo se aplica a eso que la mente consciente no podrá nunca asimilar, eso que no es materia de proyección sobre ningún ser ni culto externo. La psique lo percibe como una entidad espiritual completamente autónoma que en ningún sentido «pertenece» al ego. Es el Santo Ángel Guardián, la Mente intuitiva.

El proceso de asimilación a la conciencia se aplica necesariamente sólo a aquello que puede en primer lugar ser proyectado por el inconsciente. Es decir, la conciencia sólo asimila por proyección lo que es estrictamente de la psique misma. El haber experimentado el Anima no es haber tenido la experiencia de la Sefirah Binan y el haber experimentado el Animus no es haber tenido la experiencia de Chokmah. La gran dignidad de este desarrollo no debe, sin embargo, subestimarse. Por el camino más apropiado a la individualidad total del Adepto, todas las obstrucciones y oscuridades de las regiones inferiores y superiores de la psique han sido llevadas al equilibrio o puestas en relación con la conciencia. Por supuesto que una pequeña cantidad de sombra todavía permanece: las raíces necesitan su oscuridad para extraer el sustento, mientras que las ramas tienen su follaje natural. Pero aquí, en la plenitud de la realización Tipharetica, con la llegada del Ángel, tenemos el árbol transparente de Eridu. Y desde la parte más íntima de su tronco resplandece la presencia de Tammuz, el Tesoro en medio del Pilar. Sus raíces cristalinas descienden a lo profundo, mientras que sus ramas ocultas tras el follaje llegan hasta las estrellas<sup>41</sup>.

---

<sup>41</sup> Los Poderes Mágicos (así llamados) de Tiphereth son dos y corresponden a la llegada del Adepto y a la subsiguiente consecución del Conocimiento y Conversación. En la tradición Cabalística Pagana dichos poderes son

Esta es, puede decirse, la descripción de un estado verdaderamente bello y místico. Pero ¿por qué, o cómo, es ello el Adepta-do?

Concebida sólo en lo abstracto, una individualidad tan equilibrada parece que no tuviera tensiones, ni voliciones, salvo en lo que respecta a su Cúspide más interna. Pero concebida como una realidad, esto no es ni mucho menos la historia. Sería ciertamente posible para alguien sin aspiración mágica proceder enteramente en misticismo a partir de este punto, extendido y consciente, por así decir, en todas las direcciones al tiempo: como la figura misma de la *Stella Regenerationis*. Sin embargo, la Memoria Mágica entra en acción. Ahora que todas las barreras del inconsciente personal han caído, al menos hasta el punto en el que uno puede escuchar libremente a todo lo que está dentro por simple introspección sin prejuicios, los grandes impulsos que han traído al Adepto a la encarnación empiezan a hacerse comprensibles. Lo cual es un desarrollo lento: porque no sólo las cavernas de la Memoria son en verdad insondables, sino que además el Santo Ángel Guardián dirigirá los pasos del Adepto del modo más conveniente para su propósito último, y este propósito no será declarado de inmediato. Los dictados del Ángel pueden parecer arbitrarios, pero no se pueden negar, y gradualmente el punto hacia el que la estructura está haciéndose converger resultará del todo claro. Poco importa si la vida se ha desarrollado o no de acuerdo con los deseos conscientes del Adepto, o si sus decisiones han descansado en sus propias manos o, por el contrario, siempre ha dependido de la voluntad de otros. Sucede que con tanta seguridad todas y cada una de las circunstancias particulares pueden ser usadas para reconstruir un verdadero retrato del Adepto que debe ser reconocido como justo, de forma que parece como si cada accidente y azar de su vida hubiera sido planeada hacia la realización de ese propósito. Y quizá así ha sido: ¡la mano de su Ángel le ha guiado desde mucho antes de lo que se puede suponer! El decir esto implica hacer responsable al Ángel de algunos sucesos extraños, lo cual no se le dice en seguida al Adepto. Sin embargo, está la pauta, no totalmente clara (como seguirá durante mucho tiempo), pero lo suficiente como para que el Adepto perciba el preciso aroma de la personalidad de *aquél* que miró en el Espejo.

Por consiguiente, por muy paradójico que parezca, no se le deja sólo a su mente consciente el decidir cuál es la naturaleza precisa de su Verdadera Voluntad. El Adepto ha pasado por las puertas de la muerte y del renacimiento de la iniciación Tipherética y ahora ve. Ha ganado una identidad más amplia, pero una identidad cuya naturaleza exacta no puede verdaderamente discernir hasta ser informado de ella por la Mente Intuitiva. Lo cual es, en cierto sentido, la paradoja más extraña de todas. La incapacidad de la conciencia egoica ordinaria del hombre para percibir directamente la naturaleza de cualquier cosa externa es un lugar común en filosofía: lo que él comprende ahora es que, sea lo que sea que haya pensado o sentido acerca de sí mismo en el pasado, antes del Descenso del Ángel el hombre no es capaz de percibir plenamente ni siquiera su propia naturaleza. La Ruach sola tiene el poder de la autocontemplación y de la autorreflexión, pero no de la autointuición. Ahora ve entonces por primera vez que el camino por el que ha venido es tan individual como el ataúd de Osiris, hecho precisamente a su medida y a la de nadie más. Y la puerta de su aspiración, el sendero de su Verdadera Voluntad, es igualmente estrecho y único. Él, sin embargo, tiene libertad, tanta como nadie jamás ha tenido. Porque a través de las edades, ¿para qué ha trabajado y luchado, rezado y destruido, maquinado y asaltado, llorado y hecho penitencia el hombre sino sólo para alcanzar este brillante trofeo, la libertad de ser lo que esencialmente es?

Pero nuestro Adepto ha avanzado lo suficiente en el Sendero de Retorno como para percibir otra cosa. No basta sólo con ser. Un terrón de arcilla es lo que es; un copo de nieve es lo que es —mientras que es—. Para lo que es divino dentro de él y que progresivamente está infundiendo a su naturaleza, Ser es Hacer. Para un Dios, ser es hacer; y sus acciones, o mejor dicho, esa continua acción que es su vida tienen que expresar lo que por naturaleza es.

Así es como el Adepto se convierte en la Piedra Filosofal, la *Lapis Philosophorum*, que es también el *Filius Philosophorum*, el Gran Andrógino Hermético: eso que transmuta cualquier cosa que pueda recibirle adecuadamente, incluso el inerte plomo Saturnino, al oro solar de Tiphereth. Pero más que esto, la manera en que lleva a cabo sus transmutaciones, en verdad todo lo que hace en el mundo, es él mismo expresado: no por acto deliberado o artimaña para imitarse a sí mismo (lo cual sería vano e inútil), sino porque él uo hace otra cosa que lo que le corresponde hacer, y lo hace continuamente.

De acuerdo con esto se hace presente un nuevo aspecto de la Cadena Mágica. Ya no es cuestión, como por ejemplo en la consagración de un Arma Mágica, de simplemente crear un canal en la Luz Astral activada y hacer descender a la Fuerza Divina apropiada, vinculándose a

uno mismo con la operación por ejecutarla y por ciertos actos contenidos en ella. El Adepto que ejecuta en cualquier nivel operaciones comparables, es él mismo el canal por el que la Fuerza Divina desciende y es dirigida hacia el propósito de la operación. Lo cual es, en sí mismo, un procedimiento incomparablemente más potente, además de estar implícita e inmediatamente vinculado con la Voluntad y Obra del Adepto. No necesita éste identificarse explícitamente con ninguna faceta de su individualidad, porque todo lo que hace está vinculado con su individualidad como un todo, siendo cada elemento y modalidad de la misma puesto en acto conforme la ocasión lo requiere. Al mismo tiempo, se entiende que la operación es para el fomento de su Verdadera Voluntad, o no la estaría llevando a cabo como Adepto.

El principio de que el Universo Externo y la psique humana, el Macrocosmos y el Microcosmos, están entre sí en la relación de cerradura a llave sólo alcanza su pleno cumplimiento con el Adeptado y su desarrollo ulterior. Contra más cerca de su completa perfección sea llevada la psique, más perfectamente ésta será una imagen en miniatura del Universo Espiritual como un todo: y más perfectamente percibirá el Adepto la interrelación de ese Universo con su Verdadera Voluntad. A su debido tiempo, las modalidades de las dos Sefiroth Geburah y Chesed son traídas sucesivamente al dominio de la Ruaj, una vez que ésta ha sido iluminada por la Mente Intuitiva. Y es interesante el comprobar cómo sin esta iluminación muchos pensadores se han visto perdidos para explicar por qué las funciones de esas Sefiroth no se anulan entre sí: la manifestación de la Voluntad, y la nueva percepción intuitiva de su lugar en el plan universal, dan la clave de la naturaleza complementaria de ambas Esferas.

Ya se ha hablado antes de las Sefiroth de más allá del Abismo y de su correspondencia con la parte más interna de la psique. La Yechidah no pertenece a la psique, sino que la psique pertenece a ella, y ésta, a su vez, a la Mente Divina. La confusión que se presenta por la equiparación entre sí de los términos «más alto» y «más interno» es en sí misma tan significativa, y va probablemente tan unida a toda relación sobre estas cuestiones, que merece un comentario especial. Numerosos relatos tanto místicos como mágicos sobre el paso de uno a otro estado en el Sendero de Retorno, deja bien claro que este avance puede ser descrito tanto «hacia arriba» como «hacia adentro», o de ambas formas a la vez. En la reflexión y meditación sobre la psique, «hacia adentro» es con mucho la expresión más significativa, la de más valor tanto para el estudiante como para el devoto del Dios Interior. Por otra parte, si se explican las cosas con la ayuda de un diagrama del Árbol de la Vida, o si se tiene (como casi todos los estudiantes tienen o deberían tener) un diagrama del Árbol colgado de la pared, es evidente que el término a usar es «hacia arriba» cuando se consideran las relaciones de las diversas partes de la psique con las Sefiroth. Pero el hombre es el microcosmos, el «pequeño universo», y dentro de su ser fluyen las mareas y ritmos del cosmos, no estando la conciencia egóica estacionaria, sino en continuo movimiento —ahora fluyendo periféricamente, ahora introduciéndose considerablemente hacia dentro. Hasta cierto punto resulta muy deseable el indicar la relación de la psique con el Árbol, y la realidad del acuerdo mutuo es significativa en cuanto que justifica el punto de vista de la psicología. Se debe, sin embargo, trascender este punto. No es del todo satisfactorio el seguir imaginando a las partes de la psique como consistiendo en una serie de discos sobre un diagrama.

La gran Luz central que brilla con resplandor inmortal, los sonidos y esplendores, las imágenes de cosas bellas y horribles, las cosas presentes y las cosas recordadas, los rostros humanos, los signos, las fórmulas, la región crepuscular de los sueños parcialmente recordados o nunca conscientemente conocidos, las percepciones sensoriales de tacto, olfato y gusto, los impulsos del nervio y célula, las paredes de carne material y el hueso... Esto, a su vez, es una mera presentación estilizada, pero si sirve para romper el hechizo de la representación diagramática cumple un propósito bueno y renovador. El pensamiento romano y medieval dividía a la humanidad en tipos planetarios: una persona sería descrita como marciana, otra como jovial o saturnina, y así sucesivamente. Hay más verdad en el supuesto de que todos los tipos están presentes en cada ser humano, predominando uno u otro no sólo a causa del temperamento individual, sino también debido al humor y a las circunstancias. Todos nosotros conocemos mejor de lo que cualquier palabra o imagen podrían describir el verdadero pulso y sabor de esas modalidades. Todo ello y mucho más se halla comprendido en el Microcosmos, y cada nivel de éste tiene su propio nivel de correspondencia en el universo externo: es la Llave de la Cerradura.

La correspondencia entre Llave y Cerradura es intrínseca y algo a descubrir antes o después en el desarrollo espiritual del hombre. Sin embargo, si este descubrimiento queda relegado al curso natural de los acontecimientos, podría carecer de implicaciones personales, podría carecer de potencia como un río sinuoso, mientras que el curso dirigido de un torrente por un canal definido puede generar una fuerza enorme. En ello el Arte Mágico tiene un papel que jugar en el acortamiento del camino, en la definición y profundización del canal del propósito.

La túnica y el anillo, la Cámara del Arte con su equipo, los manteles del altar, las lámparas, los inciensos, la voz mágica, la estructura del rito, la música, las baterías y ritmos de movimiento —todas estas cosas tienen sus impresiones sensoriales y su efecto astral y pueden hablar sin palabras o nervio y cerebro. En esto la mente del Adepto es la llave y su cuerpo mismo forma parte de la cerradura: porque es por estos medios indirectos como accede a su sistema autónomo. Así llave y cerradura se extienden desde los niveles más espirituales hasta los niveles más materiales del ser: y el Adepto tiene en cualquier punto los medios para abrir la cerradura si y cuando su Verdadera Voluntad lo decida.

La Verdadera Voluntad es una esencia que podría describirse como habiendo sido destilada de todos sus componentes y, sin embargo, a la manera de un compuesto químico, sus «propiedades» (comparables a su color, forma, olor...) pueden aparecer como una sorpresa total al mismo hombre que representa. Éste la puede encontrar perturbadora, pero acabará aceptándola. Será para él el más potente de los talismanes, porque siguiéndola sigue su propio destino.

Así, el Adepto encuentra lo que es suyo y conoce su verdadero camino. Ser y acto han convergido hasta un grado próximo al límite posible en la vida encarnada: porque en términos de inercia y de fatiga corporal nunca pueden llegar a converger por completo en la tierra. Sin embargo, él tiene la máxima libertad posible en la tierra porque es consciente de estar haciendo aquello para lo cual ha nacido. Ningún resto de tensión o discordia internas pueden, por consiguiente, impedirle mirar al centro de su propio ser. Hay en ello alegría y paz completas: y ser capaz de realizarlo es conocer la propia divinidad. FACITO VOLUNTATEM TUAM.

La Magia debe dar respuesta a las necesidades espirituales de la evolución del hombre. Hablando en términos generales, el desarrollo de la religión se puede dividir históricamente en varias fases<sup>42</sup>. La evolución espiritual de la humanidad es un proceso gradual de autodescubrimiento en el que diferentes épocas, circunstancias y modos de vida han ido cambiando necesariamente el énfasis. Todos estos factores son mutables, aunque el efecto general es de una exploración acumulada en aras de un autoconocimiento más maduro.

En el estudio de la psique, por otra parte, nos encontramos con que todo desarrollo posible a ésta se encuentra ya en estado potencial desde el principio. La Psicología trata de las estructuras y fenómenos del desarrollo interior, es decir, del Sendero de Retorno, que es inherente a la psique y que ha sido delineado en varios aspectos de la mitología desde Sumeria hasta los indios americanos. En la época actual, el ocultismo ha llegado a alcanzar una visión bastante completa de este desarrollo.

La Magia Suprema es el sendero sacrificial del Rey Sagrado: el culto de la individualidad. Al proclamar esto, no perdemos de vista el culto de la Gran Madre. La Gran Madre ha venido siendo adorada desde el principio de la historia conocida de la evolución espiritual de la humanidad: al principio sola, después junto con su Esposo-Hijo. Los cultos sacrificiales surgieron del mythos de la Madre y el Hijo, desarrollándose a partir de los ritos agrícolas en los que el Hijo fue cobrando una importancia creciente hasta llegar al concepto pleno de reinado sagrado. El inmenso significado del mythos de la Madre y del Hijo en relación con el estudio de la psicología resultará obvio a todo el que haya leído el presente libro.

Pero tampoco hay que perder de vista la última corriente, el culto del Niño. El que sale de la tumba es el Niño de Tiphareth. Surge bajo la tutela de la Madre y debe crecer hasta el estado adulto: los mitos que le definen son prehelénicos.

Tiphareth es el corazón de todos los Mundos: las implicaciones manifiestas de la Esfera Solar son el Fulcrum de los Misterios Occidentales y la enseña de nuestro propósito. No importa dónde descansemos, el sol seguirá saliendo y poniéndose.

Respecto a este punto de vista de los Misterios tradicionales, que muestra un Ahora eterno y siempre cambiante mediando entre el pasado y el futuro, la gran declaración de Occidente se halla inscrita, para todo el que sea capaz de entenderla, como un palíndromo en el suelo del Batisterio de Florencia, que data del siglo XIII.

### *EN GIRO TORTE SOL CICLOS ET ROTOR IGNE*

---

<sup>42</sup> El libro de E. O. James «Mito y Ritual en el Antiguo Próximo Oriente», es una magnífica introducción a este extremadamente complejo tema.